

CHIRIGOTA

I

—Sí, señor; Chirigota es un granuja. Los feligreses, sobre todo los asiduos al templo, se escandalizan de que niño de tal calaña pertenezca á la Iglesia, y á una convienen en que sólo el padre Perfecto, que de bueno se cae á pedazos, sufriría monacillo semejante. Yo, por demasiado prudente, me resigno á que todos los días varíe de lugar mi reclinatorio (sabiendo, como sabe, que invariablemente me coloco bajo el púlpito), y con gusto seguiría ofreciendo á Dios este trabajo si la perversidad de ese mala ralea no hubiera llegado al extremo de profanar mi libro de oraciones, que por olvido me dejé ayer en el camarín de las santas Justa y Rufina.

—¡Profanar! Esas son palabras mayores, mi señora doña Curra. Á ver, á ver qué ha hecho ese diablillo de muchacho.

—Aquí tiene usted la hazaña de su acólito, chorreando sangre y pidiendo ejemplar castigo.

La ofendida señora presentó al cura un voluminoso libro abierto, esperando saborear la indignación en que había de encenderse el rostro hasta entonces plácido del sacerdote; pero éste, después de contemplar largamente y en silencio el cuerpo del delito, soltó la risa, una risa franca y regocijada que no pudo contener, y mirando luego á la querellante, dijo:

—No hay mal tan malo del cual no resulte algo bueno, porque la sabia Providencia al bien hace que tienda todo; y pues verdad tan grande es ésta y tan palpable en la presente ocasión, perdone usted, hija mía, la empecatada idea de un rapazuelo de catorce años y, por tanto, de poco juicio, en gracia á que en esta caricatura, insolente, impía y cuanto usted quiera llamarla, que razón para ello tiene, ó mucho me enga-

ño, ó se revela un artista de alto vuelo. ¡Qué parecido tan prodigioso!... ¡Qué detalles!... ¡Qué gracia en la expresión!...

Y añadió pasando el libro á manos del sacristán:

—Corte usted la hoja, que por fortuna no es interesante, y devuelva el devocionario á su dueña, quien, como buena cristiana, sabrá perdonar las flaquezas de su prójimo.

—Pero, padre, ¿lo toma usted así?—balbuceó D.^a Curra, lívida, aunque celando su cólera.—¿No alcanza otra importancia á sus ojos que un rufián que, por no tener, ni padres conocidos tiene, retrate á una persona de mis años y condiciones, esposa de un ex juez municipal, llevando en una mano un crucifijo y la otra apoyada en el brazo del diablo... y eso, por añadidura, en el *Compendio de todas las virtudes*? Veinte años llevo confesándome con usted; veinte años que día por día vengo á oír su misa y sus sermones; veinte años que sigo al pie de la letra sus consejos...

El cura, que se vió venir encima la cuenta de fecha tan larga, cortó por lo sano diciendo á la ex jueza:

—Pues sígalos una vez más, y yo le aseguro que de hoy en adelante mi acólito no volverá á molestarla. ¡Es tan fácil perdonar cuando se tiene buen corazón!

—Si, señor, sí—asintió D.^a Curra viendo malparado el pleito,—y como el mío es por demás desinteresado y no tiene nada de rencoroso, perdono á ese... trasto, lo perdono para que Dios me perdone á mí.

Y á vuelta de las frases de rúbrica, salió de la sacristía apretando con rabia entre las manos el *Compendio de todas las virtudes* y, aunque no era rencorosa, jurando vengarse del insolente monaguillo.

II

No bien hubo desaparecido la beata, el sacerdote trincó de una oreja á Chirigota, que no andaba lejos, y le dijo revisitiéndose de toda la severidad compatible con la expresión benévola de su semblante:

—Ven acá, chirigotero de Luzbel; vas á conseguir que se me suba la mostaza á las narices y haga contigo una sonada.

¿Te parece regular que cada lunes y cada martes venga á quejarseme la gente de tu depravadísima conducta? Ya ves lo que hoy has hecho con una señora tan respetable y de tantas campanillas como la que acaba de salir; pues esto se queda en pañoleta para lo que haces cuando vas recogiendo la limosna del Niño Jesús.

—¿Yo, padre Perfecto?

—Sí, tú, que además de todas tus mañas, se conoce que tienes la de ser un hipocritón de siete suelas. Sé de buena tinta que en lugar de ir de casa en casa con la debida compostura, cuando te da la ventolera sueñas la sagrada imagen en mitad del arroyo y arremetes á mojicones con los granujas, como uno de tantos.

—Es—contestó Chirigota en tono humilde— porque los chicos se complacen en cometer herejías hasta con los pajariños que atrapan. Ayer la tomaron con una pobre mendiga; díjeles con buenos modos que la dejasen seguir en paz su camino, y ¡como no me hicieron caso!... Comprendo que fué una judiada mía dejar abandonado al Niño Jesús, ¡pero me da tanta rabia ver abusar de los que no pueden defenderse!... Vamos, que no tengo genio para mirar en calma esas cosas. También conozco lo malo que es pintar monos en un libro de misa, y sólo me hubiera atrevido á semejante desacato con la señora jueza, porque ¡le tengo unas ganas... que la haría picadillo! ¿Sabe su merced la causa de haberse metido monja la sobrina que vivía con ella? Pues se metió porque estaba más achicharrada de aguantar á la tal señora que San Lorenzo en la parrilla. Su merced puede preguntar á quien la sirve (que cada día es una criada diferente), y verá lo que le dicen. Tiene condenado á perpetuo ayuno á todo el que cae bajo su férula, y obliga á su marido, un hombre bueno como el pan de flor, á que, por vía de penitencia, se meta por las noches, antes de acostarse, en un lebrillo de agua fría. El buen señor ha pescado un reumatismo que va á dar en tierra con sus huesos, y cuando se queja de sus dolores, la indina le dice con acento místico: —¡Dichoso aquel á quien Dios manda algo que ofrecerle! Como si con tal mujer no tuviese hartos que ofrecer á Dios el infeliz.

—Calla, hombre, calla, que si te dejan sigues hasta el día del juicio. Arme cada cual su nave á su gusto y ojo al virote! que en eso de si este ó el otro hace ó deja de hacer, suele cargar de culpas el saco quien menos piensa. Y ahora, volviendo á los monigotes de marras, ya que por ahí descuellas, y tanto porque no deben desdeñarse las aptitudes que Dios nuestro Señor nos concede, como por ver si mayores ocupaciones te hacen sentar la cabeza, desde mañana irás á ejercitarte en el dibujo con persona competente. Si deseas seguir en esta santa casa es preciso que mudes por completo de conducta; que seas nuevo fénix renacido de las viejas cenizas.

Y reparando en el atavío del mozalbete, inadmisibile sin el tápalo todo de las faldas monacales, añadió algo perplejo:

—También va á ser preciso que, si has de asistir á la clase de dibujo, mudes de traje y... apuesto á que no tienes otro...

Chirigota, rojo como una guinda, hizo con la cabeza un signo negativo. El párroco se apresuró á decirle:

—No afrenta la pobreza cuando la acompaña el decoro, ni de los malos hábitos externos, sino de los internos, se debe el hombre avergonzar. Conque á mal tiempo buena cara, y á mirar hacia adelante, que la rueda de la fortuna lo mismo baja que sube, y así como el distintivo de la vejez debe ser la prudencia, la juventud ha de pecar de animosa y tener fe, mucha fe, porque ésa es el arma invencible con que el hombre hace sus mejores conquistas.

Y ya de capa y teja en mano, siguió:

—Vaya, vaya, del *Kirie* me salté al *Sanctus* dejando el almuerzo *in albis*. Anda con Dios, hijo, anda con Dios, y vete luego por casa para que mi sobrina te tome las medidas del indispensable traje y yo te acabe de sentar las costuras, porque no creas, no creas tú que la indignación de lo que ha pasado se me va tan pronto. Líbrate de reincidir, pues otra vez no te vale ni la bula de Meco, y la cosa no había de acabar, como hoy, en tortas y pan pintado.

III

El amor baja del cielo
en onda de luz que hace
vibrar dos almas á un tiempo.

La mañana era espléndida. En el templo sólo quedaba alguna que otra rezadora incansable, de esas que, después de oír la misa mayor, siguen pidiendo por los vivos y por los muertos y este mundo y el otro, y de pedir hacen el cuento de nunca acabar. En algunas partes de Andalucía llaman á estas devotas sempiternas *las cócoras*, y no hay sacristán ni acólito que de ellas no abomine, porque las tamedas hacen oídos de mercader al rumor de las llaves y salen siempre de la iglesia echando pestes de quien las interrumpe en sus interminables oraciones.

Las cócoras de la mañana á que me refiero podían estar tranquilas; había bautizo, y ni los monaguillos ni el sacristán cogerían tan pronto el para ellas antipático llavero. Chirigota ocupado andaba en la capilla bautismal quitando telarañas y poniendo paños, aunque sin extremar limpieza ni adornos, por ser de pobre la ceremonia.

Dejado en su punto lo conveniente, y ansioso de aspirar los aromas de azahares y mosquetas con que el viento, al rozar los floridos balcones, perfumaba la calle, salióse al atrio, adonde á poco llegó también una mozuela llevando en brazo pequeña y emperejilada criatura.

Preguntóle Chirigota si era aquélla la que había de bautizarse, y la muchacha (que á lo sumo llegaría á los doce años de edad) volvió hacia el monaguillo los ojos más hermosos que éste había visto en su vida y le contestó con marcado acento andaluz:

—Ésta es y quiera Dios que el señor cura nos despache pronto, no sea que mi hermanito alborote el cotarro.

—¿Y cómo vienes sola con él?

—Porque mi madre está muy medianeja y la vecina no se atrevió á dejarla. Además, esperábamos que el padrino me

acompañaría... no sé cómo no está ya aquí. ¡Gasta tan poca formalidad el señor Isidoro! Y el caso es que yo deseo que tenga padrino mi hermanito, porque muchas veces he oído decir que sin padrino no hay hombre.

Hizo una larga pausa y siguió después, clavando en Chirigota la intensa mirada de sus expresivos ojos:

—Siento doblemente que no venga, porque él hubiera dado algún regalito al señor cura para que no constase en la partida si el bautizo era ó dejaba de ser de limosna. Aunque somos pobres... y tan pobres que desde la muerte de mi padre (que esté en gloria) no contamos sino con el día y la noche... es muy triste llevar siempre encima el sambenito de la pobreza.

Chirigota la escuchaba atento, sin decir palabra, como extasiado ante la gracia encantadora de aquella madrecita que con su niño en brazos se parecía á la Virgen de Murillo, joya del santuario ante la cual se pasaba él las horas muertas, devoto á un tiempo de la religión y el arte.

Viendo la muchacha que el monago nada le decía, preguntóle candorosamente:

—¿Crees tú que si yo diera este cuarterón de chocolate al señor cura consentiría en no poner lo de pobre?

Y á la franca sonrisa del chico replicó algo cortada:

—No creas... es de lo bueno... de cinco reales libra. Las señoras de la Conferencia me lo dieron para mi madre.

—Todo se arreglará—dijo al fin Chirigota.—Por lo pronto, nadie deje de morirse por la falta que haga. Si, según parece, el señor Isidoro brilla por su ausencia, aquí estoy yo para tener al niño y, como dice el padre Perfecto, á falta de pan, buenas son tortas.

—¿Lo tendrías tú... de veras?

—¿Por qué no?

—¡Qué bueno eres!—exclamó la niña, cuyos ojos se arrasaron en lágrimas. Luego añadió, besando á su hermanito: —Ya no te quedarás sin padrino, monín; empiezas con buena sombra... ¡Es claro! El que á buen árbol se arrima...

Y con los ojos húmedos aún, hizo gracioso guiño al acólito. Éste dijo alegremente:

—No tendrá bautizo de órgano y tres capas, pero tampoco constará ni su pobreza ni la mía. Hasta pelón va á haber, si no de cuartos, de aleluyas. Dos pliegos traigo en el bolsillo: *La vida de don Crispín* y *El mundo al revés*. Y dime, ¿cómo se va á llamar?

—Pues como su padrino. ¿Cómo te llamas tú?

—Chirigota me dicen; pero en la pila me pusieron Jorge.

—¡Qué nombre tan bonito!

—Y el tuyo ¿cuál es?

—Araceli.

—Tampoco es feo. Mucho extraño que, perteneciendo tú al barrio, no te conozca yo, que conozco á todo bicho viviente, ni tú me hayas visto, siendo así que por todas partes ando de sobra.

—No ha mucho que somos vecinos, y además yo salgo poco. Mi madre dice que las mujeres de provecho se hacen recogidas en casa, no pindongueando por las calles y de fiesta en fiesta, como mesilla de turrón.

—¡Ea! Vamos adentro, que ya está ahí el señor cura.

En la vida, si hay horas muy amargas, momentos hay también de dulzura infinita; y uno de ellos fué para Araceli aquel en que depositó su tierno hermanito en los robustos brazos de Chirigota. No sólo el huérfano, teniendo padrino, se haría *todo un hombre* (vivo afán de su juiciosa hermana), sino que sería lazo de unión entre el monaguillo y ella. Deséabanlo así uno y otro. Sin darse cuenta exacta de sus sentimientos, lo mismo en Araceli que en Jorge, á la mirada primera correspondió el primer amoroso latido del corazón y la primera ilusión del alma. El dios alado, quizá por ser ciego, hiere á los pobres con las mismas armas que á los ricos, y de ahí que todos los seres gocen de igual modo la felicidad suprema de la vida.

Con previsión de madre (las mujeres desde niñas saben serlo), suplicó Araceli al párroco que echase al pequeño mucha sal en la boca, para que no saliera desaborido; poca agua en la cabeza, para que no fuese desmemoriado, y obligó al sacristán á sostener el salero con la mano derecha porque la izquierda trae mala suerte.

Concluída la ceremonia con todos los requisitos apetecibles, Araceli tomó ya cristiano el niño que entregó *moro*, y se volvió para su casa, oyendo el guirigay de los que dabanse de morradas por coger á cuál más el contante si no sonante pelón que desde el atrio del templo arrojábales Chirigota á manos llenas.

IV

Eran dos hermanitos
sin calor de nadie
que buscaban abrigo, y sólo oían
¡Dios los ampare!

—En paz descansa ya la infeliz; el primer descanso que tiene de viuda, pues no era ella piedra que criase moho por falta de movimiento. Eso la llevó al hoyo, el ansia de antes y con tiempo ponerse á trabajar para sus hijos.

—¡Ay, señora Justina! Los pobres no tenemos otro trigo de donde sacar pan sino el trabajo.

—Ya que estamos aquí, hagamos algo provechoso—dijo D.^a Curra, la cual se hallaba también en el duelo, —y lo que urge es decidir de la suerte de estas criaturitas, á quien, según tengo entendido, no queda otro refugio sino Dios y la caridad de las buenas almas.

—¡Que lo diga usted, señora! Ni parientes ni recursos de ningún género. Y menos mal la niña, que por despierta y hacendosa no ha de faltarle donde ganarse una peseta; ¡pero el chiquitillo, que *entodavía* no ha *hecho* dos meses!

—El niño es un hueso que nadie querrá roer, y con razón. No están los tiempos para echarse obligaciones.

—Quizá haga algo por él su padrino, que tanto lo quiere: ese deber contrae quien saca á una criatura de pila—volvió á decir la que habló primero.

—¡Vaya un amparo y un ejemplo que le daría el tal padrino!—exclamó en tono agrio D.^a Curra.—Antes de consentir tal cosa, capaz soy de cargar con el mochuelo, á pesar de que no me hacen gracia los chicos. Pero lo prudente es de-

positarlo en el torno de la Misericordia. Yo me ofrezco á acompañar á quien de ustedes se preste á llevarle, y así lo recomendaré á la superiora de la Inclusa. Conque vamos, no hay que dejar para mañana lo que puede hacerse hoy, ni el estómago de la criatura tiene espera.

De detrás de la cuna que había estado meciendo salió Araceli mal cubierta por raído mantón de lana, pálida como la misma muerte y enrojecidos por el llanto los hermosos ojos, en aquel momento secos y brillantes, con el intenso y doble brillo de la indignación y la fiebre; llegó sin apresuramiento adonde estaban reunidas las mujeres, y les dijo con voz en que al unísono palpitaban angustias y energías:

—¡Por Dios, señoras! Ni en soñación piensen separar de mí á este niño, consuelo de mis penas y lo único mío que me queda ya en el mundo. ¡La Inclusa! ¡Llevarlo á la Inclusa! ¡Virgen santa! ¡Si mete miedo considerar el diluvio de criaturitas que mueren allí al cabo del año! Sólo me faltaba eso. He visto desaparecer ya dos hermanitos, luego á mi padre... á mi madre en seguida... ¡Uno por uno he ido perdiendo todos los cariños de mi alma! Así que á éste, á mi Jorgín, de quien más que hermana debo y quiero ser madre... á éste no lo arranca nadie de mis brazos, ¿lo oyen ustedes? ¡Nadie!... como no sea quien se llevó á los otros.

—Mal podrás atenderle teniendo que mirar por ti misma—le replicó D.^a Curra, que en odio al acólito quería llevarse á toda costa el pequeñuelo.

—Trabajaré hasta dar por mi niño toda mi sangre gota á gota. Á nadie pido ayuda, conque déjenme obrar á mi antojo.

—¡Cuánto orgullo en un cuerpo tan chico!—exclamó pica-da la beata.

—¡Ay, señora! Mejor dijera usted ¡cuánta amargura en un corazón tan solitario!

Y dos lágrimas suspendidas un momento entre las sedosas y largas pestañas rodaron por las mejillas de la huérfana.

—Quizá después de pasar la noche á vueltas con el angelito y sin tener con qué aplacarle el buche, varíe de pensamientos está mocita—dijo otra de las mujeres.

—Tal creo—se apresuró á contestar D.^a Curra encaminán-

dose hacia la puerta.—Dejémosla, pues, que reflexione, y mañana temprano pondremos al huérfano donde se críe en el santo temor de Dios, como en conciencia estamos obligadas.

Y ya fuera y bajando el tono añadió:

—Entre tanto bueno será evitar á la chica toda comunicación con el monacillo; sólo así podremos reducirla.

V

Un rayito de sol rasga las nubes...

¡Bendito sea!

¡Qué noche tan fría y tan larga!... ¡Qué oscuridad tan densa la del cielo!... ¡Qué silencio tan pavoroso el de la tierra! Todo contribuía á hacer más triste el dolor y la soledad de Araceli. Y eso que tenía ella bien arraigada la consoladora idea de que su madre al morir no había hecho sino cambiar de *forma* y de *sitio*, y por consiguiente, seguía existiendo, aunque harto distante del cariño de donde él la llamaba á voces. Que la buena mujer (una santa en vida) estaba en el cielo, era evidente para la muchacha, quien, considerando que, si hasta el cielo llegan las oraciones de la tierra, llegarían de igual modo los ayes de dolor, se decía á la vez que ahogaba en su pecho los sollozos:

—¿Cómo las madres, al oír llorar á los hijos que dejan abandonados en el mundo, no han de padecer terrible martirio, aun en pleno goce de todos los deleites celestiales?

Por eso con doble afán trataba de acallar al pequeñuelo, y así le repetía como si él pudiese comprenderla:

—No llores, monín, no llores, que te oye madre.

Por un momento creyó que efectivamente el llanto del niño había llegado hasta el otro mundo, y debido á un milagro, la madre bajaba á consolar á los hijos de su alma. De repente y en silencio habíase abierto la entornada puerta, dando paso á una mujer que por su edad y figura hizo más viva la ilusión de Araceli.

—¡Ah!... ¡Es usded, señora Amparo!—exclamó la pobre

niña cuando la intensidad de la emoción fué pasada.—Creí que Dios, compadecido, nos devolvía nuestra madrecita... ¡Dicen que es tan grande su bondad!

Sí, muy grande, pero no tal como Araceli la concebía y deseaba. Daba ella el nombre de bondad á la inconsecuencia del momento, á la debilidad impresionable, y ésa no es lógico que sea la de un ser previsor y justo. Teniendo previsto cuanto ha sido, es y será en el Universo, no puede haber en Dios la necesidad de modificar ninguno de sus designios. No obstante, la verdadera bondad divina, la bondad inmutable y perfecta, vierte en las almas afligidas, valiéndose de medios adecuados á la idiosincrasia de cada persona, su inagotable manantial de misericordia, y por eso no hay dolor en la vida que carezca en absoluto de consuelo.

La recién llegada levantó de la cuna al niño y dijo, sentándose donde pudo:

—Vengo á dar á este pobrecito el pecho que le tengo reservado. ¡Ay, hija! Bien quisiera yo criarle á una con mi niño, pero ¡estamos tan atrasados! Las cinco semanas de *para* por la enfermedad de mi Felipe nos empeñaron con *Trabacuartos* la ditera en diez duros, por los cuales pagamos de dita diez pesetas al mes; cuatro van ya corridos, y aflojados ocho duros... y la deuda en pie como el primer día. Esto nos fuerza á echar mano de un inclusero, ya que á Dios gracias tengo leche de sobra. No es gran cosa lo que abonan por la crianza, cincuenta reales; pero eso al mes en casa de un pobre hace mucho bulto. ¿Oyes cómo traga? Mámatela toda, que para ti es, rico. ¡Qué bendición de criatura! Si pudieras conseguir que la *Confrencia* te diese aunque sólo fuera el importe de los réditos, no había que pensar sino que me quedaba con el angelito y tú no tendrías que separarte de él. Con lo impuesta en todo que te dejó tu pobre madre, poco gravosa habías de serme. ¿Por qué no se lo dices á D.^a Curra? Ella bien entra y sale y parece interesarse por vosotros.

—Nada tengo que aguardar por ese lado; mi única esperanza es Jorge. Extraño me parece no haberlo visto ya por aquí.

—Pues sí que estuvo; pero la señá Frasquita lo echó con cajas destempladas, ignoro por qué.

Araceli guardó silencio, la señora Amparo se puso á mirar cómo hacía el niño por la vida, y en largo rato sólo se oyó el ruidoso mamar que proclamaba las buenas tragaderas del huérfano y la abundancia de leche de la caritativa mujer.

—De todos modos—volvió á decir ésta,—yo no acudo á la Inclusa mientras no vea cómo quedáis. Quien esperó lo más esperará lo menos.

Luego dejó en su camita al niño ya dormido, y sin hacer bulla salió de la sala diciendo, á guisa de despedida:

—Si algo ocurre, pega un golpe al tabique. Á tu lado me quedara, pero si alguno de mis *sarcillos* despierta sin estar yo, engresca a los otros, y entre todos no dejarían pegar los ojos á su padre, que, harto de trabajar, necesita dar descanso al cuerpo.

VI

Con el alba salió Jorge de su casa, y apoyado en uno de los dos pilares unidos por férrea cadena que había frente á la de Araceli, estúvose hasta que acabó de amanecer: un plantón de media hora, que la impaciencia le hizo largo como día sin pan. Por fin vió á la muchacha abrir el postigo de su puerta y con el niño rebujado en el mantoncejo echarse á la calle.

Reconocer ella á su amigo y volar á su encuentro fué todo uno, y aunque los sollozos impidiéronle hablar por el pronto, pasada la congoja, á su gusto desahogó en él su afligido corazón contándole penas y temores de que éstas aumentasen (en la medida del infortunio cabe siempre algo más) con la separación casi ineludible de aquella criaturita infeliz, para quien á par de la desventura crecía el cariño de Araceli.

Y Araceli exclamaba mirando con desaliento á Chirigota: —Me salgo de casa porque van á venir por mi niño para llevarlo á la Inclusa, ¡á la Inclusa, cuando por diez pesetas mensuales la señora Amparo me lo criaría hecho un rollito de manteca y viviendo todos bajo el mismo techo! ¡Qué horrible es la miseria!

Como Jorge no podía faltar á su obligación, hacia la iglesia la emprendieron, bien que á paso lento y por el camino más largo; la muchacha expresándose con viveza, él sin perder palabra de cuanto su compañera le decía, cabizbajo y triste por considerarse impotente para remediar tanto infortunio.

Ya en la iglesia, cada uno tomó por su lado. Araceli se metió en la capilla de las *Divinas Angustias*; el acólito fué derecho á vestirse las hopalandas, sacando punta y filo á su ingenio á puro pensar cómo y dónde buscaría él las tales diez pesetas. Emboscado en laberinto de salida tan difícil, ni siquiera dió los buenos días al sacristán, quien, viéndole mano sobre mano después de vestido, le dijo dándole una palmadita en el hombro:

—¡Eh! Chirigota, que hoy es día de pedir para el Niño.

—¡Pedir para el niño!... Sí, eso sería bueno... pedir para el niño... La idea es excelente. ¡Ay, señor Dimas! sin pensarlo ha dado usted solución á un gran problema.

—Me parece que hoy no sólo se te han pegado las sábanas, sino que sigues dormido—volvió á decirle el sacristán, figurándose que dormido debía de estar para llamar idea excelente y solución de gran problema al recuerdo de que siendo primer día de mes había que ir, como de costumbre, al petitorio del Niño Jesús.

Chirigota, que parecía haberse despabilado según tornáronse rápidos sus movimientos, tomó la canastilla adornada de finos encajes y cintas de colores en la cual sacaba á la calle la imagen (obra primorosa del célebre Montañés), y con ella en la mano entró en la capilla donde oraba Araceli, y dijo muy quedito á la muchacha.

—Pronto, dame el chiquitín, que me lo llevo.

—¡Mi hermano!... ¿Vas á llevarte á mi hermano?

—Sí, á ver cómo lo colocas en este cestillo.

—Pero...

—No hay pero que valga ni tiempo que perder. Hoy es día de pedir para el niño... ¿Comprendes?

—¡Virgen de Consolación—decía Araceli mientras acomodaba el pequeñuelo en la cestilla,—lo que es tener padrino!... Y muy bien que cabe... ni que á medida la hubieran hecho.

Vaya si está bonito mi Jorgín entre tanto perifollo!... ¡Parece! el mismísimo Niño de Dios!... Míralo, Jorge, míralo. ¡Hijo de mi alma!

—Ea, no lo profiles más y échale el mantón por encima, que hace frío. Así... requetebién. Tú marchate á casa de la señora Amparo y allí espéranos. Desde luego puedes decirle que no tiene que buscar crío, pues criará á mi ahijado; es cosa decidida. ¡Adiós!

Y con su interesante carga salió de la iglesia.

Araceli le vió alejarse, y luego volvió á caer de rodillas ante el altar con el rostro bañado en dulce llanto; que así como en la noche fría la humedad se condensa en rocío, en el corazón humano el sentimiento se deshace en lágrimas.

VII

¡La voluntad!... Hé ahí el poder absoluto.

—Ahueca, Chirigota, ahueca, que á mí no hay quien me saque un céntimo para niños que ni comen ni rompen zapatos.

—Ya lo sé, maestro.

—Entonces, ¿qué se te ha perdido en el portal de este pobre remendón? Mira que puedes contaminarte. ¿No sabes que me llaman hereje y otros motes no muy católicos porque trabajo en días de fiesta? Y mira lo que son las cosas, con eso y con todo, no llego á aplacar el hambre á la perolada de frutos de bendición que me dejó mi difunta (Dios la tenga en su gloria).

—Sí que lo creo.

—Como que está todo por las nubes y cuesta un sentido; como el otro que dice: desayunarse con una cebolla á la vera de una tahona para que el olor sirva de arrimo.

—Tiene usted razón que le sobra, maestro.

—Por eso á los que trabajamos por la pitanza, no malos nombres, sino *guita* es lo que hay que dar para reducirnos á guardar festividades; y cree tú que si se arbitrara un medio

que no fuera el de hacerse una cruz en el estómago... á nadie le amarga un dulce ni un día de descanso á la semana. Conque vaya, el tiempo es oro: zapatero, á tus zapatos; santirulico, á tu altar.

—Ha de saber usted, señor Facundo, que hoy mi santirulico, como usted le llama, es de carne y hueso, y por consiguiente, necesita comer, y más tarde romperá zapatos si la caridad no se los niega.

—Déjame de simbolismos, que conozco el paño y á carca me hiede. No he de sisar yo el aceite á mi gazpacho para alimentar lamparillas; conque repito: *de verano*.

Chirigota, sin dársele un ardite de tan rotunda despedida, descubrió el canastillo, y presentando el niño al remendón, dijo sencillamente:

—Sin padre ni madre, ni más amparo que la piedad de los corazones generosos.

El zapatero echó la vista al dormido huérfano y después la levantó hasta Chirigota, cuyos ojos le imploraban con tan penetrante sentimiento de caridad, que el maestro, contagiado acaso, tiró del cajón de la mesilla, sacó una peseta, y en voz baja, como si temiese que alguien se percatara de su buena acción, dijo al monago, uándole la moneda:

—Si hace falta, cuenta con otra todos los meses. ¡Hermoso niño de Dios!

Y con entrañas de padre besó la manita del pequeñuelo, que, sonriente, parecía agradecerle el donativo.

Esta fué la primera limosna y la más inesperada. Con tan buenos auspicios, cobró el acólito nuevos ánimos, y en dos horas bien corridas no dejó rico ni pobre, chico ni grande á quien no interesara en su piadosa obra. Sabiendo que cada lugar tiene su modo de bailar, á unos acometía de una manera, á otros de otra, y de todos sacaba raja. Vino á cuentas, y viéndose poseedor de hasta cincuenta pesetas entre plata y calderilla, ítem más valiosos ofrecimientos, con alas en los pies volvió grupas para donde su amiguita lo esperaba impaciente.

VIII

—Señora Amparo-- entró diciendo,—aquí está ya el mozo que sin soltar el trapo ha corrido media Sevilla, y no á humo de pajas; diez dures como diez soles trae para saldo de cuentas con diteras que Dios confunda *per sæcula sæculorum*. Queda usted obligada, en cambio, á mantenerlo á cuerpo de rey sin percibir durante cinco meses sino lo que el padrino tenga voluntad de dar á usted. ¿Estamos conformes?

La buena mujer, que precedida de Araceli y seguida de sus pequeñuelos había salido al patio á recibir á Chirigota, de pura satisfacción no cabía en sí. Grande era también la de Araceli, aunque la pobre no se atrevía á dar rienda suelta al contento por temor de que la realidad que tocaba fuese sueño de que hubiese de despertar.

Tras el monaguillo se coló en el patio Alegría, gitana habilidosa cual ninguna para meterse hasta por el ojo de una llave doquiera que olía *monises*, y como no se contentaba ella con el olor, sino que aspiraba al sabor, apenas Chirigota puso su doble y preciosa carga en manos de la señora Amparo, Alegría le dijo asiendo la ocasión por el copete:

—Ven acá, resalao, que quiero decirte la buenaventura, no por interés ninguno, sino porque sepas lo que en tus ojillos estoy leyendo y leeré hasta con puntos y comas en las rayas de tu mano, si con una perrilla me la alargas. ¡Qué!... ¿te niegas?... ¿Vas á ser tan roñoso que por no soltar la mosca te quedes en ayunas de la buena suerte que te adivino? Mira que toita tu persona está diciéndome que no sube tan ligero el aire al muñeco de la Giralda como tú has de subir al pináculo de la gloria. Y cuenta que no serás el primer monacillo de este cachito e tierra e María Santísima que viniendo del linaje de las doce tribus, se enseñorea por su chirumen. De tu misma parroquia salió uno que en la corte fué *menistro* de la corona, sin que en tal jerarquía se le subiera el *jumo* al *jumero*, y otros ha habido que si no llegaron á pisar la cumbre de tan alto monte, por él gatearon. Conque vaya, ¿no aflojas el pe-

¡rillo para mercar una chiringa á mis *probesitos* churumbeles? Muestra tu rumbo, nata y flor de los pintamonas, aunque no sea sino por la mocita de cara e virgen que está comiéndote con los ojos.

La señora Amparo hizo bueno el refrán *pobre porfiado saca mendrugo*, y la gitana se fué deseando á todos tanta ventura como fatiguillas pasa en el mundo la raza de gitanillos *probes*; fatiguillas á que desgraciadamente viven condenados los pobres de todas las razas.

—Conque, señora nodriza, lo dicho; cuide á mi chiquitín y mire como cosa propia á mi Araceli, porque... ya oyó usted á la gitana: he de llegar alto... muy alto... y no quiero subir solo.

Diciendo así, miró amorosamente á la huérfana, en cuyos oídos las palabras del muchacho sonaron á repique de gloria.

—Pues hijo—contestó la señora Amparo, ya en ejercicio de sus funciones,—mocita más completa que ésta lo ha de ser á su tiempo no se la llevará ni el mismísimo Alfonso XIII, con ser Rey de España.

IX

—En resumidas cuentas, lo que aquí se me dice, aunque dorando la píldora, es que por ser yo un viva la Virgen, doy en la Iglesia abrigo á personas indignas de pertenecer á ella. La firma es del secretario de la diócesis, pero la carta está escrita de puño y letra del padre Carrasco, el pariente de doña Curra.. y de la beata viene derecho el tiro. Bien veo asomar sus uñas dispuestas siempre á clavarse en algo... hasta en la última palabra del credo, como es un triste acólito. ¡Diantre de muchacho!... No, lo que es á él merecido le está... y eso que casi todos sus defectos provienen de su excelente corazón. ¡Qué demontre! Más le hubiera valido tirarse de cabeza á un pozo que indisponerse con una de esas cócoras, polilla de las iglesias y fariseos de nuestra religión sacrosanta. De todos modos, ¡el niño es también de encaje.. de encaje fino, y en buena ocasión me hace esta nueva diablura! Lo que no

me explico, por más que me devane los sesos, es para qué se habrá llevado la canastilla sin la imagen... Nada, nada; ni debo ni quiero seguir aguantándolo y, pues no se enmienda, vaya bendito de Dios. Del arroyo lo recogí y al arroyo lo vuelvo. Basta de sofocones y quebraderos de cabeza; no es ya mi edad para bregar con chicos revoltosos, y, aunque me duela... porque me duele abandonar á esa pobre criatura... cuanto le eche la vista encima, lo pongo de patitas en la calle y *paz Christi*.

Cuando de vuelta de su excursión el monago dejaba la canastilla en la sacristía procurando pasar inadvertido, el sacristán, que estaba en acecho, cayó sobre él como gato sobre ratón y le dijo con sorna:

—¡Ya me figuraba yo que hoy no estabas en tus cabales! Anda, que el señor cura te espera en su casa, y bien puedes ir encomendándote á las ánimas benditas, que así y todo no te arriendo la ganancia, según lo enfurecido que está su merced.

Recibióle el padre Perfecto en actitud severa, si bien lo dejó dar disculpas y descargos que no iban cayendo en saco roto, ni mucho menos, puesto que con tono que nada tenía de furioso, después de bien enterado del caso, se expresó de esta suerte:

—Loable es sin duda la empresa que has acometido y llevado á feliz término; loable y meritoria, y positivamente no ha de causar enojo al santo Niño, aunque su capilla queda este mes sin recursos y por lo tanto á oscuras.

—No ocurrirá tal cosa mientras siga yo cobrando las tres pesetas mensuales que su merced me asignó y no me falten propinas en bodas y bautizos. Quiere decir que si ahora vivo como un príncipe, pues por ese dinero la tía Bonosa me permite dormir en el hueco de su escalera y al mediodía catar su olla, mudaré de domicilio para hacer economías, y desde luego su merced puede contar con las tres pesetas, amén de lo que vaya cayendo. Cera no ha de faltar por mí á la sagrada imagen.

—Y entonces, ¿de qué ibas á vivir tú, alma de Dios?

—¿De qué?... Pues de lo que viven los pajarillos del cam-

po, *que ni siembran ni siegan ni allegan en alfolies*. El Padre celestial provee á los suyos.

El sacerdote se quedó mirando al chico sin pronunciar palabra, y luego llamó á su sobrina, una pelirrubia diminuta de cuerpo y de aspecto juvenil, no obstante pasar de cuarenta y cinco sus abriles, á la cual dijo cuando solícita apareció en el umbral de la puerta:

—Mira, María Rosa, muchas veces oigo que te quejas de que, habiendo tanto pobrecito sin casa ni hogar en este mundo, tengamos nosotros de sobra la sala de arriba, un cuarto tan blanqueadito y lleno de luz. Pues ¿sabes? ya le hallé inquilino: mi acólito (que desde ahora deja de serlo, pues quiero que se dedique exclusivamente á sus estudios) va á ocuparlo, y así ni tú tendrás comezón, ni él andará por esas calles como bala perdida.

María Rosa miró afable al ex monago, y esa llama bendita que enciende el alma buena en amor al prójimo iluminó con purísimos destellos la simpática figura de la solterona.

El cura, encarándose con el muchacho, agregó:

—Ya has oído; todo se reduce á que en vez de catar la olla de la tía Bonosa cates la nuestra... y llámale hache, pues ninguna de las dos cuece pechugas.

Jorge no acertaba á desplegar sus labios, tan impresionado estaba; pero sus ojos mostraban tanto agradecimiento y cariño al sacerdote, que éste, acaso por disimular la viva emoción que sensaciones tan tiernas le producían, exclamó en tono alegre:

—Conque á aplicarte, hijo mío, no sólo por ti, sino por las obligaciones que te has echado encima y que por lo pronto yo tomo á mi cargo.

Entonces el rapaz cayó de rodillas ante el buen cura, le cogió una mano y, después de imprimir en ella muchos besos, todos muy sonoros y salidos del alma, balbuceó entre lloroso y risueño:

—Sí, señor; su merced toma á su cargo el huerfanito... y á mí me protege... y á todos nos ampara... y así, así cae á su merced tan de perlas que le llamen el *padre Perfecto*.

X

Dicen que D.^a Curra, al saber lo acaecido, del sofocón tuvo que propinarse media docena de sanguijuelas, y que las cisu-ras se le enconaron porque no era sangre sino veneno lo que por ellas brotaba. Lo cierto es que no volvió á confesar con el generoso protector de Chirigota, ni á oír las misas ni los sermones que el buen señor decía. En cuanto á seguir sus consejos... ella, como buena fanática, no había seguido nunca sino los del egoísmo y la soberbia.

Pero como en este mundo hay un infierno para los espíritus ruines, y las penas de este infierno consisten en la contemplación de la dicha ajena, desde tan mísero lugar vió al ex monaguillo sobresalir notablemente en la Academia sevillana y pensionado por el Ayuntamiento, ir luego á completar sus estudios pictóricos á Roma.

Cuatro años lleva el animoso joven en la ciudad del Tíber, y muy pronto regresará á la del Guadalquivir; para gloria de su patria y alegría de Araceli, quien, al lado de María Rosa, aprende hoy todo lo que no podía enseñarle la buena Amparo y que debe saber la futura esposa de un hombre distinguido.

En tanto Jorgín, hermoso como un ángel y travieso como él solo, corre á cada momento de la casa del cura á la de Amparo y de la de Amparo á la del cura, creciendo feliz entre aquellos dos hogares, casi tan pobre el uno como el otro, pero ambos caldeados por el amor, que une las almas, y la caridad, que las engrandece.

MARÍA DE BELMONTE.

Toledo 4 1901.

DISCURSOS

LEÍDOS EN LA

ACADEMIA DE JURISPRUDENCIA

POR LOS SRES. MARQUÉS DEL VADILLO, MORET Y VILLAVERDE,
EN HONOR DE D. AUGUSTO COMAS

SEÑORES ACADÉMICOS:

Heme aquí dispuesto á cumplir ante vosotros, y previa vuestra generosa indulgencia, un deber impuesto al que tiene la honra de dirigiros la palabra por el digno Presidente de esta corporación, mi particular y queridísimo amigo. Cuál haya sido su propósito al fijarse en mí tratando de honrar la memoria del eximio maestro Excmo. Sr. D. Augusto Comas declaro que no lo sé, ni adivino la razón siquiera, como no fuese aquella de procurar por la ley del contraste el efecto que se persigue y que tan poderosamente ayuda por lo común á cautivar deleitando la atención pública. È interpretada así mi designación, tenéis mucho que esperar vosotros y no tanto que agradecerla yo. Sabéis todos que á mis brevísimas cuanto modestas observaciones, por modo de apuntes necrológicos, ha de seguir la elocuentísima palabra del Sr. D. Segismundo Moret, inspirada, sin duda, en estos momentos por el recuerdo de la amistad y del compañerismo, del fraternal cariño que le unieron al ilustre muerto cuya memoria evocamos y á la que nos disponemos á rendir aquel tributo de consideración y de justicia, aquel homenaje de filial cariño que le debemos todos los que le conocimos y tratamos y que le deben muy especialmente los que fueron y fuimos sus discípulos, los que le vimos más tarde en esta casa presidiendo

cariñoso vuestras sesiones públicas como Vicepresidente que fué vuestro y los que siempre le recordamos afable y cariñoso con todos, entrañable con los suyos, y fiel, sobre todo, al que consideró constantemente como el cumplimiento de su deber y el culto de su vida entera: el sacerdocio de la enseñanza, la cátedra, á la que acudía con asiduidad asombrosa en las primeras horas de la mañana, como si quisiese demostrar con ello que fué su labor favorita desde los primeros años de su juventud y que no había de dejarla nunca, aunque para ello hubiese de imponer reales y positivos sacrificios á su ya de antiguo quebrantada salud. Sí, señores académicos, ésta y no otra debía ser la razón de que fuese yo el designado donde tantos otros con mayores títulos pudieron haberlo sido; y, sin embargo, no quise negarme, porque entiendo que en obras de justicia ninguno sobra, y aun parece mejor que concurren todos á ella, y aquí de eso se trata, que obra de justicia es pagar deudas de cariño como la que le paga la Academia esta noche concurriendo á honrar la memoria del varón insigne que fué nuestro maestro, después nuestro compañero y siempre nuestro inolvidable D. Augusto Comas. Aquilatar sus méritos como catedrático, legislador y jurisconsulto, juzgarlo como político ¡ah! ésa no es tarea que yo vengo á llenar esta tarde, ni á tanto me atrevería; ésa es labor, materia de un concurso que, si no estoy equivocado, abre y premiará en su día esta docta corporación; ahora sólo vengo á ser como á manera de pálido exordio, fatigoso preámbulo de la oración brillante que habéis de escuchar de labios del Sr. Ministro de la Gobernación, compañero del Sr. Comas como catedrático, identificado con él por muchos conceptos y testigo irrecusable de lo que fuera en las relaciones de su vida entera, que tan íntimamente conocía y en las que pudo apreciar mejor que otros, sin duda y desde luego mejor que yo, las relevantes prendas de su carácter y de su entendimiento; porque os confieso ingenuamente que, si éste seducía y dominaba, aquél cautivaba por completo, y le hizo constantemente tener amigos en todas partes, desde sus discípulos y admiradores hasta sus émulos y sus adversarios políticos, caso de que los tuviera; y digo esto, porque si su mérito indiscutible pudo engendrar á los

primeros, como de ordinario acontece, la condición personal del Sr. Comas, su natural afectuoso y su carácter y trato por demás sencillos, los alejaron constantemente como inverosímiles. De los segundos, no quiero hablar porque aquí no tienen cabida y porque además habría de contarme en el número, y comprenderéis, señores, que ni quiero ni puedo, ni debo hacerlo en estos momentos. Además de que por las mismas condiciones á que de continuo aludo y que forman como el sello de su carácter y su fisonomía propia, si de alguien podía con razón decirse que era político de principios, pero no de partido, es de él, que, hombre de estudio ante todo y de severa conciencia, buscaba la verdad sin preguntar dónde estaba, y por ello tenía su pensamiento algo de cosmopolita. Su sensibilidad y su extensa cultura lo llevaban también por estos derroteros, y ¿qué digo? hasta la rama especial del derecho á que principalmente consagró su inteligencia y su vida, y que constituye la materia y el fondo de su importante obra jurídica, en parte inédita, «la revisión del Código civil», responde también á esta condición que indudablemente y por fortuna suya le distinguía, de no ser la política de partido y la política activa su pasión dominante. Sin que esto pueda significar en manera alguna, ni de cerca ni de lejos, la más remota censura para nada ni para nadie, y si no más que un elogio, un tributo de merecida justicia para quien supo y tuvo la fortuna de hacerse querer y respetar de todos como, sin duda, lo logran, más tarde ó más temprano, la virtud y el mérito. ¿Qué mejor prueba de lo que estoy diciendo que la solemnidad que aquí nos reúne y á la que asistimos presurosos para rendir el homenaje de consideración y de respeto debidos á la memoria del eximio maestro que lo fué de todos, ó de casi todos, y que seguramente podía serlo de todos con grandísima ventaja de quien lo lograra?

Sí, señores académicos: aquí nos congrega el afecto que le tuvimos, el respeto que nos inspiró, su recuerdo envidiable, que no se borrará nunca de la mente de cuantos le conocieron y trataron con alguna intimidad, entre los que figuran, seguramente los primeros, sus discípulos todos. Tengo la honra de contarme en su número, y por eso lo digo. Era catedrá-

tico auxiliar de la facultad de derecho de la Universidad Central, cuando como alumno recogía con avidez sus primeras explicaciones de derecho político primero, aunque muy pocas, y de derecho civil después, y puedo auguraros que desde el primer día despertó en mí el entusiasmo que tuve siempre por él. Por eso, al contemplaros no puedo menos de recordar aquel aforismo jurídico que todos aprendimos, y que sin embargo, y por fortuna, desmentimos de una manera solemne y positiva en estos momentos. *Mors omnia solvit*, «todo lo deshace, todo lo disuelve la muerte». No, y mil veces no. Esto puede decirse de aquellas relaciones temporales que han de tener en el tiempo su cumplimiento y su término, cuando son de tal modo personales y afectan por modo tan íntimo al ser que muere, que sin él no se concibe su prestación y su existencia, en cuanto suponen acción por parte del mismo. Las relaciones jurídicas, es cierto, son y se dicen y sólo pueden afirmarse de la vida presente, en cuanto sólo afectan al cumplimiento de su fin racional inmediato, pero sin que ello prejuzgue, sino que antes presienta, reconozca y confirme un más allá del tiempo á que remonta su vuelo el espíritu, libre ya, verdaderamente libre de las impurezas de la realidad, que suelen como el rozamiento á las fuerzas gastarlas y disminuir las en mengua de su poder y de su radio de acción, tanto más, cuanto que nadie ignora el valor y la importancia de la sucesión como ley biológica del derecho, que protesta igualmente de que la muerte lo disuelva y lo termine todo. Por fortuna no es así para los que sentimos en espiritualista, ni lo es tampoco, permitid que os lo diga, para los que protestando de no serlo, aun á despecho suyo, buscan en la evolución sucesiva de la materia, por la acción exclusiva de la fuerza, su propiedad esencial, sucesivas transformaciones y vidas nuevas, que á manera de nuevos horizontes alejen por el momento la desconsoladora idea y el aterrador fantasma del vacío, que tanto y tan de veras repugna á la naturaleza racional del hombre. Y la repugna tanto porque la verdad, que es la realidad esencial, tiene que buscar por ley de gravedad de sí propia su basamento y su fuerza en un orden absoluto y fundamental, que es el que llama y estudia la teología como or-

den sobrenatural, cuyos enlaces con el natural y sensible constituyen la jurisdicción propia del orden y de la verdad religiosa, que por eso, como decía Cicerón, enlaza y liga (*re. ligare*) el cielo con la tierra. ¡Qué doctrina ésta tan consoladora y al mismo tiempo qué fecunda y positiva se muestra para las necesidades del espíritu, que á todas horas y por todas partes busca y persigue para respirarlo como propio el ambiente de la inmortalidad, sin cuyo aliento, ni nos reuniríamos esta tarde, ni tendríamos por qué hablar ni por qué ocuparnos de la figura y de los merecimientos de D. Augusto Comas! Digamos, pues, algo de los rasgos más característicos y de los accidentes de su vida. Nacido en el seno de una distinguida familia catalana, aprendió de su padre, esforzado militar forjado al calor de los combates y penalidades de nuestra guerra de la Independencia, el amor y el sacrificio por la patria, y de un tío suyo, general de Carmelitas en Roma y muy querido por sus relevantes cualidades del Pontífice Gregorio XVI, á sentir la religión católica y á quererla y practicarla como la practicó toda su vida, dando de ello testimonio su cristiana muerte. Aún recuerdo el fervor con que en su casa nos enseñaba precioso relicario, verdadera obra de arte que guardaba en su oratorio y que, regalada por el Pontífice al esclarecido carmelita, es hoy para la familia del Sr. Comas joya de inestimable valor. Tuvo nuestro biografiado un hermano que, como su padre, siguió la carrera de las armas, en tanto que él abrazó con entusiasmo la del derecho, en la que desde luego hubo de señalarse ventajosamente por su aplicación y notorio aprovechamiento. Muy joven todavía y apenas cumplida la edad necesaria hizo oposiciones á cátedras, obteniendo como número uno en las mismas la de Derecho mercantil y penal de Barcelona, que permutó á ruego del Sr. Durán y Bas con éste, que se había llevado la de Valencia, que desempeñó por algún tiempo, permutándola más tarde por una plaza de auxiliar en Madrid, donde ascendió en 1867 á numerario de la de civil, cátedra que seguía desempeñando al ocurrir su muerte en Agosto último en San Sebastián y cuando se disponía á emprender con su familia el viaje de visita á la Exposición de París. La ocupación de su vida entera fué

la cátedra, el despacho de su importantísimo bufete como abogado y representante como tal de importantes Sociedades, y entre ellas el Banco Hispano-Colonial de la Habana, que puede atestiguar como ninguno de su celo, de su competencia y de su desinterés acrisolado en el ejercicio de nuestra profesión. Éstas fueron, señores, las que pudieran llamarse ocupaciones normales de D. Augusto Comas, unidas á su misión única y exclusiva, en la que puso toda su alma y á la que consagró toda su existencia y sus desvelos, la vida y la educación de su hijo D. Augusto, huérfano de madre desde muy temprano, y en el que cifró desde entonces su respetable padre todo su entrañable cariño, seguro, sin duda, como así ha sucedido, de que no laboraba en tierra ingrata. No vivió aislado de su siglo y de su tiempo el Sr. Comas, que sentía como pocos el aguijón del deber y que sabía muy bien la obligación que pesa sobre los que como él habían recibido del Cielo dotes tan preciadas y tan ventajosas condiciones. Participó, en efecto, de la necesidad apremiante de nuestros días de que nadie permanezca ocioso en la labor social, y fué hombre político, participando de su vida activa, especialmente desde la revolución de 1868, y desempeñando en ella importante cargo cerca del Sr. Montero Ríos, con quien estuvo identificado en puntos de vista y en orientaciones políticas. Fué Director general de Estadística, Consejero de Instrucción pública, individuo de número de la Comisión general de Codificación, diputado á Cortes y senador del Reino, en representación primero de la Universidad de Valencia, de la que había sido discípulo, y después, aunque por poco tiempo, catedrático, y senador vitalicio por último. Había sido propuesto por la Academia de Ciencias Morales y Políticas para ocupar la vacante del Excmo. Sr. D. Fernando Cos-Gayón, hombre para mí tan respetado y querido por muchas, muchísimas consideraciones ajenas á este lugar, y con este motivo y para preparar su trabajo de ingreso, me había pedido algunos datos biográficos de su ilustre antecesor. ¡Cuán ajenos estábamos los dos de que no había de poder aprovecharlos, y de que la suerte iba á ser tan implacable con la Academia, que, ya que la había privado de los incomparables servicios

del reemplazado, no la dejaría utilizar los del propuesto, que seguramente hubiesen sido muy estimables para aquella docta corporación! Pero así ha sucedido, y todavía pesa sobre vosotros la fatalidad de que sea yo esta tarde el encargado en este acto de hacerlo notar.

Sí, señores académicos, no acabaría nunca si me propusiese presentar á vuestra consideración tantos y tantos rasgos como ofrece la vida de D. Augusto Comas, en los que se reflejan esas notas de bondad, de rectitud y de sensibilidad exquisitas que son, á mi juicio, las que más y mejor caracterizan la figura del ilustre muerto á quien rendimos público homenaje de consideración y de respeto. Voz más autorizada que la mía es la llamada á describirla y ocupar vuestra atención; pero con eso y todo, permitidme que cuando menos intente recoger un rasgo de su envidiable labor y provechosa existencia, que bien pudiera resultar una enseñanza en los momentos actuales, ya que no por quien la expone, sí por la reconocida autoridad de quien con su perseverancia y con su ejemplo nos lo procura. Sabéis todos que nuestro querido maestro fué siempre paladín infatigable del principio de libertad, en el que se inspiró constantemente con toda la elevación, con toda la grandeza propia de sus miras. Prescindo de juzgarlo como político, que después de todo era en él el aspecto secundario, dada su vocación y sus trabajos. Pero fué siempre por sentimiento y por razón, cualquiera que pueda ser el juicio que determinados de sus actos nos merecieran, profunda y esencialmente religioso. Sin alardes que la sinceridad destierra por inútiles ó por nocivos á veces, lo probó toda su vida y lo publicó sobre todo su cristiana muerte. ¡Aprendan en su ejemplo los que, á despecho de la razón y de la historia, se empeñan todavía en presentar como incompatibles la fe y la ciencia, la religión y la libertad!

La labor de su vida entera fué la cátedra. ¿Quién no recuerda el afán con que acudíamos á oírle? En ella recogieron sus alumnos copiosa doctrina, y aunque solicitado con apremio para ello, nunca quiso publicar obra de texto. Dejó en cambio sobre la materia que explicaba su trabajo fundamental, no terminado aún, «la revisión del Código civil», de cuyo juicio

crítico no voy á ocuparme ahora, pero cuyo mérito, por todos reconocido, constituye prueba plena de los aplausos que mereciera su autor. Sus iniciativas parlamentarias fueron siempre en asuntos de sólida y verdadera importancia, como, por ejemplo, su proyecto de ley de asociaciones y en el orden económico y financiero su enmienda sobre la unificación de nuestras deudas. Si no temiera ser muy extenso, valdría la pena de transcribimos aquí algunos de sus elocuentes párrafos, saturados de sana doctrina é inspirados en el más elevado patriotismo. Hacía estos trabajos en los momentos críticos en que se avecinaba, por nuestra guerra con el Norte-América, la pérdida de nuestras codiciadas Antillas y la ruina completa de nuestro vasto imperio colonial. ¡Qué amarguras no habría de devorar aquel corazón sincero y entusiasta al contemplar tan de cerca ya los desastres de la Patria! Cumplió como bueno poniendo al servicio de ésta su razón y sus esfuerzos y dando con ello muestra gallarda de que no desmayaba su espíritu ante la tremenda crisis por que atravesara. «La nación que un día poblara inmensa gente, la nación cuyo imperio se extendía... del Ocaso al Oriente...» Ese espíritu flota hoy entre nosotros al recordar su memoria: todos le quisimos porque le conocimos todos: como discípulos y como juristas que somos, constituímos en la Universidad su familia, esa familia escolar que tanto amara y á la que consideró siempre como continuación de su familia propia; afirmamos un día esos lazos en esta casa, aquí asistió, aquí le vimos entre nosotros, presidiendo muchas veces nuestras sesiones, y aquí le rendimos hoy el homenaje de nuestro corazón á su memoria y el tributo debido á sus merecimientos, ¡justicia adecuada á quien tan alto procuró inspirar los actos todos de su vida! Alma sensible como pocas la suya, tuvo abiertos siempre sus entusiasmos para todo lo grande y generoso, así como participó también de cuantas desventuras pudo ver de cerca, y sintió como pocos las grandes desdichas de esta Patria para la que soñara sin duda todo linaje de prosperidades y ventura. Fué el deber norma constante de su vida entera y enseñanza última que recogieron sus hijos en sus augustas últimas palabras, en las que subiendo su corazón á sus labios y puesta ya su planta vaci-

lante en los umbrales de lo infinito, quiso como transparentar su pensamiento dejando así á los que más quería pauta segura para reunirse con él en las mansiones de la verdadera felicidad. Así lo ha consignado su hijo en piadosos recordatorios, en los que al mezclar con las del moribundo las sentidas palabras de la oración cristiana, parece como que las fecundaba con su calor benéfico, haciendo brotar de ellas raudales de esperanza y verdadero consuelo. Así ha sabido terminar sus días el que aquí nos convoca.

Sigamos su ejemplo: supo él cumplir como bueno, imponiéndose como norma constante de su vida el sacrificio en aras de su deber, fórmula envidiable que recogiera su hijo con sus últimas palabras, y supo también colmar de satisfacción y alegría los senos de la familia y de la amistad. ¡Dichoso él, cuyas notas características pudiera decirse que fueron la bondad y la justicia! ¡Que el Dios de las alturas, fuente de entrambas, le haya concedido la paz de los justos y que en ella descansa D. Augusto Comas!

He terminado, señores, cuando apenas empezaba, y pesa sobre mí el remordimiento, no obstante, de lo que haya podido molestaros con lo poco que he dicho. Me halaga, en cambio, una idea, y es la de que os sostenía la esperanza que vais á ver trocada en realidad inmediatamente, la de oír la elocuentísima palabra del Sr. Ministro de la Gobernación.

EL MARQUÉS DEL VADILLO.

PATRIA Y «SEA POWER»,

Antes de entrar en el estudio y desarrollo de la materia comprendida en el epígrafe de este artículo, preguntémonos: ¿qué es «sea power?» ¿Qué significa en dicción castellana la maravillosa frase inglesa «sea power?» ¿Es traducible al hermoso idioma patrio? ¿Es trazo ó característica esencial de la civilización moderna? ¿Es idea, agente histórico, cuya concepción por el hombre es limitada y progresiva como esencia que se desenvuelve y agranda en el espacio y en el tiempo?

Antes de contestar á estas preguntas, que encierran todo el problema de estas páginas, digamos resueltamente que, sea lo que sea «sea power», si no tiene para el idioma nacional traducción exacta, ni esperanzas de tenerla; si su significado no hace vibrar fibra alguna en la conciencia nacional; si define un sentimiento ó un poder inaccesible á la patria y á la raza; si fuimos, somos y seremos impotentes para su comprensión y dominio, digamos resueltamente que, sea lo que sea, no existe el «sea power». Porque, en efecto, todo es ficción engañosa, todo es mentira, si no existe nacionalmente en el presente ó en el porvenir. No hay verdades fuera de la patria; no hay horizontes fuera de la patria; no hay arte, no hay ciencia, no hay moral fuera de la patria; nada existe, todo es mentira si no encarna en la patria y en la raza.

Bien se me alcanza que un mundo de protestas y objeciones rebosantes de erudición y saber pueden levantarse con pretensión de derribar estas afirmaciones. Un individuo afirma su existencia mediante sus actos, por sus movimientos físicos y por sus movimientos espirituales provocados por sensaciones externas ó por el recuerdo de estas sensaciones. Un individuo es una voluntad y una conciencia formadas, iluminadas y dirigidas por las ideas que el estudio y la experiencia depo-

sitaron en él. Fuera de él, lo que ignora, lo que no sabe, no tiene para él existencia positiva, y si para manifestarse necesita de esos impulsos extraños, de esos conocimientos que le son ajenos, desfallece y muere. Es mecanismo sin fuerza motriz, máquina de vapor sin vapor, equilibrio estático presto á destruirse, y no equilibrio dinámico que se perpetúa, se transforma, evoluciona y vive. Existe la patria mientras afirma su existencia internacional. Fuera de ella no existe nada con existencia positiva, y si para manifestarse necesita de impulsos extraños, de conocimientos que le son ajenos, que no los hace suyos, que no los nacionaliza, integrándolos en su conciencia, desfallece y muere. Sucumbe porque no es ya factor de vida y de progreso. Y como sin patria no hay individuo, por eso reitero que fuera de ella no hay nada, que sólo es verdad lo que en la conciencia nacional tiene vida propia, potencial ó actual, latente ó en manifestación. Si algo se concibe que no forme parte de la conciencia nacional en cualquiera de estas dos formas de la energía, es lo mismo, exactamente lo mismo que si no se concibiera, porque toda concepción, toda idea sirve y es útil en cuanto tiene finalidad nacional y progreso patrio.

Tal ocurre con el «sea power». Si los elementos que le integran y constituyen, de múltiple carácter, inmensamente complejos, no existieran virtual ó actualmente, en el patrio suelo los de calidad material, ni en la raza los de calidad étnica ó psicológica, no sería jamás para nosotros una realidad el «sea power», y si esta realidad nos fuere necesaria para la existencia nacional, no pudiendo poseerla, el porvenir más ó menos remoto sería la muerte.

Antes de entrar en su estudio, trataremos de definirle.

*
* *

Traducido literalmente, «sea power» quiere decir *poder del mar*; y ocurre preguntar: ¿el mar tiene poder? Sí. Dicen los que entienden de estas cosas que es una especie de volante que funciona, en cuanto á la vida del planeta, de manera parecida a como el volante de una máquina interviene en el mo-

vimiento de sus piezas, regularizándole, haciendo menos brusca la transmisión entre ellas de la energía y procurando que todas den la plenitud de rendimiento. El mar, según los señores aludidos, regulariza, pues, la vida, transportando la energía exuberante de unas regiones á otras necesitadas de este socorro. Es, como toda corriente, un nivelador de potenciales; y es, además, agente generoso, de gran empuje social, porque alivia al necesitado con la riqueza superflua del poderoso. Para tesis tan extraña *sacan* argumentos muy respetables de todo linaje de ciencias, y desde el rayo de sol que nos manda el astro hasta la evolución de una molécula en cualquier circuito atlántico, y aquel otro en que la molécula se evapora, forma la nube, cae en la cumbre y rueda por la pendiente al mar, y otras muchas cosas acaso más raras y caprichosas, apenas hay nada que se sustraiga á la finura de su perspicacia investigadora para demostrar que el mar es un volante, es decir, un receptáculo de energía que tiene la misión de distribuirla, regularizándola equitativamente, del mejor modo posible, pues, como es sabido, no hay regulación perfecta, y la del mar claudica como todas.

Á ser cierto lo que estos señores imaginan, consiste en esto, y nada más que en esto, el poder del mar, y bien claro se ve que no es este poder el «sea power» á que nos referimos.

*
* *

No es tampoco poder naval ó poder marítimo, al menos mientras estas expresiones conserven su significado histórico. Tradicionalmente, estas locuciones han representado en la historia patria la fuerza militar en la mar, las escuadras de combate en los tres grandes períodos en que la fuerza naval se ostenta diferenciada en materiales de construcción y medios propulsivos: remo, vela, vapor.

Y si para nosotros, en contacto siempre y familiarizados con la idea del «sea power», es fácil abarcar toda la extensión de su espíritu, no sucede lo mismo con el pensamiento colectivo, que no puede despojar fácilmente aquellas palabras

del sentido tradicional é histórico con que le fueron familiares y conocidas.

Esa comprensión de una idea no completamente diferente de la que tiene su raíz en el pasado, pero muchísimo más amplia y compleja, de la cual el sentido tradicional no es más que un aspecto parcial, requiere del pensamiento colectivo un esfuerzo, algo á modo de intuición de cosa nueva que viene á integrarse en la conciencia de la colectividad, cuando mucho antes estaba ya especificada y concreta en organismos profesionales, por virtud ó necesidad de profesión, ó en inteligencias superiores nutridas de estudio y conocimiento, á causa de la amplitud de horizonte que la elevación científica sobre el nivel común concede á los nobles espíritus amantes y capaces del trabajo intelectual. Van en el puente, las masas van debajo, y las farolas de la derrota aparecen antes á sus ojos avizores. Tracemos la línea, la diferencia de nivel entre Sánchez Toca cuando escribió su hermoso libro (cuyo mérito se agranda á medida que el tiempo pasa) y las ideas corrientes entonces, y corrientes hoy, aunque no tanto, en asuntos de materia naval, y si hay tablas que nos den en lo moral la depresión que las de Mendoza nos dan para los ángulos de altura, háganme ustedes el favor de buscarla.

No es, pues, «sea power» poder naval ó poder marítimo, porque el verdadero, el genuino concepto de esta expresión no ha despertado todavía en la conciencia patria.

Para hacerse cargo de la dificultad inmensa de la adquisición de una verdad más ó menos abstracta, aunque, como ocurre con todas las verdades, tenga su raíz y nacimiento en elementos concretos de existencia positiva, basta recordar el trabajo enorme que el propio esfuerzo consumió en comprender, adquirir y conquistar, integrándolo en el propio conocimiento, cualquier teorema difícil, cualquier postulado científico, cualquiera, en fin, de esas hermosas generalizaciones que abarcan en una fórmula de frase compendiosa y rápida una infinitud de hechos dispersos, de realidades particulares é inconexas que un esfuerzo de la inteligencia encadenó y trabó, engarzándolas en una ley suprema de enunciado breve y luminoso. Pues bien, una colectividad, y más si es muy extensa, como lo es

la colectividad nacional, debe de ser mucho más rebelde; tanto más inerte cuanto mayor es su masa para moverse en dirección determinada y adquirir la verdad, que si fué conquistada con esfuerzo penoso por la labor individual, se agiganta en proporción de difícil medida en la labor colectiva, social ó nacional.

De estas generalizaciones creo sinceramente que hay muy pocas comparables con el «sea power». Para demostrarlo, basta abrir el Mahan y leer su primer portentoso capítulo. Es, á la vez, una síntesis y un análisis del «sea power». Para exponerlo tuvo el insigne escritor que recorrer la historia, recoger hechos navales de variadísima índole, hechos de estrategia, hechos de táctica, hechos comerciales é industriales, fenómenos políticos, étnicos y sociales; y después del maravilloso recorrido, de la transcendente trayectoria, lanza aquellas magnificas páginas, síntesis y análisis del «sea power», más análisis que síntesis, con tal vigor, con tan profunda verdad, que sus ideas recorren el mundo en breve tiempo, y en todas partes surgen émulos que, desde sus puntos de vista ó de otros no muy diferentes, estudian el mismo fenómeno. Callwell, Colomb, Manfroni, Sánchez Toca, Bonancico, unos con criterio esencialmente histórico, otros con criterio esencialmente técnico, responden con vibraciones propias y nacionales á la vibración mahaniaña. Todos, en forma más ó menos distinta, con horizonte más ó menos particular, concuerdan y nos dicen, entre muchas verdades, que el concepto del «sea power» es de muy difícil adquisición, porque si no lo fuera, no ocurriera, como ocurre, que su maravilloso poder se haya ocultado casi siempre, no sólo á las intuiciones colectivas, sino á la mirada escrutadora de los más egregios historiadores. Me atrevo á citar un ejemplo patente de esto. Macaulay es un insigne historiador; su nación, la del «sea power»; pues bien, en sus páginas no concede á la perspectiva naval de su patria la importancia que otros historiadores, de ínfima pequeñez con él comparados, nos han demostrado después.

En las guerras napoleónicas apenas queda nada por investigar, ni siquiera la impotencia naval que derribó al coloso;

pero esto lo sabemos porque historiadores navales lo han puesto en luz, no porque las historias generales nos lo hayan dicho en sus alusiones á los combates de la época. Hoy sabemos, por ejemplo, que la famosa base de operaciones de Torres-Vedras de Wellington, punto de apoyo de la fuerza que lanzó más allá del Pirineo á los ejércitos franceses, hubiera sido tan eficaz como la carabina de Ambrosio si detrás de aquellas Torres-Vedras no hubieran existido los navíos ingleses dominando el mar en todo el perímetro europeo, y haciendo fácil y seguro el vituallamiento de los ejércitos aliados que tenían por base principal de operaciones las mismas Islas Británicas, al lado de la cual eran las demás, en el real concepto estratégico, nada más, por potentes que fueran, que modestas bases secundarias enlazadas con aquella infinitamente más potente, no por una línea de comunicación, sino por la inmensa superficie acuosa que, con ser tan grande, no era para Inglaterra y sus nacionales combatientes, en el continente más que una superficie estratégica de comunicación de imposible interrupción, porque no había enemigo que lo impidiera, para el transporte del poderío inglés al punto del continente ó de las Indias que fuere necesario socorrer. Jamás nadie volverá á encontrarse en tan soberbia posición estratégica como Napoleón en Francia, en el centro de una línea de costa que casi recorría todo el litoral europeo, para recoger todas las fuerzas navales de tan desmesurada extensión y lanzarlas en núcleo contra las fuerzas inglesas, obteniendo, mediante la derrota de éstas, el dominio del mar, que le era absolutamente necesario para que fuera posible su sueño de atravesar el canal de la Mancha con un ejército invasor y herir á su enemigo en su propio corazón. Asombra la lectura de los inmensos preparativos realizados por aquel genio de la guerra para conseguir aquel propósito. Todo lo hizo mal, sin embargo; no comprendía la mar; y Nelson, tan grande en ésta como él lo era en tierra, batió sus escuadras, debilitadas por el desacierto de sus disposiciones ¡Qué cosa tan deleznable como la tan manoseada unidad de mando cuando pretende aplicarse á organismos tan diferentes, á fuerzas tan heterogéneas como las navales y las terrestres!

No quiero aludir á nuestras desgracias nacionales recientes, que no son otra cosa que un eslabón más de la cadena de nuestra decadencia marítima, como son otro eslabón más de las que puedan acaecer en el porvenir, si Dios no pone enmienda, los infinitos desaciertos que á diario nos hieren algo más que los oídos, que á diario perturban el alma de esta noble corporación de historia augusta, que fué en tiempos muy remotos el brazo más vigoroso de la patria, como lo será mañana si algún día de la entraña potente de la raza surge la fuerza que escale el porvenir con mano airada.

No ven las gentes aludidas más que el lado pequeño, las menudencias del acontecimiento desgraciado, sobre las cuales construyen el edificio de sus majaderías. No comprenden, no han visto claro que ir á batir navalmente (y de otro modo era algo más que un sueño extravagante, algo que no quiero calificar, el pensarlo siquiera) á los Estados Unidos era empresa mucho más absurda que la de Napoleón invadiendo á Rusia. Era la nuestra una guerra de *invasión naval* á mares y costas de dominio incontrastable del enemigo; era lanzar á cientos de leguas, surcando el mar, á una fuerza naval invasora, dejándola encerrada dentro de un ámbito infinitamente pequeño (el del puerto de su alojamiento), en medio de una inmensa superficie estratégica de comunicación, patrimonio incontestable del enemigo beligerante. ¿Qué había de pasar? ¡Lo que pasó! Porque era irremediable. Capitularon ejércitos por la misma razón militar: porque la fuerza, en cualquier forma, sin apoyo es mero fantasma imaginativo, algo que no tiene realidad, como no la tiene en mecánica la fuerza si no hay punto de apoyo que reaccione é impulse. Y, militarmente y moralmente el punto de apoyo ó base de operaciones eficaz y principal de la fuerza agresora es siempre la patria, y el vehículo de su transmisión la línea de comunicación estratégica firmemente asegurada.

Podían repetirse hasta el infinito los ejemplos, pero no paso adelante sin citar el que se ofrece actualmente á nuestros ojos.

Una fuerza heroica, pero pegueña, la de los boers, está en contacto con una fuerza muy grande, la de Inglaterra, aunque

debilitada por la caída de potencial militar que un circuito extenso de comunicación trae consigo. Este circuito arranca en Inglaterra y muere en el Transvaal. Inglaterra y la pequeña y heroica nacionalidad son los terminales de línea de comunicación debilitante de la fuerza inglesa; pero, aunque debilitante, es de inquebrantable dominio para las naves inglesas, con las cuales no hay nadie en Europa que se atreva con más armas que la lengua y que la pluma, que fueron siempre inofensivas. Una corriente inmensa de simpatía circula por el mundo en pro de los heroicos boers. Se dice vulgarmente que las naciones continentales son egoístas porque no intervienen. Se escriben cosas primorosas sobre la cuestión eterna de la fuerza y el derecho. Se culpa á las naciones, por cierto género de escritores, de detener, por egoísmo, el progreso civilizador hacia un ideal de paz donde sólo impere la justicia. Las mismas multitudes se agitan conmovidas ante el venerable y anciano Presidente. Bien, ¿y qué? No intervienen porque no pueden; porque para intervenir es necesario dominar el mar, y para dominar el mar batir á Inglaterra en el mar. Á la primera gran derrota de sus escuadras se hunde el coloso quizás para surgir de nuevo, porque es gigante su vigor y muy hermosa y grande su historia... pero no hay otro medio que ése, que no está actualmente en manos de las potencias europeas.

Por eso no intervienen; por eso siempre que lo pretendieron en luchas antiguas fueron derrotadas; por eso rodó nuestro bienestar nacional por la pendiente de su decadencia; por eso, en fin, Inglaterra, la gran nación afortunada, de potente patriotismo, con su fuerza naval maravillosa, alejó de su cabeza todas las conjuras europeas y todas las coaliciones internacionales fraguadas contra su existencia y poder.

*
* *

Volvamos al punto de partida. ¿Qué es «sea power?»

Digámoslo de una vez si acertamos con la frase. «Sea power» no es *poder del mar*, porque esta traducción implica transferir á la última frase un espíritu de que carecen las pa-

labras. No es *poder naval*, no es *poder marítimo*, porque tradicionalmente, por asociación tradicional de ideas y de imágenes, poder naval es para nosotros escuadras de combate, que no son más que un aspecto parcial del «sea power». «Sea power» no es nada de eso.

«Sea power» es la vitalidad expansiva de una nacionalidad marítima.

«Sea power» es la plenitud del fenómeno de la vida nacional en sus relaciones externas y de cambio con las demás nacionalidades.

«Sea power» es la plenitud de la personalidad nacional en sus relaciones con el resto del mundo.

«Sea power» es ciencia nacional que crea industria, industria que crea comercio, comercio que manda productos nacionales á otras regiones, y recoge productos de otras regiones para valorarlos y realzarlos con el trabajo de la colectividad nacional.

«Sea power» es leyes sabias que amplifican la personalidad individual, que despiertan y agrandan la personalidad individual, despertando y agrandando la colectiva.

El «sea power» es grande y es pequeño, porque «sea power» es la totalidad del fenómeno de la vida nacional en su manifestación externa, y esta vida puede estar en la cumbre de su intensidad como en Inglaterra, ó en el accidente, accidente nada más, de una decadencia ó parálisis transitoria como en España; y digo transitoria porque la patria es eterna. Cuidar del «sea power», crear el «sea power» es preservar la vida nacional y amplificarla.

Pero ¿la vida no es fuerza? ¡Ya lo creo! Por eso digo que la fuerza naval es un aspecto parcial del «sea power», una de sus manifestaciones, la garantía de la vida nacional en forma de fuerza ofensiva ó defensiva, según que la vitalidad nacional sea esencialmente expansiva por el desbordamiento de su vigor, ó de recogimiento accidental en espera de mejores días y mayor crecimiento.

*
* *

Este aspecto parcial del «sea power» no es, desde el punto de vista adoptado, sino la garantía de la existencia de aquél, el brazo nacional protegiendo la vida nacional, el arma que empuñan las manos de la patria impulsadas por el corazón de la misma, para preservar y garantizar la circulación de su vida externa en sus contactos y conflictos y resistencias con los movimientos externos de otras vidas nacionales. Leyes consuetudinarias, leyes escritas, leyes morales protegen internamente la vida individual, las personas jurídicas, las personas sociales; y, sin embargo, para su acción y libre desenvolvimiento existe la fuerza como garantía de aquellas regulaciones bajo la forma de Gobiernos que no fueran ciertamente necesarios, si no fuera su fin la amplificación del individuo, la amplificación del hombre, coartando con la fuerza los intereses y fuerzas que á aquella finalidad suprema se opongan. Existe la fuerza al lado de la ley en el orden interno de las naciones, y no quieren, sin embargo, los... necios de las teorías de la paz afirmar la existencia nacional y protegerla por el único procedimiento posible: la fuerza naval militar, que no tiene ni puede tener otra misión. No comprenden que la vida es actividad externa, proyección externa de la interior actividad orgánica ó social, revelándose por la labor industrial irradiada por corrientes comerciales á lugares y espacios exteriores á los linderos de la patria. No ven claro que esta vida, que este «sea power» se suprime con un bloqueo de las costas nacionales por fuerzas beligerantes enemigas. No vislumbran que una *nación bloqueada es una pobre nación vencida*, es una patria arrollada, ultrajada y desgarrada por los proyectiles de las fuerzas enemigas, bloqueando y bombardeando los puertos litorales, matando la vida periférica para, por contragolpe y reacción, retener en colapso insostenible de muerte la vida interna del propio corazón nacional. No alcanzan, por último, á comprender, acaso porque no quieren contemplar la realidad histórica y la realidad actual, lo que un ilustre hombre público español dijo no ha mucho tiempo: que las venturas nacionales unen y que las desgracias separan y fraccionan, dando, según mi juicio, á entender que, perturbada ó quebrantada la conciencia nacional en el ritmo de

su vida por el sufrimiento de los desastres, tienden á desintegrarse y dispersarse los elementos que la forman, destruyendo su unidad y enlace armoniosos. Así, en todo, ocurre con la vida. Cuando se va, cuando huye, no quedan más que moléculas que se dispersan y que son pura materia. Y hay algo más horrible que colonias que se pierden. No creo que exista, no sueño que exista causa más destructora, de más mortífero efecto para una conciencia nacional debilitada y enferma que esa retención de su vida por un bloqueo comercial de escuadras enemigas y un ultraje permanente de sus costas bombardeadas.

Ya sé que mil frases elocuentes sacadas de los archivos polvorientos de nuestro lenguaje pueden pronunciarse contra estas afirmaciones. No es extraño. Rutina es una forma de inercia en las ideas, una resistencia del pensar antiguo contra las impulsiones del pensar moderno, y hace poco tiempo rutinas é inercias fueron parte no pequeña de nuestras desventuras.

*
* *

Hay que salir al encuentro de todas las ideas vulgarísimas que, con serlo tanto, no dejan de influir por el efecto agobiante de su masa en las convicciones del propio espíritu.

Encarecen tanto la pobreza de los recursos nacionales, que casi casi «sea power» no es otra cosa que la definición antes presentada; no existe en España fenómeno de vida colectiva, y es, por tanto, innecesario que mantenga y proteja su existencia.

La patria es un hecho real; reside en el espíritu y en el corazón; es imagen externa y sentimiento del alma. Se vive en ella, y en el propio ser repercuten las pulsaciones de su existencia.

Descender á razonamientos materiales cuando una espiritualidad potente palpita en el fuero militar es cosa impropia de militares, y, sin embargo, nada más fácil contestarles.

Se miden las fuerzas por sus resultados materiales, por realidades de movimiento y de trabajo; se miden las ideas por

realidades de movimiento y trabajo social: también se mide, aunque muy pobre y parcialmente, la intensidad de la vida nacional, «sea power» en sus resultados y efectos materiales. Graduemos lo que acusa la balanza comercial: la naval y la terrestre.

Veamos de ésta el trabajo nacional que cruza el Pirineo, yendo á Europa por ferrocarril, y el trabajo extranjero que la vía terrestre nos devuelve. Hagamos igual cómputo para lo que al mar lanzamos y lo que del mar recogemos; y aunque yo no lo he visto ni puedo graduarlo, ni quiero graduarlo, porque es ajeno á mi dominio y profesión, pongo cualquier cosa á que hay una desproporción formidable entre los resultados del balance naval y del terrestre á favor del primero. Sumemos al primero la corriente de cabotaje, las masas comerciales que viajan entre los puntos del perímetro peninsular, facilitando la vida de esta hermosa unidad geográfica que es nuestra nación. Valoremos las corrientes de endósmosis y exósmosis en unidades monetarias, y el resultado de las dos, la suma de ambas, porque, aunque contrarias, su agregado mide la intensidad ó velocidad del movimiento, es el «sea power» nacional, la vida que hay que proteger.

Pero ¿nada más que esto es nuestro «sea power»? No, hay mucho más.

Esa es vida *actual*, trabajo realizado, riqueza que marcha. Para medir el «sea power» en su totalidad sería preciso apreciar también toda la energía potencial acumulada en nuestro subsuelo, nuestras minas de carbón, hierro y demás metales y todas las demás riquezas inexploradas, que son *actualidades* del porvenir.

*
* *

No creo necesario diluir más las ideas de lo que llevo expuesto, que no aportaría mayor claridad á la cuestión. *O se ve* el «sea power», ó no se ve.

De las dos cláusulas de esta disyuntiva surgen dos estrategias diferentes. De la segunda, una estrategia de muerte. De la primera, una estrategia fecunda y viva. Supone aquélla la

postración nacional, el declive de nuestro desastre, el descenso de máxima pendiente, sin fondo, sin punto mínimo en su curva. Indica la segunda, por lo menos, una vigorosa reacción del espíritu que, sintiéndose fuerte, se dispone á nuevas luchas y á grandes esfuerzos en pro de una verdadera regeneración nacional. Mira una de ellas exclusivamente, por la limitación de su horizonte, á la defensa de costas, y entiende por tal la defensa de los territorios nacionales, peninsulares é insulares, acumulando en ellos cañones y torpedos.

Esta estrategia es genuinamente terrestre, con lo cual quiero decir que ningún oficial de marina ni militar inteligente la patrocina. Es, por lo demás, evidente que tal estrategia sólo puede ser privativa de aquellos cuya visión distinta intelectual no pasa de la corta ó larga extensión de sus narices. Confunden la tierra nacional con la vida nacional, la estructura y osamenta con el nervio y con la vida. No ven que puertos y ríos son conductores, desagües de riqueza, expansiones patrias. Creen, por el contrario, que son asideros, puntos débiles de fácil acceso al enemigo. No comprenden que la costa es sección por donde fluye al exterior la vida nacional. En la costa no ven más que peñas y terruño patrio, y, naturalmente, se aprestan á defenderla amontonando cañones y torpedos.

Pues bien, dejemos á un lado la imposibilidad absoluta del procedimiento. Si toda la costa se convierte en cañones, y cada molécula del primer cordón acuoso que besa las peñas patrias se transforma en un torpedo, estará inexpugnablemente defendida la integridad del territorio, pero la vida nacional estará muerta.

*
* *

Otra escuela muy equivocada, profundamente equivocada en mi concepto, comprende el «sea power», aunque no en su plenitud. Se acerca, pero no llega á la segunda estrategia anteriormente aludida. Sabe que una escuadra, por el solo hecho de su poder, domina una costa entera, ataca donde quiere, bombardea donde le place, desembarca fuerzas invasoras donde no la espera el ejército nacional, que no tiene el don de

ubicuidad para estar en presencia en todas partes. Sabe más; sabe, porque la historia se lo demuestra, que las fuerzas invasoras tienen una base colosal de operaciones en la escuadra que las apoya, y no ignora, á mayor abundamiento, que el dominio táctico del lugar del desembarco es muy fácilmente lográble con los medios actuales.

Á esto limita esta escuela su problema. No ha visto, ó no le importa, porque no entiende su magnitud, la transcendencia vital de todo el flujo comercial retenido y estancado. Cree que la vida moderna es como la vida antigua. No concibe que si antes, aun en España, todo era vida estática, hoy es todo vida dinámica.

Limitado su problema á los términos expuestos, lo resuelve de plano, y dice: *á escuadras opongo torpederos*. Si aquéllas dominan el mar con su fuerza imponente, y dominándolo todo, el mar es superficie de comunicación, área logística, disputo ese dominio con mis torpederos.

Salta á la vista el fundamento falsísimo de tal proceder. El torpedero carece de cualidades náuticas, ó son sencillamente mínimas. Carece de la facultad de permanencia en la mar (*sea-keeping quality*), y el conjunto de ambas es la única facultad estratégica del dominio del mar. Si esto no lo dijere el buen sentido, la historia naval entera está para demostrárnoslo.

Esta escuela, completamente ciega, lleva su extravío inconcebible, cual si desconociera la historia, hasta tomar la ofensiva. ¿Saben ustedes cómo? Con cruceros veloces, no para atacar al verdadero enemigo, sino á sus derrotas comerciales, cual si sus cruceros pudieran cruzar el mar á su antojo burlando sus iguales enemigos, y esquivando cuando les plazca todo encuentro, permaneciendo en la mar indefinidamente. Esta escuela no calcula, sino sueña. Menosprecia el número y la medida. Á sus cruceros les llama cruceros *velocísimos*, y no nos dice cuál sea esa velocidad *velocísima* que les permite burlar todo buque enemigo, ni la manera de obtenerla, ni la manera de mantenerla, ni lo que cuesta en unidades de trabajo el combustible que se agota según la ley inevitable del consumo. Es una escuela que tiene muy claro concepto del

espacio recorrido, metafísica de la velocidad y de la fuerza táctica transportada; y con metafísicas resuelve los problemas navales, que son, antes que nada, masas imponentes que se embisten y destruyen. Como soñadora es esencialmente artística, y movidas sus plumas por astro vigoroso, describen batallas de torpederos contra acorazados, que son á la realidad naval lo que las novelas de Julio Verne á la verdadera ciencia, lo que las hazañas de Rocambole á la literatura galdosiana. Es, en fin, una escuela llena de inspiraciones bizarras que lindan con la quimera imaginativa.

Nació en Francia. No sé lo que pasará en la gran nación latina. Sospecho que en todos los órdenes de la actividad pretenden una hegemonía intelectual que, si algún día mantuvo, es hoy de posesión imposible, y ese afán inspira á sus oficiales de marina (á los representantes de esta escuela) muy nobles anhelos de luchar en el mar en duelo singular con Inglaterra. Resulta de este anhelo ferviente un fenómeno no curioso, más corriente y vulgar de lo que á primera vista parece. Subvierten la perspectiva sencilla del problema, que no es otra que la de adquirir fuerzas igualmente potentes que las inglesas, y sueñan con la adquisición de armas distintas de imposible creación científica. También entre nosotros, ante el imposible de luchar con los Estados Unidos (imposibilidad intuitiva de la inmensa mayoría de los españoles), había algunos que soñaron otro imposible infinitivamente mayor: invadir la nación americana.

Yo no sé cómo el ilustre González Serrano explicaría este fenómeno de óptica moral, de espejismo moral, que oculta una realidad insuperable y la suplanta por un sueño.

Excusado es decir que esta especie de *estetismo naval* va de vencida en todas partes. Lució y pasó como cosa efímera, brillante y fugitiva. Sin embargo, necesario es tributarle honor. Se ha ponderado tanto, evaluado tanto cada elemento de defensa de costas, que quitándola todas sus quimeras, ha dejado tras sí mucho de bueno. Justa recompensa de tan noble y generoso esfuerzo.

*
* *

¿Cuál es la tercera escuela, la de la verdad, la de la grande estrategia? Es escuela de síntesis, tradicional y progresiva. Se apoya en el pasado y recoge el porvenir. Es á la vez de integración y diferenciación. Sintetiza y analiza. No menosprecia ningún arma, pero da á cada cual el valor que le corresponde. Su principio fundamental, el de todas las estrategias, batir al enemigo: en lo terrestre al ejército contrario, en lo naval á la flota beligerante. Principio es este nunca controvertido desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Principio fecundísimo aplicable á todo esfuerzo y actividad que ordena herir la dificultad en su entraña, allí donde únicamente existe. En el poderoso prescribe la ofensiva; en el débil, la defensiva presta á ofender también. En el grande, ofensa potente; en el pequeño, defensa potente, de espíritu agresivo, dispuesto á manifestarse por reacción violenta, en cuento la ofensa por error ó gasto se debilite.

Y esta defensiva es sencillamente una escuadra apoyada en una costa guarnecida de los puertos militares estratégicamente situados con relación á ella.

Toda la defensa, según esta teoría de comprobación experimental en la historia, radica en la escuadra, que es á su vez defendida y protegida por sus puntos de apoyo.

Mientras la flota de defensa exista y sea capaz de reaccionar y agredir, mientras sea *the fleet in being*, definida por Torrington hace tres siglos, no será el enemigo dueño del mar, porque *the fleet in being* la escuadra de defensa estará siempre dispuesta á impedir la libertad de sus operaciones navales. Será el mar no supercie logística de indisputado dominio para el enemigo, porque sobre ella rodará un pensamiento, expresando la posibilidad de su agresión, que perturbará moral y materialmente sus combinaciones y movimientos. No está la escuadra en defensa más que en un solo punto de la costa, pero en cualquier instante puede aparecer. Es una energía latente; si rompe el bloqueo, puede ser actual. Sucede con ella lo que en otra ocasión he expresado, calificando su actuación moral de radiación estratégica de su poder efectivo.

Parece la idea cosa abstracta sin eficacia positiva, y sin

Embargo, como antes dije, es un hecho de comprobación experimental en la historia. En la guerra de la independencia americana no fué invadida Inglaterra por fuerzas aliadas, aunque dominaron sus escuadras el canal de la Mancha, por la acción de la escuadra inglesa, de inferior poder, recogida en sus puertos. En las guerras navales de Luis XIV el mismo fenómeno. En las guerras napoleónicas el mismo fenómeno. Mientras nuestra noble escuadrilla de Santiago de Cuba existió no fué vencida la patria. Mientras existía, aun acorralada, era posible la continuación de la guerra. Cuando fué hundida en el mar por fuerzas imponentemente superiores, España, con estar tan lejos, fué vencida, no en las costas españolas, sino en la boca de Santiago, á muchos cientos de leguas. Y cuando las desgracias irremediables de la patria sacrificaron la noble, la inolvidable escuadrilla, un ciclón de espanto recorrió todo el litoral peninsular, ante la posibilidad nada más de que la escuadra vencedora hiciera su aparición en aguas europeas. ¡Tan grande, tan inmenso es el poder de una escuadra, ya en la ofensiva, ya en la defensiva!

Se defiende una costa evidentemente con defensas móviles y fijas; pero no es su objeto la defensa de las rocas litorales, sino la de servir de abrigo y protección á la escuadra de combate; porque las primeras carecen de acción estratégica, de acción de distancia cual una gravitación de la guerra que sólo posee la escuadra de combate, disputando, mientras resista, el dominio del mar á las fuerzas enemigas.

España, navalmente, es la mejor situación estratégica de todo el contorno europeo. El Estrecho de Gibraltar es el nodo logístico de más importancia en el mundo. Las Baleares constituyen una especie de foco donde se cruzan todas las líneas que unen los puertos militares y bases secundarias de Inglaterra, Francia é Italia en la cuenca occidental del Mediterráneo. El archipiélago canario, intercalado en la corriente comercial del África del Sur con el continente y en la de la América del Sur con el mismo, es también nodo estratégico y comercial. Y si fijamos la atención en nuestras hermosas rías gallegas interceptando estratégicamente la acción de Inglaterra hasta el Estrecho, se encoge el corazón pensando que to-

avía sigue esa infinita vulnerabilidad naval que gravita con pesadumbre agobiadora sobre toda nuestra historia.

¿Cómo se defiende todo esto?

No hay más que un medio que tiene dos fases. Una sola solución con dos aspectos.

Una escuadra de combate con acertada elección de sus puntos de apoyo: el mejor, Cádiz.

Una alianza extranjera: la mejor y única, Inglaterra.

Procuraré en otra ocasión desarrollar todo el tema.

MANUEL ANDÚJAR,

Teniente de navío.

LOS ALBORES DE LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

Uno de los timbres más esclarecidos que el siglo XIX ostentará, mereciendo eterna gratitud á las generaciones venideras, es el notable incremento que han recibido las diversas ramas del saber humano. Si las ciencias que tienen por objeto el estudio de la naturaleza, así como las que extienden su mirada al cálculo matemático, han alcanzado un pasmoso desarrollo, no menor le han obtenido las ciencias morales y políticas. Entre éstas la Historia ocupa un puesto de honor.

Si el príncipe de los oradores romanos, con sobrada razón, llamó á la Historia maestra de la vida, por las sabias lecciones y enseñanzas que suministra á los pueblos y naciones, la generación actual la denomina enciclopedia de los conocimientos humanos, porque rompiendo los estrechos moldes en que antes se hallaba encerrada, extiende su acción de un modo prodigioso, entrando en los dominios de la ciencia sociológica.

El extraordinario incremento que en los tiempos actuales ha obtenido la Historia no se refiere solamente al fondo ó contenido de ella, sino también á la forma ó manera de exponer los hechos. Bajo el primer concepto, la Historia recibe inagotable caudal de materiales de las diferentes ramas de la Arqueología; y bajo el segundo ha tomado un carácter científico, dando importancia á la historia interna, parte esencial y constitutiva de la historia de la humanidad y la que verdaderamente refleja el desarrollo de la civilización.

El carácter científico que reviste la Historia nos sirve de base de criterio para bosquejar una de las más interesantes épocas de la historia de Castilla, cual es la centuria que abarca los reinados desde Alfonso VIII hasta Fernando III inclusive. Este lapso de tiempo es el comienzo de un período de

transición á la Edad Moderna, el eslabón que engarza las dos edades, el germen de una nueva vida para los Estados cristianos y el resultado á su vez de las grandes conquistas que en el orden moral y material ha alcanzado la civilización española; en dicho período alborea la Monarquía española, inaugurándose el renacimiento social de nuestra patria.

I

Las historias particulares ó nacionales son partes componentes del todo llamado historia universal, pero lo son por intus-suscepción, digámoslo así; de tal manera, que cada nacionalidad forma un pequeño organismo con sus leyes particulares, que unido á los demás constituyen el organismo general de la sociedad humana. No de otra suerte la economía física del hombre se compone de diversos aparatos, los cuales desempeñan funciones distintas, y todas juntas integran la vida fisiológica.

Por tanto, el desarrollo de la vida de un pueblo ó nación obedece á las leyes universales que muestran el desenvolvimiento de la humanidad. Para comprender, pues, las fases que presenta la historia de Castilla durante la Edad Media, es preciso hacer un bosquejo de la civilización europea en dicho tiempo.

Por tres períodos ha pasado la civilización en Europa durante la Edad Media: el primero, que llegó hasta Carlo-Magno, refleja el estado de disolución en que aquélla quedó á consecuencia de la ruina del Imperio romano, el fraccionamiento de la unidad material que Roma había hecho del mundo; en el segundo período, que se extiende hasta el comienzo del siglo XII, aparecen con la debida separación y perfectamente desarrollados todos los elementos sociales que dan vida á la Edad Moderna, y el tercero es un período de pruebas, de tentativas, á fin de conciliar los elementos sociales que han tomado su ser anteriormente y tratan ahora de constituir una cosa general y definitiva, un poder público, una verdadera nacionalidad. Es decir, que el tiempo transcurrido desde el

siglo XIII hasta fines del XV es un verdadero período de transición á la Edad Moderna.

El siglo XIII, pues, se halla en posesión de todos los elementos que han de concurrir á la formación de la sociedad moderna, y empieza en él un trabajo lento, una elaboración sin descanso, que ha de dar por resultado la amalgama de las fuerzas, de los principios, de las instituciones, cuya fusión es el carácter general de la citada edad. No hay inconveniente en aseverar que el verdadero renacimiento social empieza en el siglo XIII.

II

Es una ley histórica que el desarrollo material de un pueblo marcha en completo paralelismo con el desenvolvimiento político é intelectual, y en corroboración de este principio no hay más que estudiar la historia de los diferentes pueblos y fijarse en sus períodos de florecimiento ó siglo de oro. Este fenómeno, que es un verdadero apotegma, confirmado por la experiencia de los siglos, queda evidenciado á la luz de la filosofía.

La civilización se compone de dos elementos, ó reviste dos formas: el desarrollo individual y el social, la vida interna y externa; ambos elementos están unidos entre sí y se reproducen mutuamente; tienen los dos hechos una relación tan íntima y necesaria, que aun cuando no se produzcan simultáneamente, son, sin embargo, inseparables, de modo que tarde ó temprano debe uno conducirnos al otro.

Al invadir y extenderse los sectarios del Islam por nuestra península, los cristianos inauguran en Covadonga y Sobrarbe la siete veces secular lucha, cuya finalidad ha de ser la restauración de la unidad material, y con ésta, la religiosa y política.

Tres épocas ofrece la historia de la Reconquista (1). Desde Covadonga á la conquista de Toledo es la nación que pugna

(1) Lafuente, *Historia General de España*.

por vivir, desde Toledo á Sevilla es la nación que vive y se robustece luchando y desde Sevilla á Granada es la nación que trabaja en organizarse. Desde Pelayo á Alfonso VI es la infancia y pubertad de la nueva sociedad española, de Alfonso VI á Fernando III es su juventud y virilidad y desde el Rey Santo á Isabel la Católica es su madurez y decrepitud, pero decrepitud que es el germen de una nueva vida, de una nueva forma de ser y existir; en este último período la fuerza y la vitalidad de la sociedad española se gasta principalmente en constituirse, sin dejar por eso de emplear de cuando en cuando un resto de vigor en ir consumando lentamente su reconquista material. Estos tres períodos ponen de relieve los caracteres que reviste la civilización cristiana en Castilla durante la Reconquista, cuyo resultado ha de ser la restauración de la unidad nacional, resultado que ya se columbra en el siglo XIII. En este tiempo, pues, Castilla, núcleo de la Reconquista y centro de atracción de la civilización cristiana, manifiesta en embrión lo que ha de ser más tarde la Monarquía española.

La gran epopeya de la Reconquista, que tuvo su prólogo en Covadonga, toca á su desenlace. Extendidos los dominios cristianos en tiempo de Alfonso I desde el mar Cantábrico hasta el Duero, llevando el segundo Alfonso sus victoriosas banderas hasta el Tajo, y penetrando hasta la ribera del Guadiana Alfonso III el Grande, preparan estos notables Monarcas, con sus atrevidas correrías, las empresas de sus sucesores; luego, los Reyes de la Monarquía leonesa afianzan con sus repetidos triunfos las conquistas alcanzadas anteriormente Fernando I, ceñidas sus sienes con la doble corona de León y Castilla, inicia la época de apogeo material de la sociedad cristiana, pues en este tiempo son tantos y de tal importancia los triunfos de las armas cristianas, que apenas encuentra la raza islamita un momento de tregua para reponerse de tanto desastre. Alfonso VI el Bravo, después de arrancar á los infieles el mejor baluarte de Castilla, se pasea triunfante por esta comarca; Alfonso el Emperador realiza una larga serie de proezas que le conducen á Almería, una de las llaves del Mediterráneo, y Alfonso VIII, después de haber arrebatado á la morisma Cuenca y otras plazas fuertes, humilla en el Muradal

á la media luna, eclipsando para siempre el poderío de los secuaces de! falso profeta.

Con tales antecedentes empuña el doble cetro de León y Castilla Fernando III. Constreñidos los discípulos de! Corán á las comarcas de Andalucía, estaba reservada para el Rey Santo la gloria inmarcesible de recabar para el dominio cristiano la antigua corte de los califas, la rival de Damasco; y después de tremolar el estandarte cristiano en los alminares de la grande aljama y de conseguir hazañas sin cuento, que aseguran la incorporación á la corona de Castilla de nuevas plazas y pueblos importantes, ríndese la reina del Guadalquivir al hijo de D.^a Berenguela.

Así, pues, en el siglo XII ya no quedaba á los musulmanes más que el reducido territorio de Granada, el cual prestó homenaje á Castilla, hasta que plugo á la Providencia premiar la perseverancia y constante fe de los cristianos, dando feliz remate á la grandiosa epopeya de la Reconquista. La restauración de la unidad material de España puede considerarse terminada en el siglo XIII.

III

La organización política y civil de la sociedad cristiana, durante la centuria que venimos estudiando, guarda perfecta analogía con el progreso material. La condición social del pueblo cristiano se va perfeccionando á medida que ensancha su territorio.

El carácter que presenta Castilla al comienzo del tercer período de la Edad Media difiere esencialmente de la fisonomía de la época anterior. En este tiempo todo tiende á la unidad; aparece ya en embrión lo que más tarde ha de adquirir mayor desarrollo y vaciarse en más anchuroso molde; el estado de dislocación que anteriormente se manifiesta en las instituciones, leyes y costumbres va poco á poco desapareciendo para dar paso á la centralización.

La organización política de Castilla se hallaba constituida por el Rey, clero, nobleza y estado llano. La Monarquía ad-

quiere en esta época gran importancia, como consecuencia natural de la extensión del territorio, de las victorias alcanzadas á los Reyes con el fin de contrapesar el poderío de la nobleza. El principio electivo que la sucesión á la corona revestía en los primeros tiempos de la Reconquista, transmitido de la época visigoda, fué reemplazado por la sucesión hereditaria, que al principio no tuvo más sanción que el derecho consuetudinario, afianzado luego con la organización feudal que consignó el principio del reino patrimonial. Alfonso X fué el primer Monarca que elevó á derecho escrito lo que ya se hallaba encarnado en la opinión pública y estaba en armonía con la condición social del Reino. Siempre fué reconocido el Monarca como fuente de jurisdicción, pero su autoridad no adquirió el verdadero lustre y rango ni tuvo el sello de la soberanía hasta el período que estamos bosquejando.

La nobleza, con sus cuantiosas rentas, sus exageradas pretensiones y sus exorbitantes privilegios nacidos de la situación especial de los reinos cristianos, contribuía en gran manera á mermar el poder real. Las concesiones de éste en favor de las municipalidades, como recompensa de sus servicios y estímulos para otros nuevos, no dejaba de ser también un contrapeso á la autoridad del Soberano. Mas á últimos del siglo XII y principios del XIII ya se evidencia un hecho general en todas las monarquías de Europa, cual es el abatimiento del poder feudal; y este suceso general es la realización de la ley histórica que imprime nuevo rumbo á los sucesos en dicha época: es que ha pasado el período de aislamiento, de desmembración, y todas las existencias tienden á reunirse, todos los intereses é instituciones locales á amalgamarse para constituir una acción pública: esta tendencia se ve palpablemente en el reinado de Fernando III.

En resumen, los Monarcas, desde este tiempo, fueron más poderosos que antes, porque ensanchados notablemente sus dominios y aumentados sus recursos y riquezas, pudieron mejorar el sistema de administración y con ello robustecer su poder, dando mayor extensión y vigor al ejercicio de sus atribuciones gubernativas.

La nobleza no logró su legítima existencia y poder hasta

el siglo XIII. En Castilla el feudalismo no tuvo su genuino carácter como en Francia y otras naciones de Europa, ni su desarrollo pudo competir con otras comarcas de la Península.

Mezclada la nobleza goda y la hispano-romana en la última época de la España visigoda, quedaron ambas identificadas por completo desde la invasión musulmana. Asentada la naciente Monarquía bajo Alfonso el Casto, los nobles recobraron también su influjo en el gobierno, tardando poco en adquirir tierras y vasallos, asistir á la corte, concurrir á los Concilios, confirmar los privilegios reales y gobernar las provincias; los Condes ensanchaban sus señoríos con las tierras cuyo dominio tenían encomendado, poblando lugares, concediendo fueros á los pobladores y ejerciendo en ellos una especie de soberanía. La nobleza se aprovechaba, no sólo del estado continuo de guerra para aumentar sus dominios, sino que se valía sobre todo de la debilidad ó minoría de los Reyes para apoderarse del gobierno y lanzarse á toda clase de excesos; en la elección de los Reyes y en todos los actos más importantes tuvo la nobleza el primero y más señalado influjo: en una palabra, hasta el siglo XIII continuó la nobleza en progresión creciente, no ocultando su sed insaciable de poder y teniendo al Reino en continua y lamentable agitación.

Ya Alfonso V y Alfonso VII trataron de refrenar á la nobleza, poniendo el primero coto á su aumento de tierras y sometiendo todas las ciudades á la jurisdicción real, y el segundo creando otra nobleza basada en la profesión de las artes y disminuyendo los privilegios de aquélla; y al empuñar el cetro Fernando III, la nobleza empieza á decaer visiblemente, pues dicho Monarca sujetó con mano fuerte sus desmanes, encaminando todas sus medidas políticas y administrativas á abatir su poderío. Lo que más contribuyó á humillar el poder de los magnates fué el espíritu de independencia que, favorecido por los Monarcas desde el Rey Santo, se iba desarrollando en los concejos, viniendo á ser éstos un elemento importante para la gobernación del Reino, la defensa de la frontera y la seguridad de las ciudades.

No carecía de menor autoridad é importancia el clero: su influjo político data de la época visigoda. La influencia social de la Iglesia cristiana, el monopolio del saber que ejercía la clase sacerdotal y el espíritu religioso del pueblo, explican sobradamente el poderío del clero y su intervención en el gobierno del Estado: situación tan favorable hubo de extremarse en los primeros tiempos de la Reconquista.

A medida que los cristianos extendían sus fronteras y ganaban victorias, se aumentaba la devoción y piedad religiosas, multiplicándose las donaciones á las iglesias y monasterios y concediendo toda clase de prerrogativas al clero. Pero del mismo modo que los Reyes vieron en los derechos exorbitantes de la nobleza una constante amenaza contra la autoridad pública, tratando de poner un límite á tan desmesurada influencia, también hicieron lo propio con el clero en aquello que decía relación á su poder secular, dejando á salvo la influencia moral que como á ministros de Jesucristo les competía.

Hasta el siglo XI el estado continuo de guerra y las invasiones permanentes de los moros impidieron la formación de una población compacta y el establecimiento de grandes villas y ciudades; así resultó que el que no era guerrero ó clérigo se hallaba en una lamentable situación; la población agrícola, el estado llano casi estaba reducido á la esclavitud. Desde el siglo XI los Monarcas, al reconquistar villas y ciudades, empiezan á constituir la vida local, interesando á los antiguos moradores de aquéllas á la lucha contra los sarracenos, concediéndoles una existencia independiente: éste es el origen de los fueros y cartas pueblas. Considerados éstos bajo el aspecto político, contribuyeron á la constitución de aquellas municipalidades en que se respiraba sin temor á los excesos de los agentes de la Corona y á las demasías de la nobleza. Los Reyes hallaron en los pueblos un instrumento eficaz para contener las usurpaciones de los ricos hombres; los concejos reclutaban ejércitos que venían á aumentar las huestes del Monarca en sus guerras exteriores é interiores, defendían las murallas y el territorio de la población y protegían los privilegios de la municipalidad; pero el mayor bien que cau-

saron éstas fué constituir un poder enfrente del de la nobleza destinado á ser el apoyo de los Reyes.

Lo que dió más influjo al estado llano fué la intervención que el último tercio del siglo XII comenzó á tener en las Cortes del Reino; de modo que los comunes con sus fueros, que les daban una existencia propia, con sus milicias para su defensa y con su intervención en las Cortes, forman un elemento de la mayor transcendencia para la vida política de los reinos.

La institución que mejor demuestra la robusta organización política de la corona de Castilla en este tiempo son las Cortes. Las Cortes juegan un papel principalísimo en la historia de la Edad Media, y han sido la base para el establecimiento de los gobiernos representativos.

En los primeros tiempos de la restauración continuaban celebrándose las Juntas generales del clero y de los magnates, del mismo modo que durante la dominación visigoda, con la circunstancia de que la asistencia de los últimos era ya continua y, al parecer, en virtud de su propio derecho; el nombre de Cortes no se había generalizado todavía, lo cual se evidencia viendo que se llamaban concilios á las Juntas que se celebraron en Oviedo, Coyanza, Compostela, Palencia y León hasta el siglo XI. Estas asambleas son una derivación de los Concilios de Toledo, y á manera de eslabón que une á éstos con las Cortes posteriores.

Cuando empezaron á constituirse las municipalidades, cuando las villas y ciudades adquirieron existencia propia, entonces empezaron á tener intervención en las deliberaciones públicas, datando de este hecho la importancia de las Cortes, lo cual se verifica en el siglo XII. Desde esta fecha son tres los brazos que intervienen en las asambleas nacionales; y aun cuando no estaba determinado el lugar en que se habían de reunir las Cortes, ni el período en que habían de verificarse, ni la concurrencia de los tres brazos, ni mucho menos el número de ciudades que tenían voto y el de procuradores que éstas habían de mandar, ya aparece en esta época la influencia política de aquéllas; las tres clases sociales que se han desarrollado durante los períodos anteriores y adquirido gran

influencia social, ahora se hermanan, desapareciendo poco á poco el espíritu local, individual, para fundirse en una misma aspiración y originar más tarde una verdadera nacionalidad. Es decir, la multitud de asambleas concejiles, de existencias é instituciones locales, vinieron á resumirse en un concejo ó ayuntamiento general bajo la presidencia del Monarca, como lo exigían los progresos de la unidad nacional y la mancomunidad de intereses.

En el siglo XIII, pues, hay que buscar el germen de la importancia de las Cortes, que serán, andando el tiempo, genuina representación del carácter nacional y emblema de la pública opinión.

La legislación de Castilla, desde el siglo XI al XIII, retrata perfectamente el estado social del Reino: la Reconquista adelantada por esfuerzos parciales y de igual manera se reorganiza la Nación.

El carácter de la legislación en este tiempo fué el privilegio; diversas eran las fuerzas sociales, varios los intereses, múltiples las existencias: las leyes, por tanto, habían de reflejar esta variedad. La situación particular en que se hallaban las provincias de España, producida por la lucha permanente con los sarracenos, obligaba á los Monarcas á interesar en la defensa de los pueblos á sus antiguos y nuevos moradores por medio de leyes que mejorasen su condición social. La legislación foral, bárbara en su parte penal, rudimentaria en su parte civil, es, bajo el punto de vista político, de fecundos resultados, pues contribuyó á afianzar la constitución de las municipalidades y después fué arma poderosa para garantizar la autoridad real. Á medida que se va verificando la unidad material, también la organización administrativa va en progresivo aumento; todo tiende á la unidad. El Ordenamiento de las Cortes de Nájera, que fijó los derechos y deberes de los hijosdalgo, ya entre sí, ya con respecto á los Monarcas, ya también con relación á sus súbditos; la formación del Fuero Viejo, con objeto de compilar los fueros y hazañas de los nobles, y la traducción al idioma vulgar del Fuero Juzgo, mandada hacer por San Fernando, dándole como fuero municipal á varias villas y ciudades, son ensayos y tentativas que iban

preparando la unidad legal. D. Fernando, comprendiendo con su vasto talento político que, ante las nuevas necesidades de la época y la distinta condición social en que se encontraba Castilla, era absolutamente necesario una reforma legislativa, y que, no obstante, se ofrecían para su realización entonces obstáculos difíciles de vencer, puso todo su conato en preparar, por medio de prudentes y acertadas disposiciones, el camino para el planteamiento de las radicales innovaciones que luego hubieron de efectuarse. Cabe á este esclarecido Príncipe la envidiable gloria de haber concebido la transcendental idea de uniformar la legislación y de inspirar en el ánimo de su hijo la creación del código más notable, del monumento legislativo más grandioso que colocó á su autor á la altura de los más célebres legisladores del mundo. Como consecuencia del pensamiento legal de San Fernando, había de surgir la necesidad de reformar la administración de justicia.

Desde el siglo XI, los Reyes, conociendo la importancia del ejercicio del poder judicial, adoptaron providencias muy eficaces para ello y procuraron no descuidar la vigilancia suprema sobre la administración de justicia: Alfonso V estableció en todas las ciudades jueces elegidos por el Rey; Alfonso VI procuró que se administrara justicia rectamente y que se «libertase á los pueblos de las rapacidades de los sayones». En este mismo espíritu se inspiraron los Monarcas posteriores; pero excedió á todos en tan laudable empeño el Rey Santo, el cual generalizó la institución de los merinos mayores, que eran delegados del Rey para ejercer una inspección suprema en asuntos de justicia. Imitando á San Luis, el hijo de D.^a Berenguela recorrió los pueblos administrando justicia por sí mismo; de modo, que en este tiempo era reconocido el Soberano de hecho y de derecho como fuente de justicia: así la organización judicial iba uniformándose, como se uniformaba la legislación, encontrándose de esa manera en el Monarca el derecho de administrar justicia, cuya autoridad suprema y universal se hacía sentir poco á poco en todas partes.

Bajo el punto de vista político, administrativo y social, la época que estamos examinando es de verdadero progreso. El

organismo político correspondía cumplidamente al desarrollo material y á las nuevas exigencias sociales. Las bases de buen gobierno de los Estados, los axiomas fundamentales de una monarquía hereditaria, la unidad é indivisibilidad del Reino, la sucesión á la corona, la centralización de los poderes en el jefe del Estado y las facultades propias de la soberanía eran ya conocidos, estaban encarnados en la opinión pública, ya se observaban en la práctica: restaba únicamente que se consignaren por escrito, que recibieran la sanción legal, en una palabra, que tales principios, arraigados en la conciencia de los pueblos, se elevasen á la categoría de dogmas políticos, para informar, andando los tiempos, la vida de las nacionalidades.

IV

Si la organización política y civil de Castilla progresaba en armonía con la conquista del territorio, la cultura intelectual no permanecía estacionaria.

Durante el primer período la sociedad cristiana, abrumada por enemigos poderosos, viviendo en lugares fragosos y casi estériles, tiranizada por la guerra y por la miseria, presenta el triste espectáculo de la ignorancia más grosera; mas cuando las victoriosas armas cristianas sojuzgan importantes plazas y ciudades y adquieren fértiles y extensos territorios, se fija la población, se establece una comunicación más íntima con los árabes, y la literatura y artes siguen el progreso que demandaba el nuevo orden de cosas: entonces aparecen las primicias de la musa castellana.

Cuando se examinan los primeros monumentos de nuestra literatura y se los compara con las producciones del siglo XIII, no puede menos de advertirse que se ha trocado la fisonomía artística de unos y otras. Este cambio tan sorprendente era resultado lógico del progreso que en todas sus manifestaciones alcanzaba la civilización española; el siglo XIII estaba destinado por la Providencia á recoger el fruto de los esfuerzos y grandes sacrificios de las cinco centurias anteriores. Si sor-

prendentes eran los triunfos de las armas cristianas en esta época, no eran menos pasmosas las conquistas de la inteligencia, y con no menor brío entraban los reinos cristianos, cuya vanguardia correspondía á Castilla, en nuevas y amplias vías de cultura intelectual.

Las ciencias y letras, huyendo del estrépito de las armas, se habían albergado en tiempos anteriores en los claustros, buscando un asilo de paz. Estos centros de la vida ascética conservaron en depósito las tradiciones de las primeras escuelas, cultivando en primer término los estudios litúrgicos y teológicos. Al movimiento de tales estudios siguióse la rehabilitación, aunque deficiente, de las bellezas de la antigüedad clásica, cuyos lejanos resplandores no habían llegado á eclipsarse. Mezclándose con tales elementos, tomaron carta de naturaleza las producciones del arte oriental, que estaban llamadas á ejercer no poco influjo en la existencia de las literaturas vulgares. Así es que, agrupándose durante el siglo XII en el suelo castellano tan varias influencias, ensanchando el estrecho círculo en que giraban las ciencias, letras y artes, refleja la cultura española una fisonomía original digna del mayor encomio.

Los Monarcas cristianos, fieles representantes del movimiento social, concededores de las nuevas necesidades de la época, producidas por la asociación y uniforme desarrollo de todos los gérmenes de la civilización elaborados anteriormente, establecieron centros de enseñanza que, con el nombre de Universidades, señalan un nuevo derrotero para las diferentes ramas del saber. Desde ahora las ciencias y letras, saliendo del estrecho recinto de los claustros y amparadas por los dos poderes espiritual y político, se hacen accesibles á todas las clases sociales y reciben ricos veneros de inspiración, adquiriendo de este modo la civilización española á principios del siglo XIII extraordinario incremento, sólo comparable al singular progreso de las armas cristianas.

Juzgamos innecesario tratar ahora del origen y formación de nuestra lengua romance; sólo diremos que aquel latín degenerado, con el que se mezclaron desde los primeros tiempos de la restauración palabras extrañas, fué cediendo su lu-

gar á voces de uso nuevo, perdiendo aquél sus caracteres gramaticales.

Á mediados del siglo XII ya existía un idioma nacional que no era el latín, como puede verse por multitud de documentos de aquella época. Aquel lapso de tiempo fué la verdadera fermentación del idioma vulgar; pero á la entrada del siglo XIII aparece ya ataviado con las galas de una regular estructura. Fernando III, haciéndose fiel intérprete de la opinión pública, declara oficial el idioma del vulgo, cuya medida significa la sanción que la autoridad real imprimía en lo que estaba encarnado en las costumbres populares y hasta había sido prohijado, digámoslo así, por los eruditos. De día en día fué enriqueciéndose la lengua vulgar y cobrando nueva flexibilidad y soltura, al mismo tiempo que se fijaba y adquiría mayor estima entre los eruditos. Vistiendo este nuevo ropaje la poesía y prosa castellanas, adquieren un prodigioso desarrollo en la décimotercia centuria, y se aprestaban para entrar en más anchurosos senderos, guiadas por el egregio Príncipe á quien la historia ha inmortalizado con el nombre de Sabio.

Los primeros monumentos literarios escritos en idioma vulgar revelan los dos sentimientos característicos de la época, y arma de todas las empresas que hacen de la Reconquista un glorioso poema: la idea religiosa y la política, Dios y patria es el grito lanzado en los combates, el resorte que mueve á los cristianos á la pelea, la égida de todas sus hazañas.

La poesía religiosa y la poesía heroica son el reflejo de la opinión hasta los comienzos del siglo XIII: la primera se nutre de las creencias populares inspiradas en las piadosas leyendas eclesiásticas; la segunda se alimenta con las proezas de los guerreros. El *Libro de los Reys d' Orient*, el *Poema de los Reyes Magos* y la *Vida de Madona Santa María Egipçiaqua* son las manifestaciones de la inspiración religiosa; la *Leyenda de las mocedades de Rodrigo* y el *Poema de Mio Cid* lo son del espíritu guerrero y caballeresco. En estos poemas, cuyos medios artísticos son toscos, groseros y desaliñados, vemos todos los gérmenes políticos que debían lograr más tarde completo desarrollo.

Frutos espontáneos del nuevo carácter que la poesía presenta á principios del siglo XIII, en armonía con la transformación política, social y material que se ha operado en la sociedad cristiana, son los poemas de Gonzalo de Berceo. Sus escritos, así como los *Poemas de Apollonio, Alexandre, Ferrán González y Yusuf*, son la prueba más patente del nuevo sello que imprimió á las manifestaciones del espíritu el movimiento extraordinario de la civilización española á fines del siglo XII.

Hermanada con la poesía popular se muestra la Historia, aspirando á consignar en la lengua de los doctos los triunfos de la Reconquista.

La *Historia compostelana* y la *Crónica de Alfonso VII* ya no son aquellos secos y descarnados cronicones de los primeros tiempos de la restauración. En tanto que los autores latino-eclesiásticos trabajaban por transmitir á la posteridad los hechos memorables, era llegado el momento de confiar al lenguaje del vulgo el depósito de sus narraciones. Ruda, pobre é inarticulada al principio, fijando sin orden y enlace y en cláusulas breves los hechos que iban acaeciendo, aparece en los *Santorales, Necrologios, Cartularios*. Después se presenta más ordenada y uniforme, sometida á un sistema cronológico y enlazados los sucesos con los de otras edades; esta forma recibe el nombre de *Anales*, en los que es inútil buscar gala alguna de lenguaje, ni menos belleza de dicción ni de estilo (1).

Alternando con éstos se ejercitaba la Historia en otro linaje de ensayos, y son las narraciones parciales de alguna conquista ó señalada victoria, ó bien las genealogías de los reyes y héroes. Estos trabajos inspiran cierto interés literario y señalan un verdadero progreso en el cultivo de la prosa; la literatura latino-eclesiástica influyó notablemente en este género, encontrando los cultivadores de la lengua romance dignos modelos que imitar. Entre éstos figuran en primera línea don Lucas de Tuy y el Arzobispo D. Rodrigo; no hay que buscar en ellos el espíritu crítico y filosófico; mas, sin embargo,

(1) Amador de los Ríos, *Historia crítica de la Literatura española*.

ofrecen un adelanto notable en esta rama del saber, apartándose de la aridez y desaliño de los cronicones y dando á las historias un carácter general.

Fernando III, aspirando á dar autoridad al habla de la muchedumbre, no sólo manda traducir, como hemos indicado, al idioma vulgar el Fuero Juzgo, sino que, protector de los varones distinguidos por su ciencia, logra que el naciente lenguaje sirviera para formular máximas y sentencias filosófico-políticas, tal se muestra en los libros de *Los doce sabios* y *Flores de Philosophia*.

Considerables son, pues, las conquistas que la poesía y prosa castellanas hicieron en los cinco primeros lustros del siglo XIII. En los venturosos días de Fernando III es cuando se opera la primera transformación de la poesía escrita; en é adquiere vitalidad la prosa castellana. Tan feliz reinado es la síntesis del desarrollo literario de la época anterior, el que refleja la unidad de la civilización que se ha desplegado en Castilla desde el siglo XI, en armonía con el desarrollo político y social, y en fin, el ciclo histórico que, abriendo nuevos horizontes á la cultura española, hace vislumbrar los resplandores que han de iluminar las ciencias y letras en el reinado subsiguiente.

V

Durante el primer período de la Reconquista la condición material de Castilla fué pobre y miserable á consecuencia del continuo estado de guerra, la poca seguridad de las poblaciones, las frecuentes algaradas de los musulmanes y la esterilidad de los lugares habitados por los cristianos. La población agrícola fué en dicha época casi esclava, y no gozó de ninguna garantía personal ni real; pero semejante estado fué desapareciendo desde principio del siglo XI. La conquista de ciudades importantes y de territorios extensos y fértiles hace aumentar las riquezas, población y seguridad de los países; las concesiones forales que se seguían á la conquista influyeron notablemente para mejorar la condición material de la sociedad cristiana, fomentando la agricultura, industria y

comercio. Á la sombra de tales franquicias y de la seguridad de las personas y propiedades no sólo se agrupó la población en las villas y ciudades aforadas, sino que los moradores de pueblos de señorío abandonaron éstos para fijarse en aquéllos. De esta manera la Monarquía ensanchó su poder; la acumulación de propiedades de la Iglesia y de los nobles quedó limitada, y combatida la prepotencia feudal; el estado llano salió de su abatimiento, comenzando á dedicarse con afán al fomento de aquellas fuentes de la pública riqueza; añádanse á esto los esfuerzos de la Iglesia cristiana para contener las violencias de aquellos tiempos y los decretos de los Concilios amparando los intereses materiales, y se comprenderá cuánto pudo influir en el mejoramiento de la condición material de los pueblos.

La continua comunicación de los cristianos con los árabes por efecto de la conquista hizo extender los conocimientos agrícolas é influyó en la mejora del cultivo, ocupando un lugar preferente la ganadería.

El desarrollo de la industria y el comercio no desmereció lo más mínimo del acrecentamiento de la agricultura. El aumento de población en las villas y ciudades aforadas ofreció más medios de cambio, creció considerablemente el consumo y dió lugar á que la industria se desarrollase, influyendo no poco en ello las ordenanzas gremiales; la formación de grandes centros y la mayor seguridad individual, unido á la política liberal de los Monarcas, multiplicaron las ferias y mercados, los cuales fueron el principal estímulo y apoyo de la industria y del comercio. El desarrollo de éste se debió á las mismas causas que favorecieron aquélla, aun cuando nace y se propaga bajo el sistema más restrictivo, lo cual se explica perfectamente por las circunstancias especiales de los pueblos en que se encontraba el reino castellano.

VI

Resumamos. Analizando la organización política, la legislación, cultura intelectual y desarrollo material de Castilla durante la centuria que abarca los reinados de Alfonso VIII y

Fernando III, no puede menos de observarse una fisonomía especial que la separa de los siglos anteriores. En el siglo XIII quedan asentadas las bases sobre que ha de descansar la Monarquía española; todas las fuerzas sociales que encarnan en la vida política han tenido su desenvolvimiento, se han formado aisladamente para fundirse más tarde; esta tendencia de conciliación es el carácter determinante del nuevo período que se inaugura con el siglo XIII. En todos los puntos de vista que hay que considerar en la vida interna de una nación, en los diferentes aspectos que nos ofrece el organismo social y manifiestan la actividad de los pueblos, aparece un propósito de centralización, de unidad y armonía de fuerzas.

Los Monarcas tenían una idea elevada de su autoridad y sus personas inspiraban respetos y prestigio al pueblo; la debilidad de algunos sucesores de San Fernando y los desdenes de sus reinados son hechos concretos é independientes que en nada contrarían aquel acontecimiento general. La autoridad real había adquirido su verdadero carácter, ya se la considere como depositaria y tutora del orden público, de la justicia general, del interés común, ó como una gran magistratura, centro y vínculo de la sociedad; así es que todas las fuerzas sociales se presentarán desde ahora en segunda línea, como sombras confundidas por la relación de dos grandes entidades: el poder público y el país. Ésta es la gran unidad que empieza á bosquejarse en el siglo XIII; esta tendencia á la unidad se observa en el sistema político, en la legislación, administración de justicia, etc., es decir, en las diversas funciones que integran la economía social de un Estado.

Tiene Castilla una lengua y literatura nacional. El idioma se fué formando—á semejanza de un río que se acaudala con los manantiales que recoge durante su curso—merced á las diversas influencias de las gentes ó razas que, á trueque de dominar la Península, depositan gérmenes de cultura con los cuales se va enriqueciendo nuestra civilización. Fruto de contrarios elementos y animada por el genio de todos, aparece, no obstante, nuestra lengua en el siglo XIII con su genialidad propia y con todos los caracteres de una lengua nacional. La literatura, inspirándose primero en las creencias populares y

en los sentimientos de actualidad, sólo tuvo por norma de sus cantares la vida real del pueblo; después ya no se contenta con sus propios recursos, y anhelando ensanchar las esferas de su vitalidad, si bien perdió su primitivo vigor, ganó en perfección externa y fué haciéndose verdaderamente cosmopolita.

Los elementos que nutren la vida material de los pueblos también han evidenciado que el desenvolvimiento material de Castilla en esta época corre parejas con el progreso político é intelectual.

En una palabra, la vida política y social, el desarrollo intelectual y material de la corona de Castilla, núcleo de la España cristiana en la Edad Media, patentizan que en el siglo XIII quedan delineados los trazos del grandioso edificio de la Monarquía española. Desde ahcra se abren nuevos horizontes á la civilización cristiana, se extiende considerablemente su esfera de acción, entra en más anchurosas vías y preludia la nacionalidad española, fruto y coronamiento de la compleja labor de los tiempos medioevales y magnífico legado que recibe la Edad Moderna.

TEODORO DE SAN ROMÁN,

Catedrático y Director del Instituto de Toledo.

LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

Cada vez que el Palacio de Exposiciones abre sus puertas para hacer una manifestación del movimiento que en nuestra patria tienen las artes plásticas, óyense entre los visitantes censuras acerbas, juicios violentos y destempladas sátiras contra cuadros; pintores y procedimientos. Y he hecho la observación de que estos modernos Zoilos que en tales exageraciones incurren forman dos grupos: uno compuesto de jóvenes de no muy completa cultura artística, y desde luego con absoluta carencia de estudios del natural, y otro de ancianos descontentadizos, apegados á la tradición y á los convencionalismos y exclusivismos de escuela. Si de buena fe discurren, comprenderán su error, los primeros, contemplando, con el cuidado que emplea el artista en contemplarlos, una cabeza iluminada por el sol, un paisaje bañado de luz, rocas, árboles, piedras, envueltos en la indecisa claridad del alba ó en las últimas tintas de una sombría tarde de otoño, y descubrirán los colores raros, y encontrarán los matices extraños que han creído hijos de la fantasía del artista cuando en el lienzo los han visto.

Y respecto de los del otro grupo, no se olvide que ya en tiempos de Horacio eran los ancianos alabadores del *pasado*, que, «á nuestro parecer, cualquiera tiempo pasado fué mejor», y se tendrá la clave de sus censuras. Recuerdan aquellas exposiciones del solar de las Vallecas, que trae á su memoria los nombres de Gisbert, Casado y Mercadé; del Palacio de Indo con Rosales, Domingo, Pradilla, Ferrant y Urgel; el de exposiciones del Retiro con Luna, Vera, Moreno Carbonero y Muñoz Degrain; pasan por su memoria *Los Comuneros*, *El entierro de San Francisco*, *La campana de Huesca*, *El testamento de Isabel la Católica*, *La muerte de Lucrecia*, *D.^a Juana la Loca*, *El último día de Numancia*, *Spoliarium*, *Entierro de San*

Sebastián; asocian á aquellos recuerdos los de peregrinas hermosuras, ajadas hoy por los años, los de amistades fraternales que ha desatado la muerte, los de risueñas esperanzas que se desvanecieron como el humo, los de halagadoras ilusiones que se han trocado en desengaños, y sin reparar que las nieblas están ya dentro de sí y no en la atmósfera, niegan sistemáticamente todo progreso y golpean el suelo con nerviosa pisada, creyendo que todo movimiento ha cesado en la tierra. *E pur si muove*. Prescindan, si pueden, de aquellos recuerdos; olviden por un momento tales impresiones; vean, sin prejuicios semejantes, la actual Exposición, y convendrán con nosotros, que respetamos mucho sus méritos, su valer y su experiencia, en que la cultura artística es hoy en España mayor que hace treinta años y mucho más extensa y difundida que en toda la centuria que acaba de expirar.

La educación artística de nuestros padres es bastante diferente de la que nosotros hemos recibido. Predominaba en las obras de ellos la diafanidad de tintas, el desvanecido en el color, y buscaban siempre las dificultades de factura en el dibujo, que era siempre expresión de los diferentes estados psíquicos del personaje. Hoy la pincelada dura, el efecto, es lo predominante en las obras maestras y las dificultades búscalas el artista en los efectos de luz. No es, pues, puro capricho de nuestros modernos artistas dar á las obras pictóricas estos tonos vigorosos, no son éstos producto de calenturientos cerebros, como algunos creen: es imitación de la naturaleza iluminada por la luz del sol.

Ahora bien, de estas dos tendencias, ¿cuál es la que está equivocada? No soy exclusivista; respeto, admiro, venero, rindo ferviente culto á las obras de Murillo y de Velázquez, de Ribera y de Fra-Angélico; pero pido á mi vez consideración y respeto para las obras de los llamados modernistas.

La cuadratura del círculo, el movimiento continuo, la piedra filosofal, se han tenido siempre, y hoy se tienen, como problemas de imposible resolución; á estos problemas añadiría yo otro: una definición de arte con la que todos estuviésemos conformes. Cousin, Rigault, Littré, Proudhon, Taine y

muchos más la han dado, todas muy diferentes y todas y cada una de ellas deficientes para muchos.

Pues si las obras pictóricas son producto del arte, si éste es eminentemente subjetivo, si del arte tenemos todos una noción propia y distinta de la de todos los demás, ¿hay alguien que pretenda ser tan exclusivista que porque él no comprenda ó no quiera comprender las magnificencias de unas cuantas pinceladas despoje al todo de arte? Porque téngase en cuenta que la mayor parte de los detractores del modernismo dicen que éste no es artístico, que es producto de enfermos cerebros y que, por lo tanto, frutos de tales árboles no pueden ser buenos.

Dije antes que los artistas modernos buscan las dificultades en los efectos de luz. Á esto me dicen los que á la tendencia moderna tienen horror profundo que el público en general prefiere los asuntos bellos, agradables, á los dificultosos. Contra el gusto del público no puede irse, claro es, y el que compra un cuadro, lo compra indiscutiblemente porque le gusta.

Si el artista acude á un concurso con el fin de vender la obra ú obras que en él presente, buen cuidado tendrá de que sus producciones sean de *público*, sean *vendibles*; pero si va á una exposición con la pretensión de adquirir una recompensa en buena lid, de hacer que su nombre se admire, si va con la intención de recibir ejecutoria de maestro, presentará obras dificultosas, atrevidos escorzos, efectos de luz, cabezas vigorosas, bruscos contrastes de tintas y matices.

Reconozco, como no puede por menos de reconocer todo el que en su mano ha sostenido una paleta, que las dificultades que al artista se le presentan para trasportar al lienzo lo que en su imaginación ó en la naturaleza ve son muy grandes: son obras del Criador, y pretender igualarlas fuera pretensión ridícula, intentar imitarlas ofrece dificultades sin cuento. El reflejo en una cabeza de las afecciones y afectos psíquicos del personaje, la interpretación artística de un asunto fantástico, la copia de un cielo nubarroso, de un mar embravecido, de unos reflejos de luna, de unos rayos de sol... todo tiene dificultades sin cuento, y por eso no quito importancia á ninguno

de los intérpretes de estos asuntos, como se la quitan á los modernistas sus detractores.

Y como en España los que al arte consagran sus entusiasmos se presentan en los concursos con el ideal de una recompensa, con el fin de abrirse lugar en esa lista interminable de pintores y escultores que, nacidos en España, son honra de ella y admiración del mundo, de ahí que en las exposiciones predominen las dificultades; se han entusiasmado hoy nuestros pintores de la luz del sol, del sol de España, y á la Exposición concurre la mayoría con cuadros de luz; pero repito que son tan meritorios los que, sin interpretar efectos de luz, llevan cuadros en los que las dificultades están en otros secretos. Y como de todos ellos voy á ocuparme, y como no quiero establecer divisiones de asunto, estilo, etc., que con facilidad conducen al que las hace por senderos en los cuales él no hubiera querido meterse, seguiré un orden completamente arbitrario.

*
* *

Sorolla, uno de los más ilustres representantes de la tendencia moderna, haciendo alarde de su actividad pasmosa, presenta en esta Exposición una buena colección de cuadros, cuyo detenido examen abarcaría muchas cuartillas.

¡Triste herencia! se ve entre ellos, cuadro al que críticos de fama universal han prodigado muchas alabanzas, que admiró el público asistente á la Exposición de París última, y que, por ser muy conocido del público, no me he de ocupar de él.

Entre los que Sorolla nos presenta en el actual concurso, hay uno, retrato de la familia del artista, viéndose á éste en un espejo del fondo. Cuadro de gran ambiente y de notable composición. Presenta además un lienzo bastante grande que representa una cama, sobre cuyas almohadas descansan dormitando las cabezas de una mujer y de un pequeñuelo recién venido al mundo. Las grandes dificultades técnicas que este cuadro aporta consigo, Sorolla ha conseguido vencerlas con gran lucimiento. Al lado de *¡Triste herencia!* se ve un estudio

de luz de gran efecto. Son dignos también de todo encomio el retrato de la señora del ilustre artista valenciano, el de la Condesa de Vistahermosa y el del ex Presidente del Congreso D. Raimundo F. Villaverde, un magistral estudio de niños bañándose y una marina bañada de luz. La labor de Joaquín Sorolla, uno de los pintores que con más gloria han sostenido en el extranjero la fama á que la pintura española estaba acostumbrada, es gigantesca. La facilidad de ejecución, la composición, la precisión de las tintas, los contrastes del efecto, aparecen en los cuadros de Sorolla como quizás no apareció en otros cuyos nombres son imperecederos.

Santamaría trae á este concurso un cuadro de gran tamaño titulado *La resurrección de la carne* é inspirado en uno de los versículos del Apocalipsis. Representa un grupo de figuras saliendo de las aguas del mar que los entrega al Creador el día del juicio. Un ángel tocando la trompeta cruza el cielo y en la parte derecha del horizonte divísanse las llamaradas que produce la tierra incendiada y cuyas luces se reflejan en el mar y en los contornos de los resucitados. Estos reflejos son los que, á nuestro juicio, ha trazado mejor Santamaría. Se podía haber sacado mucho más partido del asunto si el sentimiento religioso hubiese estado en esta época tan arraigado como en otras del arte español. Aparte de que para que el cuadro de Santamaría hubiese sido de indiscutible éxito habría que haber hecho una de las cosas más difíciles para el artista: combinar el idealismo con el naturalismo, escuelas equidistantes y de las que tenía que haber participado *La resurrección de la carne*. Mas prescinde de la idealista y por eso la figura del ángel es muy diferente á la que la generalidad tenemos trazada en nuestra imaginación: el ángel que allí ha pintado Santamaría es muy humano.

En la sala quinta, en la pared enfrente á la que está la puerta de entrada, hay un cuadro de pequeñas dimensiones que es de los más celebrados por el público y los inteligentes. Es original del popular dibujante García Ramos, y titúlase *¡Sálvese el que pueda!* Representa el Rosario de la Aurora en el siglo XVII, interrumpido por la presencia de un fiero cornúpeto que perseguido por dos garrochistas se divisa en el

fondo de una callejuela afluyente al lugar por donde atraviesa la procesión. Muy bien dibujado (como de García Ramos), muy bien interpretadas las expresiones de miedo de los dispersos humanos, perfectamente compuesto y de colorido fino.

Con el núm. 495 del Catálogo está marcado un *Efecto de luna*, de Guillermo Gómez Gil. Si el autor no tuviese ya creada una reputación artística, daríasele de sobra este cuadro. Un trozo pequeño de playa, dos inmensidades de mar y de cielo, en éste la luna llena reflejando sus dorados rayos en el agua y en la mojada arena, y nada más: ni la consabida gaviota ni la no menos consabida barquichuela, ni ningún detalle que distraiga de lo principal la mirada del espectador, que le robe la atención del cuadro. Y así observará, á los pocos momentos de contemplación, que la ola del centro, diáfana y trasparente, corre hacia la playa, que cabrillea el reflejo de la luna, que se mueven los ligeros nubarrones de aquel cielo. Feliz la idea del contraste, muy hábil el desarrollo, vencidas con gran arte las grandes dificultades de factura, el joven maestro malagueño ha triunfado.

Antonio Fillol trae á esta Exposición un cuadro titulado *Los amigos de Jesús*. En el interior de una cabaña de pescadores hay varias figuras, y la de Jesús se ve entrando por la puerta del fondo, tal vez á prodigar sus consuelos á aquellos pobres trabajadores del mar. Ilumina la acción la luz solar que por la puerta tiene entrada. Este cuadro denota en su autor un pequeño retroceso con relación á otros que en pasados concursos nos presentó Fillol. Está poco estudiado el efecto de luz, lo que da muchos tonos convencionales, un poco flojo de composición y sobre todo de dibujo, y poco sentido. Á Fillol se le puede exigir más, pues tiene demostrado que sabe pintar como pocos. Presenta además un retrato del popular escritor Blasco Ibáñez, muy ingeniosamente compuesto y correctamente ejecutado.

En Estanona, pueblecillo de las inmediaciones de Vitoria, pintaba Ignacio Díaz, hará dos años, un cuadro que fué premiado con medalla de plata en la última Exposición, y en ese mismo pueblecillo ha pintado Díaz el cuadro que en la de este

año presenta. Titúlase *La trilla en Álava*, título que ahorra toda descripción. Cuadro muy fresco de color, muy bien pensado y, sobre todo, muy bien compuesto; atacadas con valentía y éxito las dificultades del tono amarillo de las mieses bañadas de luz y denotando los grandes progresos del joven maestro vitoriano.

Un muchacho que apenas cuenta diez y ocho años de edad, López Mezquita, es el autor de *Rueda de presos*, cuadro que llama la atención de todo visitante. Como su título indica, es una conducción de presos custodiados por la Guardia civil, atravesando por una plaza de la que se divisan en el fondo luces, escaparates, figuras... otro mundo más alegre del que se observa en las figuras del primer término. Entre éstas se destacan un hombre cuya vejez, acelerada, tal vez, por su vida penal, hácele mirar al suelo más de lo que él quisiera; un muchachuelo que por su aspecto comienza los azares de la vida criminal, y un obrero que por debajo de la manta con que se cubre enseña la blusa del trabajo. Caminan todos entre dos números de la Guardia civil y por un pavimento encharcado, en el que se reflejan los tintes de los conducidos. Otro cuadro que López Mezquita presenta titúlase *La siesta*, y de un efecto completamente contrario á *Rueda de presos*. La acción de éste se desarrolla en las primeras horas de la noche; la de aquél en pleno día. Representa á un obrero durmiendo á la sombra de una empalizada; ésta, no construída muy perfectamente, deja entre las tablas que la forman unas estriás por donde entra la luz del sol. Si el autor de estas dos obras prosigue por el camino que comienza, podemos de él esperar mucho. Son ambos cuadros dignos de un pintor ya formado, de un hombre que siente prodigiosamente el arte y que expresa esos sentimientos con habilidad suma: la soltura que en estos cuadros se observa, la entonación y el efecto denotan á las claras que el que tal hizo es un pintor. El joven artista es pensionado de S. A. la Infanta Isabel y discípulo de Cecilio Pla.

La vendimia en los viñedos de Jerez es el título del cuadro de Viniegra. Está compuesto de unas cuantas figuras de tamaño natural recogiendo el fruto, y otras que por una vereda

que se ve á la izquierda del espectador conducen los racimos á un lagar que se divisa en el último término. Si la frasecilla no estuviese ya tan prodigada en crónicas de esta índole, me atrevería á decir que Viniegra robó al sol algunos de sus potentes rayos para dirigirlos sobre *La vendimia*; pues únicamente así se concibe que haya dado tanta luz á aquella obra. Rostros tostados por el ardiente sol del Mediodía, verdosos campos, lejanos horizontes, diáfano y despejado cielo; detalles que acumulan una serie de dificultades grandes que sólo un maestro las vence: Viniegra las ha vencido con facilidad.

Con el núm. 330 del Catálogo está señalado un cuadro de gran tamaño, debido al pincel del celebrado paisajista don Juan Espina. Reproduce fielmente un paisaje nevado del Guadarrama, tomado en Torrelodones. Si Espina no nos hubiese demostrado en muchas ocasiones que pinta como pocos los paisajes de la vecina sierra, no hubiese estado aquí demás dedicar unas cuantas líneas en su elogio; pero se las prodigaron muchos críticos y en muchas ocasiones: nosotros sólo nos limitamos á aplaudirle.

FEDERICO BUESA.

(Continuará.)

EL TEATRO DE SCHILLER ⁽¹⁾

4. Conocemos ahora al Wallenstein histórico, nos hemos familiarizado con el carácter auténtico del terrible caudillo, «ídolo del campamento, sostén y terror de su soberano», héroe de la grandiosa concepción dramática del poeta. Trasladado por entero, tal como era, á la representación escénica, Friedland no hubiera satisfecho todas las condiciones estéticas exigidas por el arte trágico: se imponían algunas modificaciones esenciales.

Schiller, con su profundo sentido artístico, comprendió la repulsiva frialdad que producía la escueta y egoísta ambición, unida al sentimiento de venganza (por la afrenta recibida en Ratisbona) del personaje de la historia. Sobre estos aspectos extendió cierta sombra atenuante con el relieve que dió á otro rasgo que figura en el carácter auténtico de su protagonista, ó sea su natural incertidumbre, que el poeta racionalmente deriva, en parte, del orgullo vanidoso de Wallenstein y de la confianza en su propia fuerza. Experimentaba un placer sombrío al contemplar su poder casi omnímodo, su facultad de perjudicar al emperador si quería; le embriagaba el sentimiento de su fuerza, era para él voluptuosa satisfacción mostrar á Questemberg, el delegado imperial, cómo la suerte del trono descansaba en su mano y dependía exclusivamente de su voluntad. Había preparado todo para la rebelión, pero no se resolvía á dar el golpe decisivo; negociaba con el enemigo, mas se conservaba el camino abierto, no comprometiéndose á nada y no entregando escrito alguno de su mano. Sólo cuando Piccolomini (en la historia Gallas y Piccolomini) le hubo enteramente envuelto

(1) Véase la pág. 184 de este tomo.

en la red de sospechosas y socavado á sus pies el terreno que creía seguro é inatacable, después que su negociador hubo sido hecho prisionero, es cuando, no pudiendo retroceder y volver al emperador, se determinó á dar el paso á que quizá nunca se hubiera resuelto, y, con el sentimiento de que esa alianza, indispensable ahora para su propia conservación, era su desgracia, se unió á los suecos.

Schiller, además, idealizó su protagonista, prestándole facultades de sensibilidad, sentimientos de afecto desconocidos en el modelo original. Cosa extraordinaria, pero presentada con perfecta verosimilitud por el arte exquisito del poeta, aquel hombre frío y profundamente realista se sintió presa de una extraña é irresistible simpatía por Max Piccolomini, joven de corazón puro é idealista, cuya alma noble y luminosa contrastaba singularmente con los tortuosos antros del alma del temido jefe.

Con todo esto, sin embargo, el atentado de Wallenstein dependía aún demasiado directamente de su voluntad para que su autor fuera bastante digno de figurar como héroe de una tragedia. Ciertamente es que la razón enseña, según dice Emilio Pallaske, que «en la mala voluntad reside la verdadera culpa (der boese Wille ist die wahre Schuld), y que el acto es la consecuencia inevitable y el castigo de la mala voluntad». El poeta, como inteligencia, es representante de la razón y no puede, por tanto, eximir á su héroe de la responsabilidad de sus actos; pero, como artista, es representante de la naturaleza y, como tal, puede y debe buscar todos los medios de defender á su héroe, de atenuar sus faltas, haciendo mayormente responsables de su culpa á agentes á cuya influencia inmediata no puede sustraerse el protagonista por hallarse su voluntad sometida á esa especie de fatalidad, á ese actor invisible, más grande y más poderoso que él, que determina sus actos y le traza su destino.

El principal de estos agentes era la ciega creencia de Wallenstein en la intervención directa de las estrellas (1), con

(1) «El arte... ve al hombre arrastrado por el movimiento impetuoso de la vida y atribuye á los astros funestos la mayor parte de su culpa». (Prólogo al *Campamento de Wallenstein*).

cuya misteriosa y potente naturaleza consideraba la suya propia en subordinada y preclara relación; dócil, aguardaba y obedecía sus imaginarias indicaciones; hijo de los astros, su insaciable ambición sólo concebía recibir de ellos una corona de poder, de grandeza y de gloria, en cuyas ilusiones le sostenía y alentaba su excepcional autoridad, la veneración que por él tenían sus tropas, la ocasión que se presentaba insinuante y tentadora. Pero hé aquí que su mala estrella le encadenó á Octavio Piccolomini, su traidor (del que había hecho su amigo y confidente por haber nacido bajo la misma constelación que él), y le colocó de pronto en una situación precaria y peligrosa, que le llevó, que le arrastró, á pesar suyo, á la traición y á la muerte.

La superstición, las circunstancias, los acontecimientos políticos, de los que Wallenstein era el centro; se ciñeron, pues, como fatal diadema, á las sienes del ambicioso aventurero y determinaron su caída. Pero «el inconveniente de esta fatalidad histórica está, según dice Demogeot, en que no podía colocarse con una palabra al principio del drama, como la fatalidad del teatro griego, á la que basta una predicción, un oráculo. Aquí era preciso exponerla largamente, explicarla por los hechos, por la acción. De ahí la gran extensión de los preliminares que obligó al poeta á dividir su obra en tres partes.»

5. El héroe de la trilogía es, por sus prendas personales y su posición de generalísimo con carácter dictatorial, un héroe muy particular, único en su género, que requiere ser presentado y estudiado directa é indirectamente, por el mismo y por los instrumentos de su voluntad, para observarlo en todas sus fases y penetrar á fondo aquella extraña y osada naturaleza. Antes de hallarnos en presencia del enigmático caudillo, del general silencioso, omnipotente y adorado de sus guerreros, nos interesará ver un cuadro de la vida del campamento, mezclarnos con los soldados, oír de su boca lo que piensan de su jefe, pasar revista las heterogéneas y valerosas bandas del Duque de Friedland. Al poeta debemos ese pintoresco panorama, cuyas escenas íntimas revelan la fuerza y prestigio del caudillo que doma á aquella solda-

desca abigarrada, aventurera é indisciplinada. Schiller comprendió que el mejor modo de darnos á conocer á Wallenstein como General era por su propio ejército, ya que «la masa de los soldados es la que da en la batalla el golpe decisivo y, sobre todo, porque en la fidelidad de esos soldados se fundaba el éxito del atentado que constituye el núcleo de la obra» (1). Á esta consideración debe la luz el notable Prólogo ó Campamento de Wallenstein, cuya concepción califica Goethe de «excelente idea».

En el prólogo respiramos aquel ambiente característico de la época, penetramos en el corazón mismo de aquellas costumbres consagradas por largos años de lucha, en aquella sociedad turbulenta y guerrera que, orgullosa de su espada, desprecia y oprime la clase trabajadora y pacífica (2), raza de aventureros que acuden de los cuatro puntos cardinales á probar fortuna bajo la bandera de un jefe victorioso (3), gente que pasa su vida peleando y recluta en parte sus filas con la juventud nacida de las mujeres que siguen al ejército en sus azares y viven en el campamento (4). Y, para terminar el cuadro, surge oportunamente la típica figura del predicador popular de aquellos tiempos que, en forma ingeniosamente trivial y cómica, arenga á los impíos soldados y concluye por tratar de soliviantarlos contra el «soberbio Nebucadnezar» que los guía, según la misión que ha recibido de los enemigos de Wallenstein (5).

Aquí no surge la acción dramática; los soldados conversan libremente entre sí, y en sus diálogos observamos, según lo ha hecho notar ya Carlyle, como cada uno viene á ser el reflejo del jefe de su regimiento. En medio de lo animado de la escena, reina sobre el conjunto cierto fondo de seriedad, peculiar al carácter germánico, y aquilatado aún por las presentes circunstancias que hacen sospechar á los guerreros que se hallan en vísperas de importantes acontecimien-

(1) Pallaske, lib. IX, cap. VII, pág. 281.

(2) Ved escenas I y X.

(3) Idem XI.

(4) Idem V.

(5) Ved escena VIII. Schiller se inspiró para su sermón del capuchino en los sermones del padre Abraham á Sancta Clara, libro que le mandó Goethe.

tos (2), y les llevan á discutir y concertarse sobre su norma de conducta. Se enteran (11) de que Fernando II ha dado al General la orden de ceder 8.000 jinetes al Cardenal-Infante para su expedición contra los Países Bajos... «Sólo combatirán á las órdenes de Wallenstein, que los ha alistado, y bajo la bandera del Emperador, á quien únicamente han vendido su sangre». Además, ven en esta intimación una trama para debilitar al poderoso duque, cuya autoridad despertaba recelos en la corte y, en consecuencia, resuelven que cada regimiento habrá de presentar un manifiesto escrito, expresando el común deseo de quedar todos los regimientos reunidos y declarando que «ni fuerza ni engaño los separará de Wallenstein, que era un padre para el soldado».

6. Introducida de tal suerte la acción dramática por el original é insustituible Prólogo, se abre la segunda parte, ó sea los *Piccolomini*, que constituyen el drama de la trilogía, mientras que *La Muerte de Wallenstein* es, con su sangriento desenlace, la tragedia de la misma. En los *Piccolomini* vemos amontonarse los negros fatídicos nubarrones que habrán de descargar sobre la cabeza del soberbio caudillo: se conjuran los acontecimientos, se forja la fatalidad que habrá de derrumbar su quimera y precipitarle en el abismo á que, temerario, se asomó. Los *Piccolomini* pertenecen, pues, aún, á la acción preparatoria, al paso que en *La Muerte de Wallenstein*, como dice Goethe, «el mundo donde pasa la acción está planteado. Se conocen las reglas según las cuales se le ha de juzgar, y el torrente de las pasiones se precipita al través de un cauce trazado de antemano... Si en los *Piccolomini* uno contempla y se interesa, en *Wallenstein* se siente irresistiblemente arrastrado» (cartas del 9 y 13-3-1799).

Una exposición del argumento sería prolija é injustificada: la historia da el drama. Me limitaré, por tanto, á hacer un estudio sucinto del carácter de los principales personajes.

Wallenstein quedó oportunamente dibujado en el párrafo 4.º: no volveré, pues, á insistir acerca de este personaje. En cuanto á los demás, partiendo de los dos embajadores, el

delegado imperial Questemberg y el negociante de Oxens-tirna, el coronel Wrangel, vemos en el primero el verdadero tipo del embajador, el hombre firme pero prudente (*Piccolomini* I, 2); es fiel servidor de Fernando II, más se muestra imparcial en el desempeño de su misión, empezando por ensalzar las hazañas y los importantes servicios prestados por el duque, antes de censurarle y dirigirle los cargos que merecían su inacción y su consideración para con el enemigo después de la batalla de Lutzen (*Piccolomini*, II, 7). Por lo que al suceso se refiere, encontramos en él un hombre recto, pundonoroso, hábil y tenaz (*Wallenstein*, I, 5).

Fijándonos ahora en los individuos que rodean al general, nuestra mirada escrutadora cae sobre las distintas fisonomías de los cómplices de Wallenstein, Illo y Terzky, ambiciosos que no reparan en los medios para llegar á sus fines, celosos agentes de Friedland, sus genios funestos, que le incitan á la traición y se exasperan de sus escrúpulos; Illo, más impetuoso é imprudente que Terzky; éste, un esclavo inteligente y locuaz. Y á Buttler, el asesino de Wallenstein, aquel valiente soldado de fortuna que ascendió por sus méritos al grado de brigadier, ¿qué le movió á poner mano en su jefe y bienhechor, declarado fuera de la ley? La escena 6.^a del acto II de *Wallenstein* lo explica: en la historia, Wallenstein infiere á Buttler aquella mortificación respecto del título de conde, sin consecuencia alguna, pero el poeta aprovecha con oportunidad ese incidente: el general especula sobre el deseo de venganza del irlandés, con el fin de asegurarse su fidelidad, y esa misma venganza se vuelve contra él. «Buttler es, según la frase de Emilio Palleske, fatalista, cuando se trata del crimen, y alardea de su voluntad, cuando su orgullo se halla ofendido.»

Un grupo aún nos queda por analizar: Octavio Piccolomini, Max y Thekla, los dos últimos, encantadoras creaciones del idealismo del poeta.

El teniente general Piccolomini hace traición al amigo que ha depositado en él su confianza, pero lo hace porque el amigo es traidor al soberano, al jefe de la nación—y él que no tiene entonces otro objeto que el de salvar el Estado

atropella por todos los medios para realizar ese buen fin. «Según el concepto general, es un hombre bastante recto» (1); contesta á su hijo, que le reprocha responder á la confianza de Wallenstein con el engaño, por no haberle expresado franca y resueltamente su aversión por los planes que le descubría: «No siempre es factible en la vida conservar la pureza nativa de la infancia, como lo dicta la voz de la conciencia. En continua lucha con la malignidad, deja también el espíritu recto de permanecer sincero. En esto precisamente consiste la maldición del acto malo, en que se reproduce y siempre ha de engendrar maldad. No intrigo, cumplo con mi deber. (Es ist nicht immer moeglich, im Leben, sich so kinderrein zu halten, wie's uns die Stimme lehrt im Innersten. In steter Notwehr gegen arge List bleibt auch das redliche Gemüt nicht wahr. Das eben ist der Fluch der boasen That, dass sie fortzeugend immer Boeses muss gebaeren. Ich klügte nicht, ich thue meine Pflicht)» (Piccolomini, V, 1).

Max, sin embargo, representante de la moral estricta, no se convence: «¡El duque, dices, te abrió legalmente su corazón para un fin malo, y tú pretendes haberle engañado con un fin bueno! ¡Calla! te lo suplico.—¡No conseguirás quitarme el amigo—no me hagas, en cambio, perder al padre! ¡Oh! ¡maldito sea ese artificio político! Con él le impulsaréis todavía á dar un paso que, sí, lograréis aún hacerle culpable, porque queréis que lo sea... Mi camino ha de ser recto». Conforme á esta última declaración, va derecho á Wallenstein (Wallenstein, II, 2), y cuando, convencido por su propia boca del criminal atentado, de la inmensa desgracia, vuelve á ver á su padre (Wallenstein, II, 7), es para seguir lamentando el torcido proceder de Octavio: «¡Oh! ¡Si hubieressido veraz y recto, le dice, jamás habrían llegado las cosas á este punto, todo estaría de otro modo! No hubiera cometido lo monstruoso; los buenos hubiesen conservado imperio sobre él, no habría caído en la red de los malos...»

Wallenstein se queja amargamente á Max de la felonía de

(1) Schiller, carta del 1-3-99.

Octavio—¡que se decía su amigo! «De haber yo sido para Fernando, exclama en su cólera, lo que Octavio era para mí—nunca le habría declarado la guerra—jamás lo hubiera podido. Mi severo soberano era, únicamente, no mi amigo; el emperador no fiaba en mi fidelidad. Guerra reinaba ya entre él y yo, cuando puso el bastón de mando en mis manos; pues guerra eterna existe entre ardid y sospecha; sólo entre fe y confianza hallamos la paz» (Wallenstein, III, 18).

Schiller hace, por tanto, en parte, al general Piccolomini, moralmente responsable del atentado de Wallenstein, que, al oponerse con energía al proyecto de Friedland, habría encontrado grandes dificultades. Quizá una resistencia absoluta por parte del duque, quizá aún la muerte—es probable, aunque su relación personal con su jefe y amigo exigía de él la conducta leal que le dictaba su hijo; mas Octavio era ante todo (y con esta palabra queda caracterizada su figura entera) «un político». También á Wallenstein le hubiera sido muy difícil eliminar á un hombre de la importancia de Piccolomini—y las reconvenciones de su «hermano de constelación» ¿no habrían producido tal vez alguna impresión en el ánimo indeciso del supersticioso caudillo?

Hasta aquí, salvo Max, cuya silueta hemos entrevisto, sólo hemos encontrado figuras sombrías, las personalidades implicadas de una manera ó de otra en la tenebrosa trama. Sobre este fondo tétrico, se destacan, sin embargo, dos individualidades que brillan resplandecientes en su aureola de ingénua pureza, rectitud y encantadora idealidad: Max y Thekla son el punto luminoso del obscuro ambiente que les rodea; corazones tiernos, para amar nacidos, tienen al propio tiempo la fuerza de sacrificarse al deber antes que á la inclinación, y doblegan heroicamente la cabeza ante la cruel fatalidad que los separa;—pero si, en la tempestad de los conflictos, sus almas desgarradas llegan luego á desesperar, precipitándose Max á una muerte gloriosa, aunque suicida, seguida de la de su amada que va á morir sobre su tumba—, no pidamos al hombre esfuerzos superiores á su naturaleza y consideremos que esa misma desesperación da realidad á

aquellos caracteres ideales, nacidos del sentimiento tierno y sublime del poeta.

Al pie del mármol que recubre los restos de esos fieles y nobles corazones, quiero poner término al incompleto estudio que emprendió mi audaz é inexperto empeño, y rendir humilde homenaje al insigne dramaturgo que levantó con su soplo divino esta poderosa y solemne epopeya dramática sobre la base del imponente episodio histórico.

ENRIQUE LICKEFETT Y ENGLISH.

(Continuará).

LA ORGANIZACION DEL TRABAJO ⁽¹⁾

III

Ese estado semicaótico, anárquico, de la vida del trabajo á que hemos aludido, y cuyas tristes consecuencias han señalado tantos escritores, ha hecho sentir la necesidad de un cambio más ó menos radical, pero inmediato, que ponga término á los crecientes males. Uno de dichos escritores á quien por su gran valor científico citamos con frecuencia, Mr. Enrique Ahrens, ya escribía en su magistral tratado del *Derecho natural*, y sus palabras pueden muy bien aplicarse á la generalidad de las aspiraciones que alientan las clases obreras, y á las reformas que persiguen para mejorar las formas y condiciones del trabajo y, por consiguiente, de su precaria y dolorosa situación, que «la historia debería enseñar á todos los hombres llamados á una acción política ó legislativa la importante verdad de que la fuerza inherente á las cosas, y que no es otra que la de la cultura humana, es más poderosa que la voluntad obstinada de los hombres oponiéndose al movimiento progresivo de la sociedad»; que «una voluntad ilustrada puede, con buen deseo y en cierta medida, oponer su fuerza de resistencia á las nuevas tendencias sociales cuando todavía son vagas aspiraciones cuyo objeto, medios y consecuencias prácticas no pueden precisarse»; que «la resistencia que entonces encuentra la obliga á diseñarse mejor, á desprenderse de elementos impuros, á revelarse en su verdadero fin, de suerte que con frecuencia es exigido por un buen método de educación social del pueblo el dejar á las ideas madurarse y afirmarse por los obstáculos políticos»; y que se ha demos-

(1) Véase la página 202 de este tomo.

trado que «las tendencias no son caprichos, inspiraciones de pasiones momentáneas, sino, por el contrario, expresión de necesidades generales profundamente sentidas, siendo un deber del poder central abrirles un camino regularizado por las leyes y las instituciones».

Estas ideas, cuya exactitud es innegable, son perfectamente aplicables respecto á muchas de las soluciones propuestas acerca de más ó menos culminantes extremos del problema social, comprensivo de cuestiones de suma trascendencia que afectan á la misma existencia de los pueblos, y entre ellas, y acaso en primer término, las que se relacionan con el trabajo, con su organización ó régimen, con las relaciones entre los factores de la producción, con los medios de hacer menos dura y azarosa la vida de la inmensa masa de los proletarios, y entre éstos de los que cifran su existencia en el empleo constante de sus actividades intelectuales y físicas en la obra de la producción. La elaboración, el desenvolvimiento y el arraigo en la conciencia pública de tales ideas y de las reformas y soluciones inspiradas en ellas, han sido muy lentas, seculares, no de pocos años, respecto de algunas, y en cuanto á varias, todavía se hallan muy lejos de su término. Sin embargo, puede afirmarse que todas, más ó menos profundamente, se han compenetrado con el espíritu general de las sociedades civilizadas, y que hoy, después de tantas enseñanzas, luchas, conquistas, ensayos y fracasos, ha llegado el momento en cuanto á gran número de las expresadas reformas, de que los poderes públicos «las abran en las leyes y en las instituciones un camino regularizado», puesto que han alcanzado la madurez, han demostrado que «ya no son vagas é impremeditadas aspiraciones», y es indudable que la resistencia no sería prudente ni tendría justificación. No pocos de los particulares que comprende la organización del trabajo se hallan en este caso; otros á él se aproximan, y varios aún no pueden ser considerados sino como un ideal. Por eso en el terreno de las teorías continúan empeñadísimos los debates, sostenidos principalmente entre los que por patrocinar reformas que á causa de arrancar del régimen actual consideran ser las más hacederas y haber de producir seguros beneficios, y los que, prescin-

diendo del presente, en el que encuentran muy poco de aceptable, persiguen una organización radicalmente distinta. De algunas de estas tan encontradas opiniones vamos á ocuparnos, dejando á un lado las de aquellos que, fija la mirada en el pasado, encuentran la solución en la reconstitución de las antiguas corporaciones profesionales, y las de los utopistas que mirando, sólo hacia adelante, presentan deslumbradores cuadros de sociedades felices, pues ya lo hemos hecho extensamente.

IV

Una de las bases propuestas para la organización del trabajo, y en la que coinciden algunos economistas y socialistas, lo es la asociación de los dos agentes de la producción, capital y trabajo, cuyo desarrollo viene á constituir también uno de los sistemas no divorciados por completo del presente, á que acabamos de aludir. «La idea de esta asociación—ha dicho Mr. Paul Boilley (*De la producción industrial. Asociación del capital, del trabajo y del talento*, año 1899)—no es una de esas ideas absurdas que sorprenden por su excentricidad paradójica. La asociación como hecho está reconocida por todo el mundo, viéndosela forzosamente en la obra de los dos agentes productores. Aun cuando se quiera obstinadamente obedecer á una preocupación arraigadísima, es imposible negar la evidencia y hay que inclinarse ante los hechos; únicamente es apreciada esta asociación según que se pertenezca á tal escuela económica ó á tal secta política. Los economistas liberales reconocen francamente la unión inseparable de los dos factores de la riqueza, empeñándose vivamente en estrechar lo más posible el vínculo que les une. «El capital y el trabajo no pueden nada el uno sin el otro, y constantemente deben tender á asociarse», ha dicho Juan Bautista Say. Se ha dicho también: «El capital no es otra cosa que el trabajo anterior, materializado bajo la forma de utensilios y de primeras materias. Es tan necesario á la producción como el trabajo activo encerrado en estado latente en los músculos ó en el cerebro del trabajador, no esperando sino el momen-

to oportuno para ponerse en movimiento y pasar á su vez al estado de trabajo cristalizado en un nuevo producto.

Asentimiento completo debe prestarse en principio á las anteriores consideraciones. El capital, que con efecto no es en sí otra cosa que la acumulación del trabajo, como dice Mr. Boilley, y el trabajo, que es el único creador de aquél, deben caminar estrechamente enlazados para que puedan realizarse sus fines económicos; más aún, deben fusionarse, y tal es la tendencia que vigorosamente ha comenzado á manifestarse, para que su acción productora sea todo lo eficaz posible. De esta fusión, cuyas ventajas se consignan en las teorías socialistas y no rechazan los economistas de la moderna escuela crítica, ó cuando menos de su asociación, es indudable que habrá de resultar el término de las divergencias y aun de los choques entre ambos factores, que en lo general tanto dañan á la sociedad, y particularmente á las mismas clases productoras, y resultaría también el quedar allanado el terreno para la organización racional del trabajo.

«Evidentemente—prosigue diciendo Mr. Boilley,—esta evolución sucesiva del trabajo trasformándose en capital, y del capital trasformándose en producto, no hace sino confirmar los derechos iguales de los dos factores asociados. Y sin embargo, la práctica de esta asociación y la repartición del producto se comprenden de muy distinta manera. La Economía política liberal, aunque proclamando su asociación, trata de muy distinto modo al capital y al trabajo, tomando por base de asociación al salario. Los colectivistas, los socialistas comunistas, revolucionarios ó no, del mismo modo que los anarquistas, admiten forzosamente la entidad *capital*, considerándolo como representando los medios materiales de producción, los instrumentos del trabajo. Es verdad que manifiestan no reconocer más que un solo agente de producción, el trabajo activo, que, consiguientemente, sería el único que tuviese derecho al producto. Pero éste, por su parte, no es más que un sofisma preciso para los ataques sistemáticos que dirigen al capital individual. En el fondo no se pronuncian sino contra el modo de apropiación, viéndose forzados á reconocer los derechos del capital en la división de la producción. Su

ideal es el sustituir á la propiedad individual con la propiedad colectiva, es decir, el Estado personificado en cierto número de agentes directores.» «En cuanto al trabajador propiamente dicho, el colectivismo no piensa en cambiar su situación; como ahora, quedará siendo trabajador. En cuanto á la distribución, los colectivistas prometen atribuirle la posesión integral del fruto de su trabajo. Pero tienen el cuidado de prevenirle que será preciso restar de él una porción destinada á lo que llaman *pago de las cargas*, esto es, al presupuesto colectivista, que comprende la retribución debida á los agentes de los servicios políticos, encargados de dirigir y distribuir el trabajo productor. Estas funciones son desempeñadas hoy por los patronos capitalistas, por los ingenieros, por los directores, por los contra maestres, etc.»

Se ocupa después Mr. Boilley de las ideas de otra escuela que califica de *socialista-reformista*, y acerca de ellas escribe: «Admite sin discusión los derechos del capital, y busca, como nosotros, realizar una conciliación, una aproximación, entre los dos interesados, por una repartición equitativa. En este grupo pueden incluirse los partidarios de la participación en los beneficios. Por eso el principio de asociación es admitido con unanimidad que podríamos calificar de admirable, si bajo este aparente acuerdo no se ocultaran interpretaciones prácticas opuestas y abiertamente inconciliables».

Á continuación de estas brevísimas indicaciones referentes á las ideas de algunos de los matices del economismo y del socialismo, hace Mr. Boilley una serie de consideraciones relacionadas con la asociación del capital y el trabajo, de la que es entusiasta partidario, y con los medios de facilitarla, constituyendo la parte más interesante de su notable estudio. «Todo marcha bien—dice—cuando se considera la primera parte de la asociación, que es producir; pero todo se entorpece cuando se pasa á la otra, que no es sino la consecuencia de la primera, ó la distribución de los productos. En un medio social como el nuestro, violentamente emancipado de todas las trabas que en el antiguo régimen tenían á los productores como agarrotados por una multitud de reglamentos más ó menos arbitrarios; después de una revolución que inauguro una nue-

va era, y cambiada por completo la dirección de los movimientos económico y político; después de haber removido, analizado, corregido y adicionado la masa de las ideas que brotaron de los cerebros pensadores del siglo XVIII, había motivos para creer que surgiría de la ley una completa igualdad entre el capital y el trabajo-talento, es decir, su asociación; pero no ha sucedido así. Cuando la sociedad descansaba en una complicada jerarquía que consagraba la desigualdad de los derechos y encerraba á las clases inferiores en una sujeción infranqueable, podía comprenderse que las riquezas y el poder se repartieran conforme á la jerarquía establecida, lo cual hoy ya no es posible. Con las ideas modernas no se admite que la riqueza pueda pertenecer legalmente á otros que á los que la producen, y se pregunta por qué no se halla escrita esta condición en nuestro pacto social y enérgicamente protegida por las fuerzas de una solidaridad irreductible.»

Fijadas estas premisas, entra de lleno en el examen de la cuestión, y á su vez pregunta: «¿Qué se precisa para que haya asociación?» Y contesta del siguiente modo: «Se precisa un contrato; la ley lo exige. Pero, salvo algunos casos excepcionales, no hay entre empleantes y empleados más que un simple contrato de engaño que estipula los servicios que el uno ha de prestar y el salario que han de pagar los otros. La mayoría de los obreros trabaja sin contrato debatido, sometido á las condiciones ordinarias establecidas por el uso. Un trabajador no puede en ningún momento exigir participación en los provechos de la empresa. Luego el derecho teórico reconocido á los dos factores de la producción es exclusivamente ejercido per el capital».

Acto seguido de esta crítica, expresa que, en vista de su actual situación, el trabajador se siente lesionado en sus intereses materiales y herido en su dignidad de hombre, y como no le falta la razón para ello, es natural que busque el remedio. ¿En qué ha de consistir éste? ¿Qué ha de hacerse? «Lo que se precisa con urgencia—escribe—es encontrar un *modus vivendi* que asegure á los tres agentes de la producción, capital, trabajo y talento, la completa posesión de aquello á que tiene derecho. El ideal sueña y la razón busca hasta

ahora la libertad para el hombre de dar á un trabajo atractivo la suma de aplicaciones de que dispone, con la completa certidumbre de gozar sin obstáculo del fruto de su labor. Éste es el lado utópico de una fase social á que la humanidad llegará y en el que la asociación voluntaria encontrará naturalmente su puesto. Por desgracia, la fecha de esta edad de oro escapa á todas las previsiones. Sea lo que se quiera, nuestro deber es el intentar incesantemente la paz honrosa de los intereses en pugna y examinar las peticiones que parezcan en mayor relación con el nivel intelectual y moral del momento. Sin elevar nuestras esperanzas hasta las perfecciones de una armonía social completa, podemos, sin embargo, esperar más fraternidad y más justicia.»

Mr. Boilley, que en los anteriores términos presenta su solución, que abriga el convencimiento de que á ella habrá de llegarse, que no ve su advenimiento tan próximo como fuera de apetecer, y que para facilitarle cree que se debe trabajar con perseverancia y buena fe, complementa esta parte de su estudio con las siguientes consideraciones: «La idea que debe preocupar á todos los sociólogos, directores y legisladores, es la de la necesidad de llegar á un acuerdo entre el capital y el trabajo, algo de análogo en la fase social que un hombre de genio, como lo era Carlos Fourier, había previsto, y que designó con el nombre extraordinariamente característico de *garantismo*; garantía de libertad, garantía de derechos, garantía de intereses, tal es el problema que hay que resolver. Algunos creen que al efecto bastaría una verdadera asociación entre el capital y el trabajo. Éste es el tema ordinario de los economistas liberales, que proclaman que los dos factores no puedan vivir el uno sin el otro. Esto se dice muy pronto, pero en ello de hecho no puede verse más que la asociación productora, á la que con efecto es indispensable; pero en cuanto á la repartición por el salario, de que proviene toda la perturbación, los economistas no quieren oír hablar ni pensar en modificarla. Mr. Charles Gide no ha vacilado en formular categóricamente la cuestión. «Parece, ha dicho, puesto que la fuerza de las cosas asocia al capital y al trabajo, que lo más sencillo sería hacer un contrato de asociación propiamente di-

cha. Los trabajadores dirían: he aportado mis brazos, vos el capital: partamos. Pero, añade el distinguido profesor, las soluciones más sencillas son las que se hacen esperar más largo tiempo, y ésta, sin ser irrechazable, como pretenden algunos economistas, no está en vísperas de pasar á los hechos.» (*Principios de Economía política*, 1891.) En una obra que abarcaba toda la Economía política, Mr. Charles Gide no podía hacer sino marcar la solución».

V

Otro de los escritores que han estudiado con detención el verdadero carácter de las relaciones que en la actualidad median entre el capital y el trabajo, entre los patronos y los obreros, é investigado los medios de hacerlas fecundamente armónicas, para fundamentar, partiendo de tal armonía, una buena organización del trabajo, sin por ello romper por completo con lo existente, lo ha sido Mr. Leon Poinssard, á quien más de una vez hemos citado en estos imperfectísimos estudios. Con efecto, en la parte que al patronato y á su misión social dedica en su apreciable libro sobre la *lucha de clases y los medios prácticos de evitarla*, condensa sus ideas acerca de los mencionados extremos, y confía especialmente, con un optimismo y un idealismo que cautivan, pero que desgraciadamente tocan con la utopía, al patronato, tal cual pretende establecerlo, sin penetrarse demasiado de que todo cuanto en tal sentido se intente será inútil mientras antes no se modifique profundamente la psicología del patrono, la resolución de las cuestiones que hoy sobreexcitan los ánimos, y el tema de las disensiones, con frecuencia convertidas en luchas, que, poniendo á los unos enfrente de los otros á los agentes de la producción, hacen del terreno económico el teatro de grandes y dañosísimas perturbaciones, de continuadas alarmas y de crisis y paralizaciones de la actividad industrial que á la sociedad en nada benefician. El pensamiento de Mr. Poinssard no puede ser más simpático ni más notoria su buena fe; su objetivo se aproxima bastante al de Mr. Boilley, son casi de la

misma escuela, muchas de las medidas que patrocina parecen factibles, y sería de apetecer su adopción; pero bastantes otras, ilusiones de un alma noble saturada de un acendrado amor á la humanidad, no pasarán en largo tiempo, si es que pasan, de la región de los ensueños. ¿Es de comprender entre estas últimas su anhelado patronato? Veámoslo.

Entiende Mr. Poinssard que «el patronato está llamado á ocupar en la organización del trabajo un hermoso y noble puesto, pues ha de prever, corregir y ayudar». Expresa que «su capacidad técnica, su inteligencia, su espíritu de previsión hacen de él como el eje del taller, toda vez que sin el patrono no hay negocios, ni orden, ni por consiguiente trabajo y producción». Manifiesta que «con todo, á veces sucede que en una empresa no se encuentre el tipo del patrono propiamente dicho, propietario y dueño absoluto del taller, siendo éste, por ejemplo, el caso de las combinaciones colectivas, como las sociedades anónimas y las sociedades cooperativas; pero en este caso el patrono es sustituido por un director, un gerente ó una junta directiva, á que, por otra parte, se procura dar, en cuanto es posible, el carácter patronal por medio de diversas combinaciones más ó menos artificiales, no obstante lo cual es difícil que sustituyan al verdadero patronato, sobre todo al que, conociendo bien sus derechos, se forma al mismo tiempo una justa y alta idea de los deberes y obligaciones sociales que su situación le impone».

«Con efecto—prosigue diciendo,—hemos indicado que él prevé, dirige y ayuda. ¿Cómo ayuda, ó más bien, cómo debe ayudar á las familias obreras que cooperan con él á la obra del trabajo, y con las cuales está obligado por dos contratos, el uno civil y arreglado por la ley ó la costumbre, y el otro social, más amplio, extra-legal, entregado en cierto modo á la buena voluntad de las partes, pero que no por ello deja de tener su sanción inevitable? ¿En qué consiste este contrato social, natural y tácito, que nace por sí mismo entre patrono y obrero desde que suscriben un compromiso de trabajo? Entraña obligaciones recíprocas.»

Al apreciar estas obligaciones, comienza por las que, á su juicio, se refieren al obrero-patrono, resumiéndolas, como

dice, en una corta fórmula: «Debe hacer lo mejor que pueda para ayudar á los que emplea y garantizarles contra los riesgos que amenazan su existencia»; fórmula que, según expresa, no entraña «un simple deber de confraternidad dictado por la religión ó la filantropía, sino que en todos los casos es un principio de economía social cuya falta de aplicación puede producir consecuencias gravísimas bajo el punto de vista, sea del interés general, sea de los intereses particulares del patrono que le desdén, sea, en fin, del obrero que trabaja para este patrono»; y como apoyo acude á las opiniones de hombres cuya larga experiencia debe inspirar confianza; De Bailli-Lemaire, que decía: «Debe un patrono pertrechar su casa con instituciones de previsión, y tener una organización social como el mejor utensilio apropiado á las necesidades actuales, y esto porque ambos términos tienen la misma función, cual lo es la de obtener una fabricación más activa y productos mejores, no debiendo separarse nunca ambos utensilios, el mecánico y el social»; y al venerable Engel Dollfus, quien, expresándose en el mismo sentido, escribió «serle muy doloroso admitir la existencia de un establecimiento manufacturero sin caja de socorro, sin numerosos anejos de todas clases en favor de los obreros, como concebir el gran comercio exterior sin el seguro marítimo, ó toda grande explotación industrial sin el seguro contra el incendio».

Prosiguiendo este estudio del patronato, tal cual es ahora y tal cual aspira á que sea, abrigando la persuasión de que de él resultará la mayor y más natural organización del trabajo, dice Mr. Poinssard: «La manera de obrar el patrono enfrente de su personal puede ser inspirada por dos principios muy diferentes, conduciendo el primero á la organización de un patronato que pudiéramos llamar *patriarcal*, puesto que se inspira para arreglar las relaciones entre maestros y obreros en el tipo idealizado de la familia bíblica, y el segundo puede ser calificado de *liberal*, ó mejor dicho, de *particularista*, porque en lugar de encaminarse á mantener el conjunto de un grupo obrero en una posición media de bienestar, se encamina á desarrollar en cada individuo las cualidades y las iniciativas particulares. ¿Cuál de los dos sistemas debe prefe-

rirse»? Mr. Poinssard reconoce la importancia capital de esta cuestión, y por eso á resolverla dedica no corto espacio.

Sus ideas respecto al que denomina *patronato patriarcal*, que ha ido desapareciendo á medida que se ha desarrollado el *industrialismo*, las resume del modo siguiente, aclarando al mismo tiempo lo que por tal patriarcado entiende: «Procura con solicitud noble y respetable mejorar la situación moral y material de las familias obreras, poniéndolas al abrigo, en cuanto es posible, de todas las causas de corrupción ó de miseria que las amenacen. Con este fin se las somete á una tutela benéfica y suave, pero indefinida; se complace también en considerar al obrero como un menor que debe quedar toda su vida sometido á la autoridad del jefe de familia, esto es, del patrono. Con este sistema, el ideal consiste en unir estrechamente el obrero á la empresa, librándolo, en cambio, de cuidado del porvenir y del esfuerzo personal. Parece, en efecto, á primera vista, que cada uno recibe por él satisfacción, quedando provisto el maestro de la mano de obra que necesita, y teniendo el obrero casi asegurado su pan cotidiano. Sin embargo, la experiencia demuestra que esto no basta para servir de igual modo los intereses de ambas partes. Consiguemos, por de pronto, que al formular de este modo las tendencias de este tipo de patronato no hacemos una hipótesis gratuita. Semejante combinación ha sido practicada con las modificaciones que requieren nuestras leyes y nuestras costumbres por patronos respetables, y nada se opone á que los hombres de buena voluntad les imiten y obtengan como ellos resultados que no carecen de valor y eficacia. No obstante, ¿puede recomendarse el patronato patriarcal? No, puesto que ofrece, bajo el punto de vista del desenvolvimiento social y de las especiales necesidades de nuestra época, grandísimos inconvenientes. Tal sistema tiene por efecto sujetar con demasiada sobriedad los individuos á su condición; no hace nada ó hace muy poco en favor de las personas aptas para que se eleven; no produce sino muy excepcionalmente la selección que empieza hacia adelante en los hombres de valer, para reclutar la clase directiva; en una palabra, organiza el estancamiento social en un estado más ó menos completo de seguri-

dad material, pero quitando casi totalmente á los obreros su iniciativa, y no pidiéndoles sino el que acepten la tutela patronal, dejándoseles sin preparación para sobreponerse á las dificultades de la vida industrial».

Apreciando el otro sistema ó tipo, el que denomina *patronato liberal*, manifiesta que precisamente debe hacer lo contrario que el anterior, y en demostración de esta tesis emite varias consideraciones. «Puede darse su fórmula—escribe—en los siguientes términos: unir el obrero á la empresa por su propio interés hasta el día en que encuentre algo mejor, y prepararlo para que pueda aprovecharse de las ocasiones de elevación que se le presenten. A primera vista parece esta fórmula demasiado impregnada de altruismo; pero si se reflexiona penetrando en el fondo de las cosas, se comprenderá que está basada en el interés bien entendido de ambas partes. Con efecto, si el patrono se esfuerza por perfeccionar bajo los puntos de vista técnico, moral y social á las familias que le proporcionan su personal, obtendrá una mano de obra más regular, más estable, más productiva que si esas mismas familias son desmoralizadas, imprevisoras y débiles por efecto de la miseria, las enfermedades y el vicio. Hay, pues, ventaja para el patrono en arreglar su conducta en este sentido. En cuanto al obrero, ¿podrá vacilar en creer que se sirve á su interés al ejercitarse una acción educadora progresiva? Ta sistema y sus instituciones deben responder á las siguientes necesidades: 1.^a, educación, instrucción y formación técnica del aprendiz ó del joven ayudante; 2.^a, desenvolvimiento intelectual, profesional y social del obrero joven; 3.^a, ayuda á la familia obrera, por medio de instituciones de previsión, para los casos de falta de trabajo, de enfermedad y de muerte; 4.^a, seguridad de la vejez por la constitución de un fondo de economías.»

«En resumen—concluye Mr. Poinssard,—el patronato, es decir, la acción personal y constante del patrono en favor del desarrollo individual y de la seguridad del obrero es un rodaje social que desempeña una faena predominante en la organización del trabajo. Cuando el patronato no se practica bien, se ven producirse abusos y nacer miserias que condu-

cen directamente á la guerra de clases, trabajo bastante prolongado, empleo exagerado de las mujeres y los niños, exceso de producción y paros frecuentes, fraudes en el pago de los salarios, resultando además la enfermedad y la mortalidad excesiva entre las familias obreras, la ignorancia, la brutalidad, la inmoralidad en los explotados, vicios de todas clases... Por otra parte, nada vale tanto como el mecanismo natural, sencillo, de flexibilidad perfecta, constituido por el patronato. El sólo puede dar á la industria la paz y la seguridad de las relaciones, la conciencia y la economía en la producción, mayores probabilidades de provecho para el patrono, una existencia más segura y mejor y un porvenir más amplio para el obrero. Por consiguiente, si hay en el mundo una obra de educación que más se imponga es la de difundir en los jóvenes destinados á ser patronos la noción clara y precisa de las obligaciones del patronazgo y de la fuerte sanción que va unida por la misma naturaleza de las cosas.»

Tal es el sistema patronal á que Mr. Poinssard resueltamente se inclina; tales, en su concepto, las incuestionables ventajas que ofrece sobre los otros que se preconizan, y las bases capitales de la futura y anhelada organización del trabajo. Su patronato, y por lo tanto el régimen industrial que en él se apoya, ofrecen bastante que merece no sólo aprobación, sino aplauso, y bastante también que desde luego podría tener aplicación; pero asimismo abarcan no poco que en las actuales condiciones sociales, que en el modo de ser de las industrias, que ante la libre y desenfrenada concurrencia, se presenta como irrealizable, como ilusorio, como utópico.

Su ideal patrono, eje sobre el que gira todo su sistema, es un ser que en nada se parece á la generalidad, á la casi totalidad de los patronos de hoy; se halla saturado de un verdadero altruísmo, mientras que el egoísmo es el inspirador efectivo de los actuales, que ante todo y por cima de todo, ya que no exclusivamente, con muy contadas excepciones, colocan su interés personal. Es un patrono que enlaza su provecho con el bien de los obreros, en tanto que el de ahora explota y sacrifica al trabajador para aumentar los beneficios de su empresa. Es una creación bienhechora que no vacila en

formar con sus enseñanzas, con sus desvelos, á los futuros rivales, sucediendo precisamente lo contrario en el régimen económico imperante. Así lo ha comprendido Mr. Poinssard, y por eso encarece la necesidad de la buena educación de los jóvenes destinados á ser patronos.

Para el pleno planteamiento de su sistema es preciso que le preceda la modificación de los privilegios del patrono, y que el *altruismo* suceda al *ego-altruismo* de unos pocos y al *egoísmo* de la generalidad. Esto, á su entender, sucederá á continuación de la lenta y perseverante educación que recomienda. Pero todo su sistema adolece de un vicio de origen, de responder á los principios de la llamada *escuela económica liberal*, que tan equivocado concepto se ha formado de la libertad, de rechazar casi en absoluto la intervención más ó menos directa del Estado, de confiar con exceso en las libres iniciativa y acción individuales. Esta iniciativa y esta acción, hasta el presente, al lado de algunos bienes, han producido considerables males, sobre todo para el trabajador; lo mismo es de presumir que continuará aconteciendo en lo sucesivo.

VI

Tiene, hasta cierto punto, algo del sistema patronal de Mr. Poinssard el régimen adoptado en el establecimiento industrial de la *Compañía Nacional del Cash-regristran*, en Dogton, Estado de Ohio, del que ha hecho entusiastas elogios Mr. Paul Monroe en un artículo publicado en 1898 en el *American Journal of Sociology*, y que encomió también monsieur Lorence Garold al dar cuenta del mismo en la revista órgano de los *libertarios* científicos, *L'Humanité Nouvelle*, siendo un ejemplo y una demostración de los excelentes resultados que produce siempre un buen régimen del trabajo basado en la cooperación fraternal de sus factores y nacido de sentimientos nobles y de la exacta comprensión de sus verdaderos intereses por parte de los patronos; comprensión que explica el hecho de haberse implantado en un país donde todas las nociones morales se sacrifican al más pequeño lucro

y en el que hasta lo que reviste las apariencias de humanitario encierra en el fondo egoístas y materiales intereses.

A juicio de Mr. Monroe, el régimen de dicho establecimiento industrial «sería el ideal, bajo todos los puntos de vista, de lo que el progreso industrial puede realizar sin modificar el régimen actual»; ideal que entiende no hallarse muy lejos de la perfección absoluta. «De hecho el establecimiento en cuestión—dice á su vez Mr. Garoed,—tal como Mr. Monroe le describe, parece ser un modelo del género. En cinco años los propietarios de la empresa, que agonizaba, la han reconstituído sobre nuevas bases y obtenido su florecimiento. La nueva táctica industrial que han seguido, y que tan buenos resultados les ha dado, es sencilla. Ha consistido en atender á las necesidades de sus empleados, en asegurarles su bienestar material y asegurar también su inteligente cooperación. Los detalles prácticos de la empresa, tal como en la actualidad se realiza, son interesantes. La fábrica, donde están empleados 1.700 hombres y mujeres, ocupa un extensísimo terreno, parte del cual es un jardín. El decorado interior de la construcción está encomendado á un comité de obreros. La avenida central del departamento de máquinas está provista de macizos de plantas. El establecimiento comprende salas de baño y de descanso, una sala de lectura con «biblioteca circulatoria», una sala de reparaciones de las bicicletas de los obreros, un restaurant con cocina, en la que se dan lecciones á las obreras que lo deseen; una escuela para los viajantes de la Compañía, una escuela primaria, una sala de conferencias en la que se celebran las reuniones de los dos círculos afiliados de obreros; un teatro, y, por último, terrenos en los que se practica la jardinería por 40 jóvenes elegidos por otra asociación.»

«El principio de la cooperación—prosigue—es aplicado por la Compañía; pero no en lo que se refiere á los salarios de los empleados y á los beneficios de la empresa. La dirección general está confiada á un comité de ocho personas, presidido por los dos propietarios de la fábrica. A más, cada rama de la misma se halla bajo la administración de un comité especial. Se tiene á los obreros muy al corriente de la marcha de

la empresa, gracias á diferentes publicaciones semanales hechas en la imprenta de la Compañía. En los diferentes departamentos se colocan cuadernos registros, en los que pueden los obreros inscribir sus observaciones referentes á las mejoras en la marcha de la empresa, ó las quejas que quisieran formular. Se dan premios á los autores de mejoras reconocidas como útiles. Y el estado de la producción de la fábrica, de las ventas y de los beneficios es publicado en los periódicos de los obreros.»

Como se ve por esta corta reseña, en el régimen y funcionamiento de la empresa fabril á que se refiere aparecen, por una parte, algunas de las bases sobre las que Mr. Poinssard cimenta su *patronato liberal*, y por otra parte, varios de los principios señalados por Mr. Boilley para la asociación del capital y el trabajo, y algo también del sistema cooperativo. No es exclusivamente nada de ello: es un sistema mixto en el que no se confunde ó fusiona el capital con el trabajo, en el que los derechos del uno y del otro aparecen deslindados, en el que realmente no existe la participación en los beneficios por los dos agentes de la producción; pero por el que obtiene el obrero importantes ventajas, una existencia lo más cómoda y segura posible, una intervención bien entendida en el funcionamiento de la fábrica, una instrucción técnica y científica sólida, y junto con todo ello instituciones de previsión y de retiro sirven de complemento. Puede decirse un régimen de transición entre el hoy imperante y el cooperativo, tal cual varios de los reformadores modernos lo conciben. Semejante organización no rompe con el presente, pero mira también al porvenir. Puede, pues, servir de punto de enlace entre las ideas que han venido manifestándose hasta ahora casi cual señoras absolutas y las que, apartándose más ó menos completamente de ellas, van haciéndose paso, y por medio de un movimiento evolutivo preparan la transformación económico-social.

MANUEL GIL MAESTRE.

(Continuará.)

ESTUDIOS MILITARES

EL ARTE DE LA GUERRA ⁽¹⁾

POEMA ESCRITO POR FEDERICO II, REY DE PRUSIA, TRADUCCIÓN
CASTELLANA DE D. JENARO FIGUEROA, PRIMER TENIENTE DE REALES
GUARDIAS ESPAÑOLAS.

CANTO IV.º

Ataque y defensa de las plazas

En aquella edad torpe y depravada
de yerro apellidada
porque la fuerza sola de los Reyes
imponia las leyes,
y porque el vicio solo
campeaba desde el uno al otro Polo.
En tal edad, se vieron precisados
por guardar sus Estados
á murar los Monarcas las Ciudades.
Ocurrieron despues necesidades
que mostraron debian
guardarse del vasallo,
y para sujetallo
las Ciudadelas fueron fabricadas
que son del vulgo fiero
quando el rebelde acero
contra el señor esgrime respetadas.
Despues fueron alzadas
sobre las cimas de los altos montes
y sitios de importancia
otras muchas defensas,

(1) Véase la pág. 532 del tomo anterior.

pues así del contrario la arrogancia
se doma, y se previenen las ofensas.

Qual tiembla y se estremece el Africano
al contemplar del leon la catadura
y su voraz y aguda dentadura,
así ya de antemano
tiembla el debil rayano
quando con miedo advierte
por nada buen agüero de su suerte
los terraplenes, fosos y banderas
que cubren del vecino las fronteras.

Siempre ha sido en la tierra
el oficio primero el de la guerra.
Ha tenido su infancia,
y el trabajo exercicio y gran constancia
le han hoy adelantado
á tal alteza y eminente grado.
En los tiempos antiguos
de la Ausonia y la Grecia,
lo que ya hoy se desprecia
por segura defensa se tenia,
pues entonces valia
el grueso torreón y espeso muro
por reparo seguro
de la plaza á que cerco se ponía.
Defendian la brecha
los valientes sitiados aguerridos
con la honda, con la flecha,
y con pedruscos que eran desprendidos
de la alta almena, cuyo golpe horrible
siempre era al sitiador el mas temible.
Quando este se acercaba
y el arriete al muro aproximaba,
¡qué de teas y especies combustibles
sobre la fiera máquina caían!
De qué poco servían
á los asaltadores sus broqueles,
y en quantas ocasiones los laureles
de la escabrosa empresa se dexaban,
y llenos de despecho
viendo su plan deshecho
al campo á largos pasos se tornaban.
De la abrasada Troya el lamentable
suceso miserable
no te diré, pues hartó bien cantado

se halla en el admirable
Poeta celebrado
á quien las Musas loor eterno han dado.

Ve á Marcelo valiente
quántos ardidés usa
para tomar por fuerza á Siracusa,
y Archimedes sagaz é inteligente
como se burla del esfuerzo vano
del sitiador Romano.

Á Cesar se resisten de Marsella
los muros invencibles hasta entonces
y no hallando aquel héroe medio alguno
se vale del amparo de Neptuno.

Lo largo de los sitios de aquel tiempo
la suerte suspendia y vacilaba
del General mas diestro
que á una plaza atacaba.

Despues en nuestros tiempos casualmente
se sacó el ingrediente
de cuyo mixto es tal la fuerza extraña,
y explosion repentina,
que ya ahora la maña
vale mas que la fuerza del soldado
y el Arte es quien domina.

Con este mixto hallado
despide el bronce esferas infernales
de compuestos metales
que adquiriendo en el ayre mucha altura
por la curba que forman,
con tal fuerza descenden
que los templos abisman
y las Ciudades hienden.

Mas aun no satisfechas del estrago,
quando la fuerza de los mixtos obra,
rebientan, por mil partes divididas,
causando quando menos mil heridas.

Desde el sitiado muro
la bala sale de broncinea boca
y su tino seguro
el enemigo blanco no equivoca.
Con estas mismas balas formidables
los golpes redoblados
siendo bien apuntados
hacen las brechas luego practicables.

Despues de aqueste invento

el militar talento
descubrió no servian
los altos torreones
á defender las plazas,
pues los fieros cañones
todo lo destruian al momento.
Inventáronse entonces terraplenes
con su revestimiento
los quales se colocan de tal modo
que queda el muro todo
de suerte y de manera flanqueado
que le respeta el enemigo osado.

Tú, célebre Vauban, tú sin segundo
renombre gozas en el ancho mundo.
Tú el primero inventaste
la muralla moderna,
y las plazas de Francia resguardaste
en los siglos tu fama haciendo eterna.

Ciñen la plaza los espesos muros
dispuestos en baluartes y cortinas.
Aquellos suelen ser de flancos curbos
y con sus orejones
los quales cubren hasta dos cañones
que no son descubiertos,
hasta que el enemigo al foso llega.
Levantanse altaneros
sobre los baluartes caballeros,
y delante en el foso contraguardias
ó si es en las cortinas rebellines,
cuyos muros mas baxos é inferiores
disputan los terrenos exteriores.
Rodealo todo esto un ancho foso
que en la estrada encubierta se termina
la qual por la estacada
señorea y domina
la espaciosa esplanada
en suave declive terminada.

¿Qué frutos no acarrea
el talento del hombre en toda ciencia,
y quién no habrá que crea
que agotada está ya la inteligencia
al mirar de las plazas de la Francia
la soberbia defensa y arrogancia?
¿Pues qué diremos si debaxo mismo,
de la pisada tierra

se nos abre un abismo
que infernal vuelve la sangrienta guerra?
Descansan los soldados
del pasado combate ó centinela,
y creyéndose quietos y seguros
de repente los muros
saltan á la esplosion del fiero hornillo,
y heridos ó abrasados
entre las ruinas quedan sepultados.
Asi, á pesar de todos quantos medios
en los duros asedios
para toda defensa
se ofrecen al sitiado,
camina muy errado
el que una plaza inconquistable piensa.

El ataque supera
á la plaza más fiera.
Este tiene sus reglas y sus modos
que deben saber todos.
Segun la situacion, asi se ordena
la linea que rodee ó circumbale
á la plaza enemiga; la trinchera
es el foso que se abre en el terreno,
el qual debe estar lleno
de tropa para el caso en que pretenda
el enemigo hacer una salida,
á fin de que con brio se defienda
y pague su atrevida
arrogancia el contrario con la vida.
Luego se continúa
el ataque con lineas paralelas
cubiertos bien del fuego los ramales.
Abanzase con esto paso á paso
descubriendo con traza
la parte mas endeble de la plaza.
Á esta se dirige
toda la mira entonces, disponiendo
que en los varios trabajos
parte ninguna quede tan abierta
por donde tenga el fuego de la plaza
entrada descubierta.
Acabada del todo la trinchera
de la mejor manera que es posible,
se empieza el fuego vivo hasta que vengan
abaxo los baluartes,

y de que aquellas partes
de donde el enemigo mas tiraba
callen en fuerza de la artilleria.
Entonces una buena bateria
enfila al enemigo en el camino
cubierto sin apoyo de sus muros.
Ahora ya están seguros
en la esplanada los asaltadores;
pero se me olvidaba
que para della pronto apoderarse
no se huelle la tierra
sin que sondee cuidadosamente
de zapadores la adiestrada gente
los horribles volcanes de la guerra.
Destruyense las minas
con varias repartidas contraminas,
y se hacen por su parte otras que deban
operar poco antes del asalto.
Este se ha de empezar en la éstacada
y teniendo asestada
alli mismo la gruesa artilleria
se la hace que descargue diligente,
y quando ya el baluarte ó la cortina
el zapador volare y destruyere,
ciegase el foso á fuerza de trabajo
y al asalto se vuela prontamente.
Muchas veces sucede que la audacia
y valiente eficacia
de los asaltadores
en seguir á los que huyen á la plaza
les ha bastado para apoderarse
como fue Valencena conquistada
del impetu Frances siendo asaltada.
El soldado es leon, es tigre fiera,
si en alguna manera
se le da libertad ó indisciplina.
Sino se le mantiene en la continua
sujeción que le manda la ordenanza,
será su destemplanza
en el asalto á tal furor llevada,
que mugercidios y otros infinitos
y bárbaros delitos
mancharán mas su fama que la espada.
El General que fiero y que inhumano,
al soldado permite asi el saqueo

dexando á su deseo
que tale, pille y mate, es un tirano
cuya frente en la vida debe ornarse
con la hoja de aquel arbol, respetado
del mismo Jove ayrado,
y debe el universo
en vez de celebrarle las victorias
y publicar sus glorias
cantar que fue perverso
y que su tirania
la humanidad clamando maldecia.

El bárbaro Tilli deste retrato
es el mas fidedigno
original indigno
cuyas negras maldades
serán en las edades
aborrecidas y en extremo odiadas.

Las voces desdichadas
é infelices clamores
de los Magdeburguenses,
gritarán los horrores
que padecer les hizo, y deshonorado
será su nombre mas que celebrado.
Este monstruo su fin disimulando
les ofrece una tregua cauteloso,
y ellos en su palabra confiando
en los brazos se entregan del reposo.
Va Morfeo los parpados cerrando,
disfruta la consorte del esposo,
y en los cuerpos de guardia quietamente
crédula duerme la cansada gente.
Todo yace en silencio, todo calla,
y en toda la muralla
no se encuentra despierta
centinela ninguna que esté alerta.
De esto Tilli valido
avanza con sus tropas á la plaza,
y de su falsa traza
y de la obscuridad favorecido
el muro escala sin que sea sentido.
¡Ay pobre ciudadano,
tú que no recelando ni temiendo
el proyecto inhumano
encontrarás durmiendo
la afilada cuchilla del Germano!

Despues que degolladas
á frias estocadas
fueron las guardias que en el muro hallaron
los Austriacos volaron
voraces, codiciosos y sedientos
al robo solo, y á la rabia atentos.

Tilli los excitaba
y de furor los brazos animaba.
Ellos crueles é impios
las casas, templos, todo destruian:
de nada les servian
ni al viejo padre defender al hijo
en combate prolixo
pues entrambos morian;
ni á la llorosa madre forcejando
y del cielo implorando
piedad por la criatura
que fruto de su casto y nupcial lecho
al palpitante pecho
estrechaba clamando al cruel soldado.
Mas este que sagrado
ninguno conocia,
de un golpe á las dos vidas fin ponía.
Y á tanto en fin llegó de sus furores
el desenfreno y bárbara licencia
que de trescientos viejos los clamores
sus pechos no inclinaron á clemencia,
pues hasta en un sagrado y santo asilo
murieron al rigor del duro filo.

Cuentase que aun al Elba se arrojaron
virgenes puras que el furor temiendo
y la brutal lascibia, se buscaron
en el agua un asilo, en mas teniendo
una muerte gloriosa
que la vida manchada y afrentosa.
Mas en esto no pára ni suspende
el soldado su bárbara insolencia,
antes al mismo tiempo fuego prende
por todas partes con cruel demencia;
la voraz llama en un momento asciende
del estrellado cielo á la eminencia
y del pueblo infeliz y miserable
descubre la ruina lamentable.
¡Qué de tristes clamores, qué lamentos
en los ayres en vano resonaban!

Ya los que desperaban
del humano socorro desconfiados
y las llamas voraces circundaban.
Ya los que se veían
sobre los hombros el alfange alzado
y el golpe señalado
que evitar no podían,
aguardaban temblando
y al cielo de rodillas implorando.
Logró Tilli con esto ver por tierra
al ardid más ocioso de la guerra
una Ciudad hermosa y floreciente,
que con el confluente
del comercio y la paz, tan poderosa
llegó á ser y famosa.
Hecha quedó un desierto
de ceniza y cadaveres cubierto
por donde ufano andaba
de tan noble conquista envanecido.
¿Mas qué es lo que lograba
el bárbaro Tilli? haber perdido
la útil conquista de una plaza buena
que á la llama condena
y atraerse el enojo y desagrado
del cielo con sus crímenes ayrado.

BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO

L'éducation par l'instruction et les théories pédagogiques de Herbart, par MARCEL MAUXION, professeur de Philosophie à l'Université de Poitiers.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 8.º, 188 páginas, 2,50 francos.

Ya habíamos tenido el gusto de ver reunidos en un volumen os más importantes fragmentos de las obras pedagógicas de Herbart, traducidos y ordenados por Piuloche; pero acaso esta misma circunstancia de hallarse en trozos los escritos del filósofo de Göttingen hacía necesaria una introducción ó explicación que iniciara al lector en los principios especulativos de la doctrina, y que sirviera de guía para la lectura de una obra que resultaba algo confusa: esta explicación y esta guía las hallamos en el reciente libro del Sr. Mauxion.

Después de un clarísimo resumen de lo que importa conocer de las especulaciones de Herbart, el Sr. Mauxion expone con excelente método la obra pedagógica del filósofo alemán, poniendo gran cuidado en hacer ver ante todo que no existe para la educación instrumento más poderoso y eficaz que la enseñanza bien dirigida, pues la determinación del carácter depende esencialmente de la manera como se constituye el *círculo de las ideas*.

El plan concebido por Herbart es realmente educativo y se apoya en principios que examina y discute el Sr. Mauxion con singular acierto, y que, según el juicio de este comentador, tienen un valor inestimable y gran fuerza filosófica.

*
* *

Dix années de philosophie, par LUCIEN ARRÉAT.—Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 8.º, VI-179 páginas, 2,50 francos.

Ofrece esta obra, en parte, la historia de la filosofía durante los diez últimos años. Pero el autor, que da á los diferentes capítulos del libro las denominaciones *Sociología*, *Psicología*, *Estética*, *Moral* y *Religión*, no se propone estudiar en sus formas cada una de estas cuestiones transcendentales, sino deducir conclusiones del examen del conjunto.

Desde este punto de vista, es muy recomendable la obra del Sr. Arréat.

*
* *

Matières odorantes artificielles, par GEORGE F. JAUBERT. — *Paris, Gauthier-Villars, editor. — Un volumen en 8.º, 130 páginas, 2,50 francos.*

Fecundos han sido estos últimos años en trabajos sobre la fabricación de perfumes; pero lo incoherente y contradictorio de tales trabajos reclamaba algo como lo verificado por el Sr. Jaubert en esta obra, en que ha reunido, haciendo una exquisita selección, los puntos más interesantes referentes á la citada industria y examinado numerosas hipótesis que se han resistido siempre á la experiencia.

Recomendamos eficazmente la adquisición y lectura de este libro, que puede prestar excelentes servicios lo mismo al industrial que al hombre de estudio.

*
* *

Essai sur les fondements de la Géométrie, par BERTRAN A. W. RUSSELL, traduction par ALBERT CADENAT, professeur de Mathématiques. — *Paris, Gauthier-Willars, editor. Un volumen en 4.º, 274 páginas, 9 francos.*

Muy oportunamente llega la notable obra del Sr. Russell. La Geometría *no evelidiana* se ha desenvuelto de tal manera que era preciso criticar y metodizar los resultados adquiridos y derivar de ellos las necesarias consecuencias filosóficas.

Pero para llevar á buen término tan delicada empresa exigíase condiciones especiales que ha reunido el Sr. Russell durante sus estudios en Cambridge, en donde, gracias á una organización universitaria más flexible y liberal que la que disfrutamos en los países latinos, el autor ha podido estudiar á fondo las Matemáticas y la Filosofía, hasta el punto de adquirir pleno dominio sobre ambas ciencias.

Comienza el autor su libro con un resumen histórico de la *Metageometría*; expone y discute algunas de las teorías filosóficas que desde hace un siglo han sido propuestas sobre la Geometría; investiga lo que subsiste de la doctrina de Kant referente al espacio, y muestra hasta qué punto es ésta compatible con los descubrimientos de los *metageómetras*; critica inmediatamente con gran vigor é ingenio las teorías empíricas de Riemann, Helmholtz y Erdmann, y refuta las objeciones dirigidas por Lotze y otros metafísicos á la geometría *no evelidiana*, objeciones que provienen de *contrasentidos matemáticos* y de *ignorancia del objeto*; sostiene, contra Delbœuf, que la imposibilidad de las figuras geométricas no demuestra que el espacio tenga una magnitud absoluta, y que, por lo tanto, la homogeneidad del espacio (considerada con independencia de la magnitud y de la forma) no es un axioma *a priori*.

Ultimamente, el Sr. Russell examina los trabajos más importan-

tes sobre este asunto publicados en Francia, y de entre ellos recoge algunos datos positivos que le auxilian en su notable obra de investigación y de crítica.

*
* *

Histoire de la liberté de conscience en France, par GASTON BONET-MAURY.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, 263 páginas, 5 francos.*

Narra el autor las alternativas por que ha pasado la libertad de conciencia desde el famoso edicto de Nantes hasta la caída del último imperio, y lleva á cabo la obra aportando dos suertes de testimonios: los actos del poder ejecutivo, juntamente con los decretos de los soberanos y las leyes votadas por las Cortes, y las obras de escritores y filósofos, artículos de la prensa y discursos, representantes genuinos de la opinión pública.

De la comparación entre estas dos entidades, el pueblo y el conjunto de poderes constituídos, concluye el Sr. Bonet-Maury que siempre ha habido correlación estrecha entre la libertad política y la filosófica ó religiosa, de tal modo que puede asentar como principio que la libertad de conciencia no tiene peor enemigo que el despotismo, ni mejor apoyo que la libertad de la palabra y de la prensa.

*
* *

Variétés philosophiques, par J. P. DURAND.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, XXXII-333 páginas, 5 francos*

El objeto de este libro no es otro que el de ahondar en la cuestión metafísica para ver el modo de dar á las ciencias particulares, especialmente á la Psicología y á la Moral, á la Fisiología y á la Medicina, y sobre todo á la Sociología, una base firme, sin la cual no pueden levantarse en la ciencia más que construcciones provisionales y fugitivas, algo á manera de castillos de naipes.

Variétés philosophiques no es una exposición metódica de su objeto; éste no se desarrolla gradualmente ni sus partes están encadenadas por la lógica: el libro del Sr. Durand es una colección de tratados independientes, cada uno con su punto de vista propio, aunque subordinados todos al pensamiento fundamental y generador de la obra.

*
* *

La question sociale au point de vue philosophique, par LUDWIG STEIN, professeur de Philosophie à l'Université de Berne.—*Paris, Félix Alcan, editor.—Un volumen en 4.º, II-503 páginas, 10 francos.*

Cuando se habla de la cuestión social suele presentarse, como punto esencial de este problema, su aspecto económico; pero no deben relegarse las consideraciones éticas, pedagógicas, filosófi-

cas y jurídicas que reclaman nuestra atención, y que, al mismo tiempo, complican en no escasa parte el asunto. La filosofía tiene también, según el Sr. Stein, derechos particulares para tratar la cuestión social.

Las primeras tentativas hechas con el fin de formular el problema se deben á los filósofos y, mirado desde el punto de vista histórico, el citado problema se simplificaría tratado por la filosofía. Tal es el objeto del libro que nos ocupa, en el cual se expone la situación actual clara y elocuentemente, se estudia las *formas primitivas de la vida* y se traza el cuadro de un sistema de *filosofía social* en que abundan las ideas originales y en que se observa un modo singularísimo de discutir tan importante y transcendental asunto.

P. V.

IMPRESA DE LOS HIJOS DE M. G. HERNÁNDEZ

Libertad, 16 duplicado, bajo.

1901